



**Introducción
a la
literatura puneña**

EDICIÓN DIGITAL

Introducción a la literatura puneña

EDICIÓN DIGITAL

INTRODUCCIÓN A LA LITERATURA PUNEÑA

EDICIÓN DIGITAL, Puno abril del 2007

Libro descargado de: http://es.geocities.com/puno_literatura

PORTADA: Imagen extraída de: <http://www.berge-reisen.de/images/Peru-Bolivien/Titicaca-Sunrise.jpg>

Está permitida la reproducción digital o impresa de este libro, siempre y cuando que se haga sin fines de lucro.

Ciudad del lago-Perú

CONTENIDO

Introducción.....	7
Gabino Pacheco Zegarra.....	9
Gamaliel Churata.....	11
Luis de Rodrigo.....	14
Alejandro Peralta.....	17
Dante Nava	21
Emilio Romero	23
Mateo Jaika	28
Emilio Armaza	32
Román Saavedra	34
Emilio Vázquez	40
Carlos Oquendo de Amat	41
Mercedes Bueno Morales.....	44
Luis Gallegos	45
Roberto Mendoza	49
Efraín Miranda	51
José Paniagua Núñez.....	53
Vicente Achata Vargas.....	55
Zelideth Chávez	57
José Luis Ayala	62
Jorge Flórez-Áybar	64
Feliciano Padilla	70
Percy Zaga	74
Omar Aramayo	76
Gloria Mendoza	78
Jovin Valdez	80
Boris Espezúa.....	89
Pacha Jatha Willka	91
Elard Serruto	92
Lolo Palza.....	95

Alfredo Herrera	97
Adrián Cáceres	102
Gabriel Apaza	109
Simón Rodríguez	110
Luis Pachó	111
Bladimiro Centeno	113
Fidel Nina Mendoza.....	119
Eddy Sayritúpac.....	121
Filonilo Catalina	122
Edward Huamán.....	124
Christian Reynoso	128
Javier Núñez.....	130
José Luis Velásquez.....	133
A manera de epílogo.....	134
Bibliografía.....	135

INTRODUCCIÓN

La literatura puneña es prolífera, tanto en verso como en prosa. Cabe destacar que la poesía puneña ha alcanzado grandes logros. Por eso, quizá, se dice: *Puno, tierra de artistas y poetas*. En la pluma de Oquendo de Amat, la poesía puneña ha traspasado fronteras y se ha insertado en los predios de la literatura universal. Qué duda cabe, Oquendo de Amat es uno de los poetas más importantes de la literatura hispanoamericana. Otro intelectual puneño que genera estudios a nivel mundial es Gamaliel Churata. Su obra es estudiada por tirios y troyanos.

Según la bibliografía consultada, como primer poeta que se conoce en la historia de la literatura puneña es Gabino Pacheco Zegarra, nacido en Umachiri-Melgar (1846). Después de más de medio siglo, surge en Puno un grupo muy importante: *Orqopata*, fundado y dirigido por Gamaliel Churata, cuyos integrantes cultivaban poesía exquisita, de corte indigenista (Alejandro Peralta, Emilio Vásquez, Emilio Armaza, Dante Nava, Luis de Rodrigo, y otros). Por su parte, Oquendo de Amat surge como una figura del vanguardismo y publica su único libro *Cinco metros de poemas*. También es preciso mencionar a Emilio Romero, quien está considerado como el padre de la narrativa puneña.

Después de los *Orqopatas* surge otro grupo importante: *Grupo Intelectual Carlos Oquendo de Amat*, conformado en su mayoría por poetas: José Luis Ayala, Omar Aramayo, Gloria Mendoza, Percy Zaga, entre otros.

Como se ve, Puno ha tenido excelentes poetas, pero no narradores. A partir de los 80, la narrativa aparece con fuerza en la pluma de Feliciano Padilla, quien ha alcanzado altas distinciones y está considerado como el narrador más exitoso de las letras puneñas.

En los últimos años surgen más poetas que narradores, con bastante motivación y talento. Eso significa la continuidad de la buena poesía puneña. En la narrativa encontramos sólo a dos jóvenes que vienen perfilándose en el ambiente literario, cada uno con estilos propios: Christian Reynoso y Javier Núñez. Todavía son jóvenes y esperamos mucho de ellos.

El presente libro, que es de carácter digital, ha sido cuidadosamente trabajado. Reconocemos que tiene limitaciones. Es el primer intento que se hace en versión digital. Como sabemos, si no estamos en la internet estamos en el vacío. Eso ha sido nuestra motivación para intentar un esbozo de literatura puneña y colocarlo en la red para todo el mundo.

Los escritores y poetas se presentan en orden cronológico, desde Gabino Pacheco Zegarra (nacido en 1846) hasta Javier Núñez y José Luis Velásquez (nacidos en 1980).

Yaraví

Desdichado pajarillo
Que con canto sencillo
A tu amor buscando vas
Yo también como tú, lloro
El bien perdido que adoro
Sin encontrarlo jamás
Corazón.

Al sol que en el occidente
Va hundiendo triste la frente
Le pregunto dónde estás;
Mas cuando mi voz te nombra
Sólo me dice, la sombra
Que no te veré jamás.
Jamás jamás
Corazón

Así, al fulgor de la luna
Lamentando mi fortuna
Alzo mi cántico, a Dios
Mas nadie escucha las quejas
Del dolor en que me dejas
El llanto ahoga mi voz
Ahoga mi voz
Corazón.

En la noche funeraria
Alzo también mi plegaria
En la fuente tersa y pura
Que refleja tu hermosura
Aún presumo que tú estás
Pero al llegar a su orilla
La luna que al fondo brilla
Dice que ya lejos te vas;
Corazón.

A aquella luna tan triste
Pregunto por qué te fuiste

Y si un día tornarás
Al envolverla una nube
Negra que a los cielos sube
Me responde que jamás
Jamás jamás
Corazón.

Fuentes, arroyos y ríos
Llorarán los ojos míos
De encontrar a mi amada
Y beba yo al fin la copa ansiada
De dicha hasta la hez, Corazón.

Sin ella, ni el sol, fulgores
Ni suave aroma las flores
De mi lira al triste son.
Sólo el eco con ternura
Repitiendo mi amargura
Me devuelve la canción.

La canción
Del corazón.
La luna no tendrá luz
Ni celajes tendrá el cielo
Yo lloraré sin consuelo
De la noche en el capuz.
Negra luz
Corazón.

Gabino Pacheco Zegarra. Nacido en Umachiri-Melgar (Puno) en 1846 y muerto en 1903. Se trata del primer poeta que se conoce en la historia de la literatura puneña. Ha traducido el drama Ollantay al francés y su poesía se ubica en el Romanticismo. “Dulce y sentimental la melodía de Pacheco, arraigada en el espíritu quechua, de primera fuente, es una expresión verdaderamente original. Desde allí recrea los postulados de Melgar; aunque más próximo al altoperuano Huallpa Rimachi que al aeda y mártir arequipeño, por afinidad natural. (...) De manera, que en su poesía, el yaraví, el huayno, su Ayaviri, jamás dejaron de palpar en su pensamiento diario” (Aramayo, Omar; 07: 1999).

El pez de oro

(fragmento)

Tal los muertos lloran, y se van, aunque no de ellos.

¿El verdadero cosmos no será la célula? ¿El concepto de espacio habrá de ser rectificado, pues, se ve que la “Idea” de magnitud se concibe sólo en sentido inverso al volumen, así cuando mayor su espacio menor? Y esto es porque es la célula el individuo que posee la cualidad de permanencia, del poder estar si las formas a que concurre son susceptibles de desintegración y ella no conoce otro estado que estar. ¿Ese cuerpo, u organismo mínimo, constituye la sola realidad? ¿Al último, los sistemas complejos que rigen el movimiento astral determinan el suyo, o del suyo parte la rítmica cósmica? Contesta Platón.

¿Sostiénese que las células que mueren son presto reemplazadas por otras vivas; por lo que se hace inevitable admitir que realmente, se vive sólo porque se debe morir? ¿Responde a empirismo absoluto tan magno conocimiento? El que algo se inhiba los ojos, o al tacto, puede ser suficiente testimonio para darle por desaparecido. Que haya desaparecido de sí mismo, lo que ocurriría si al desaparecer muriese, estado en que no estará más en él. Se establece el deceso de un individuo cuando cesó el latido arterial, calló el resuello de los pulmones, que entonces el profesional identifica con la inmovilidad la muerte. Su discrepancia con el brujo arcaico es evidente; pues éste se dispone a operar precisamente cuando esos fenómenos desaparecen, entendiendo que su desaparición ha determinado nuevas formas funcionales de la materia; lo que demuestra que poseía intuición segura de la inmortalidad de la célula; mientras el moderno hombre de ciencia (el oficial al menos) tiene conciencia de su inevitable mortalidad. De ellos hay quien —que sepamos— al autorizar el óbito exprese que sólo “aparentemente” su enfermo ha fallecido, por lo que, con muchas probabilidades de no incurrir en delito; podíasele cremar o sepultar. Con apretada entraña el brujo sigue tras el lloro de los deudos, y siente, como éstos, que el “muerto” llega vivo a la tumba. Vese que si no ha discurrido científicamente, ha experimentado con ciencia, que si el cuerpo se forma por células, y condición de éstas es ser germinales, porque las formas que conforman desaparezcan, pueden haber desaparecido ellas. Y porque lo siente en conciencia ve patíbulo en la tumba y cárcel, sabiéndose obligado a llegárseles son presentes de afecto y el avío que sustenta. Ya es fácil descubrir

que el hombre de ciencia no ve que la huesa es, por lo menos símbolo patibular del hombre.

Si no hay abismo de ignorancia científica entre ambos, que lo demuestre Platón.

Acaso todo esto es sepa a paradoja. Por eso mismo correspondemos buscar los medios que permitan decidir de manera concreta e inobjetable, si la célula muere, cómo muere y cuáles las formas en que tal fenómeno no se manifiesta.

Sostiene el miólogo que ciertos sistemas musculares suelen sufrir endurecimiento que impiden el normal riego sanguíneo, o se linfatizan por exceso de trabajo, iniciándose su depauperación y la muerte. De acuerdo con la doctrina, la vejez, que implica reducción vital (para nosotros aparente), es período en que el organismo comienza a morir, como la semilla que madura; de manera que viejugo que tremola apoyado en su bordón es uno que anda a medio morir.

La semilla que se desprendió de su yema no apesta; sabe a gusto de tálamo, olores seminales, eróticos, amativos... Y no el pobre vejugo que es sólo madura semilla.

En el organismo viril los sartorios afectados, y muertos al fin, presto se reemplazarán por otros que elaboran (cómo, no los sabemos) el músculo vivo. De suma importancia observar que, en efecto, así espero, ¿cuáles los medios y normas de ese proceso? Teníamos que habérselo planteado como previa cuestión, pues allí, se incorporan dos fenómenos que polarizan el drama de la materia: por una parte, la célula que muere y por otra la que sustituye; y determinarlo será tanto como haber dado con la clave de la vida y no menos con la clave de la muerte.

Dada como “verdad” la muerte de la zona muscular enferma, para su reemplazo tiene que producirse germinación y nacimiento de nuevas células; lo que impondrá reconocer que la célula –toda célula– es andrógina, como Jehová; de otra manera no lograría proliferar. Y, así, desde el prendimiento de la semilla, el óvulo, la materia se desarrollará por proceso genésico, creciendo hasta sus límites, debido a tales funciones. Vivir será germinar.

Gamaliel Churata. Su nombre verdadero es Arturo Peralta Miranda. Nació un 19 de junio de 1897 y murió un 8 de noviembre de 1969 en Lima. Es el intelectual más insigne de las letras puneñas. Publicó una inmortal obra, *El pez de oro* (que está considerada como la Biblia Andina), en 1957, en la editorial Canata de La Paz. Fundó y dirigió el grupo más grande del Sur peruano, *Orkopata*, que estaba conformado por su

hermano Alejandro Peralta, Emilio Vásquez, Emilio Armanza, Dante Nava, Luis de Rodrigo. Difundían sus trabajos a través del *Boletín Titikaka*, que tenía como colaboradores a los intelectuales de distintos países.

“... *El pez de oro* se va a revelar a uno de los libros más renovadores de la vanguardia peruana. Aparece tardíamente en 1957, que para muchos les resulta desconocido. El libro debió aparecer mucho tiempo antes de la edición que conocemos, por fatal designio y motivos muy ajenos se postergó. En *El pez de oro* encontraremos piezas breves como hayllis, harawis, poemas líricos, trozos narrativos, leyendas, historias, mitologías del kollao, y un sin fin de pensamientos e ideas. Su estructura barroca deslumbra por el peso y sabor indigenista que sabe a una cierta musicalidad. Muchos se preguntarán si *El pez de oro* es novela u otro género literario. Creemos que es un tratado de prosa poética donde se estila de todo: magia, esencia aymara y andina, imaginación desbordante, cuyos capítulos saben a retablos de simbolismo autóctono. *El pez de oro* es de puro surrealismo, tal vez uno de los primeros que funda el surrealismo en el Perú” (Toro Montalvo, César; 591:2000).

ALALAU

Alalau!
gritaron los ponchos anoche
en el ángulo más hambriento
del poblacho.

Alalau!
los yauris del frío en la carne
y en los yertos hilos de lana
y en el alma errante que pasa.

Alalau!
vientecillo
traicionero
de la pampa
qué triste tu canto de anoche,
sunka, sunkita...!

Alalau!
y no haber Santusa que espere,
ni fuego siquiera en el trago
ni medio de coca en los dientes...

Alalau!

Zampoñas

Habitante señero
De la gruta nevada,
Vigila
El clamor de los riscos.

SE HAN DESPLOMADO YA LAS MIL ALAS
DE LOS VIENTOS
En el desfiladero.
Está blando el corazón de mi puna
Zampoñas

Zampoñas

DE LOS CARRIZOS HA VERTIDO SANGRE
CUÁNTAS VECES SE HABRÁ DECAPITADO
EL SILENCIO

Qué mal se van cerrando
En la noche
LAS HERIDAS DE SOL
Qué mal...

Charango

¡Ay, charango, charanguito!
Fuga de ensueño, enredado
en las nubes y en las nieves.

Por los caminos te vas
por los caminos te vienes
llorando, riendo, danzando...

¡Ay, charango, charanguito!
cuerda nerviosa del pecho
vibrante de huaiños locos
bajo el rescoldo del poncho
y los dedos voluptuosos.

¡Ay, charango, charanguito!
compañero en la tristeza
dulce fuego en el amor:
por ti lloran las Malikas
por ti florece la vida
y entra en las venas el Sol.

¡Ay, charango, charanguito!
canto veloz y sensual
del hombre que busca su alma
en el cerro y en la pampa
en la chuglla y el breñal
y la encuentra sólo al grito
de su propia soledad.

¡Ay, charango, charanguito!
fuga de ensueño enredado
en las nubes y en las nieves.

Por los caminos te vas
por los caminos te vienes
llorando, riendo, danzando...

Luis de Rodrigo. Su nombre verdadero es Luis A. Rodríguez. Nació un 11 de mayo de 1897 en Puno y murió un 12 de noviembre en Lima. Es uno de los poetas más grandes del indigenismo puneño.

“Poeta singularmente dotado para captar la sui géneris riqueza del paisaje collavino y la actitud agónica de su habitante, con quien se identifica a través del común y dual denominador de la sangre y la esperanza...” (Delgado Pastor, Amadeo; en *Antología comentada de la literatura puneña*, de Feliciano Padilla).

En 1945, el Ministerio de Educación publica su libro *Puna*.

Versos del abuelo

*A Adita
Susanita
Dianita
Norita
Milagritos
Nelson*

“Dejad que los niños vengan a mí”
dijo la voz de un florido corazón
Esa perfumada voz
tiene su casa en mi corazón.

Aprended de los pequeñuelos
que sabe leer en mi corazón
corren gritan, cantan posan sus deditos
sobre las espinas de mi corazón.

Son mi pan del día
dueños de la luz
¿cómo hacer con todos en mi corazón?

Ruiseñor canario jilguero perico codorniz gorrión
por favor pasadle la voz
que está abierto de par en par mi corazón.

la pastora florida

Los ojos golondrinas de la Antuca
se van a brincos sobre las quinuas

Un cielo de petróleo echa a volar 100 globos de humo

Picoteando el aire caramelo

evoluciona una escuadrilla
de aviones orfeonidas

Hacia las basílicas rojas
sube el sol a rezar el novenario
Sale el lago a mirar las sementeras
El croar de las ranas se punza en las espigas

Los ojos de la Antuca
se empolvan al pasar por los galpones

Ha guturado la campana
el asma tatarabuela del pueblo

Din Don Diiin Dooon

—como tijeras de trasquila
se ha hundido en el vellón de las ovejas

Pobre Antuquita

Todo el día detrás de la majada

Hecha un ovillo sobre las piedras

Se ha ido tan lejos

Se va a quedar en media pampa
acorralada entre los cerros
El barro de los fangos
ha ensuciado el camino bengala de sus ojos
Para qué habrá ido sola al pastoreo
con tantos duraznos abridores
i las caderas reventonas
Tiene la boca llena de tierra quemante
Un kelluncho le brinca sobre los parietales

Bajo un kolli pordiosero
ha hecho acrobacias locas con el Silvico
en el trapecio de sus nervios

I SE HAN SAJADO LAS CARNES
I HAN HECHO CANTAR LA HONDA

Los ojos golondrinas de la Antuca

se van

planeando

por las cabañas...

e l i n d i o a n t o n i o

Ha venido el indio Antonio

con el habla triturada i los ojos como candelas

EN LA PUERTA HA MANCHADO LAS CORTINAS DEL SOL

Las palabras le queman los oídos

i en la crepitación de sus dientes

brincan los besos de la muerta

A n o c h e

envuelta en sus harapos de bayeta

la Francisca se retorció como un resorte

mientras el granizo apedreaba la puna

i la vela de sebo

c o r r í a a g r i t o s p o r e l c u a r t o

Desde el vértice de las tapias

aullará el perro al arenal del cielo

De las cuevas de los cerros

los indios sacarán ruidos como culebras

p a r a a m a r r a r a l a m u e r t a

Hacia el sur corta el aire una fuga de búhos
i un incendio del alcohol tras de las pircas
prende fogatas de alaridos

A rastras sobre las pajas

la noche ronda el caserío

Alejandro Peralta. Es otro de los poetas más grandes del indigenismo peruano. Nació en 1899 en Puno y murió en 1973 en Lima.

“Su poesía acrecida por una esencia vital que tiende a recoger la travesía del ande, ofrece el ambiente sureño de la nueva fe del Perú profundo, afirmada desde las raíces del Lago Titicaca. Vanguardista a su modo, sus versos recogen el sentimiento de tristeza y desolación cargada por imágenes ilusionistas, que entremezcla la expresión de la naturaleza, y desde luego, la independencia de su fe creadora, entre elocuente, plástica y surrealista” (Toro Montalvo, César; 664:2000).

Obras:

- Ande (1926)
- El Kollao (1934)
- Poesía de entretiempp (1968)
- Tierra-Aire (1971)
- Al filo del tránsito (1974)

Orgullo aimara

Soi un indio fornido de treinta años de acero
forjado sobre el yunque de la meseta andina,
con los martillos fúlgidos del relámpago herrero
i en la del sol, entraña de su fragua divina.

El lago Titicaca templó mi cuerpo fiero
en los pañales tibios de su agua cristalina,
me amamantó la ubre de un torvo ventisquero
i fue mi cuna blanda la más pétrea colina.

Las montañas membrudas educaron mis músculos,
me dio la tierra mía su roqueña cultura
alegría las albas i murria los crepúsculos.

Cuando surja mi raza que es la raza más rara,
nacerá el superhombre de progenie más pura,
para que sepa el mundo lo que vale el aimara.

La lavandera

Buena lavandera de ojos de venado,
de cutis de bronce, de espaciosa frente,
de cabellos negros, de boca candente,
de pollera roja, de mantón rosado.

Lavandera buena que todo has lavado
en el arroyuelo, junto a la vertiente
desde la camisa valiosa i decente,
hasta el calzoncillo pobre i remendado.

Oh lavanderita de ojos de venado.
oh lavanderita que todo has lavado
con las manos blancas de tu dulce amor.

Con el agua alegre de tu risa amena,

i el jabón rosado de tu carne buena,
lava mi alma sucia... ¡sucia de dolor!

Dante Nava. (Chorrillos-Lima, 1898 – Puno, 1958). Es descendiente de familia italiana por su padre, y española, por su madre. Desde que llegó a Puno, todavía niño (antes de cumplir un año), se identificó con la tierra altiplánica.

“El Gringo Nava. Así le llamaban en la ciudad lacustre a este magnífico poeta de inspiración nativista. Su padre era un viejo italiano que había llegado a Puno en el último cuarto del siglo pasado. Allí nacieron sus hijos. Qué intrincado presentimiento le hizo bautizar a su hijo con el nombre del excelso poeta toscano. Este hombre rubio, alto y fuerte, aprendió las primeras letras en la Escuela 881 de José Antonio Encinas y la versificación en las tersas aguas del lago, sobre la “plana” de la bahía azul. Dante Nava fue un magnífico poeta puneño. El más alto exponente de la expresión serrana...” (Bermejo, Vladimiro; en *Antología comentada de la literatura puneña*, de Feliciano Padilla).

Obras:

– *Antología Dante Nava, poeta del lago*. Lima, 1990. Publicación de Nina Costa de De Marco.

Balseros del Titicaca

Los cerros que bordean la bahía de Puno, en el Titicaca, cortan bruscamente la tarde. Ocultan el sol sin crepúsculo, pero por los flancos de las montañas, se proyectan los dorados rayos del sol de los gentiles sobre las penínsulas de Capachica y Chucuito.

Precisamente a la caída del sol deja de soplar aquel viento constante que los aimaras llaman khota-thaya o viento del lago. Hay una ligera calma antes que las chihuanqueras alcen vuelo hacia el Oeste anunciando el viento de ese lado, el suni-thaya.

Bautista, el pescador, tiene sus aparejos listos. Su balsa se balancea al pie de las rocas donde tiene su cabaña. Aprieta el nudo de su incuña de fiambre y envuelve la chuspa de coca descendiendo rápidamente de la peñolería.

Su balsa es frágil, apenas del ancho de sus caderas. Movable como una lagartija, con dos puntas filudas de totora amarilla, levanta la vela corta y romboidal que se hincha con la brisa del sur, que empuja su balsa hacia el totoral.

Centenares de chugllas humean en los cerrros. La bosta arde pesadamente y despide humo espeso. Allá lejos, el puerto de Puno parece achatado, sumergido en las orillas del lago. Ilusión óptica, curvatura de este mar dulce. Parece una ciudad encantada de plata y sangre. Tejas y calaminas se reflejan en largas ondas movibles en el lago. El vapor Ollanta calienta calderas, enciende luces rojas y verdes. La balsa hace pliegues en el agua, como sobre una tela de seda, camino del totoral.

De pronto, un rumor de trueno repercute en todos los cerros. Redoble de tambores, maquinaria sorda y terrible. Aparece al extremo del golfo el tren de Arequipa. Jadeante, incendiario, arrojando chispas avanza a la ciudad. Su ojo gigante deslumbra con el sol. El viento trae sonidos de campanas; los cien ojos rojizos del barco no pestañean siquiera. Esperan a los pasajeros para Bolivia.

Soberbio espectáculo. Bautista se siente un Dios lacustre sobre su veloz balsa. Una muralla negra son los cerros; el lago todavía está tranquilo. Las luces del muelle se alargan. Chorrean como oro fundido en el agua. Aquella soberbia visión panorámica es un regalo a sus ojos, mientras la balsa llega al totoral. Ya está llegando. Sus ojos ven mejor en la noche. Las totoras forman una barrera inmensa, pero Bautista ya conoce la entrada. Mueve los remos traseros como timones y endereza la balsa hacia el bosque espeso e inmenso de los totorales, donde hay lagunas llenas de peces.

Aquí el lago cubierto de totorales se aprisiona en canales de agua cristalina. La brisa no llega a estos callejones inmensos que siguen por misteriosas curvas que sólo la experiencia aimara puede descubrir en la noche.

Se cruzan algunas balsas rezagadas que van a Puno desde las islas de Takili o Amantani.

—¡Uúh!

Apenas un grito a boca entreabierta, es el saludo entre balseiros. Un aullido con U francesa. Las balsas pasan con la gallardía de un lujoso paquebote trasatlántico.

Por fin ha llegado. Una claridad plateada se abre ante sus ojos. Ahí está la laguna pletórica de peces sabrosos. Hay que cogerlos con red porque están voltejando a millares en el fondo escaso de la laguna. Pero antes hay que cegarlos. Y Bautista amontona totoras secas sobre su balsa, enciende un fósforo y hace una hoguera. Los peces quedan ciegos ante la deslumbrante llamarada. Bautista sumerge la red y recoge centenares de peces. Trabaja hasta la media noche. En su balsa ya no cabe más. Toma un puñado de coca y con el remo empuja su balsa entre un macizo totoral donde sube como a un dique y duerme hasta el amanecer.

No hay amanecer más bello en paraje alguno de la tierra. Se insinúan en la lejanía las nieves de la cordillera. En las riberas, el golfo verdecido y cubierto de eucaliptos, mentas silvestres y matorrales. Miles de cabañas humeantes y rodeadas de fragantes flores del Inca. Allá, la ciudad de plata y sangre todavía duerme. El muelle está desierto; se ha ido a Bolivia el vapor. Todavía se ven brillar algunas estrellas a pesar de la luz del día. Las nubes con todos los colores del arco iris, aurora boreal, oro, sangre, esmeraldas fundidas. Millares de pájaros entonan sus cánticos mañaneros. Bandadas de flamencos vuelan en escuadrillas tendidas hacia la aurora, rosada como sus alas. Patos, parihuanas, huallatas blancas como la nieve y dominicos de capuchón negro y alas blancas graznan con alegría.

Bautista se desespera y hace crujir su balsa alzándose para observar sobre la barrera de totorales. Las islas y las penínsulas están teñidas de púrpura. Las casas de calamina de Puno, lejanas y borrosas, brillan como espejos de plata bruñida. El lago es un cristal, una masa de azogue inmóvil, una plancha gigantesca de acero. No hay ni una leve brisa.

Este bello amanecer es sin embargo para desesperar al pescador. ¿A qué hora vendrá el viento? La pesca abundante empieza a transpirar sobre la balsa, porque el sol quema ese estanque cercado de totorales de verde oscuro. Bautista cambia de coca arrojando el pigcho que ha rumiado en toda la noche. Se le escapa una interjección de rabia al ver esa inmensa naturaleza viva y de fiesta en descanso dominical y con la brisa de vacaciones.

Arde el sol. Se levanta una vaga niebla cálida de estanque; el aire está espeso y caldeado. Mientras más asciende el sol, la prisión lacustre es más insoportable. Bautista toma su merienda de papas frías, chuños congelados y bogas ahumadas. Renueva otra vez la coca. Se inclina sobre el lago para

beber agua en el hueco de sus manos. Hace un gesto de asco, el agua está amarga, pues hay pantanos en el fondo.

La brisa no llega en todo el día. El lago es un inmenso espejo para incendiar los cielos, para quemarlos como papel. Está en fiesta el sol achicharrante y terrible.

—¡Karaspa! ¡Ahora va a granizar!...! —exclama Bautista. A sol espléndido, tempestad segura.

Y en la tarde de aquel día granizó. Y luego un fuerte viento agitó el mar dulce. Nublado el cielo y plomo oscuro, ceniciento y terrible el Titicaca, agitaba sus olas como un mar. La balsa parecía formar un solo cuerpo con la frágil embarcación. Las olas del Titicaca no tienen el ciclo amplio y profundo de las olas del mar, pero su embate es más rápido, más corto, de curva leve y espumosa. Las olas pequeñas atacan con furia y rapidez.

Bogueros del Titicaca, en todas las bahías y en el Gran Lago, luchaban aquella noche con la tempestad. Un viento helado cortaba la piel como vidrio de botella. Negrura absoluta por todas partes, los bogueros ven a través de la noche como búhos. Ni una queja, ni una interjección, ni una palabra de misericordia. Bautista empuñaba con mano dura los dos remos que arrastraba como timones luchando por mantener derecha la balsa. Imposible arriar la vela. No había manos para desenvolver la soga; y aunque hubieran habido, era el viento tan fuerte que habría pegado el velamen de totora contra la achihua clavada como un compás abierto sobre los flancos de la balsa.

El viento arrastraba como una hoja seca la balsa de Bautista. Las olas la levantaban por detrás y la hacían sentar bruscamente al retirarse, inundándola. Pero no había ola capaz de despegarlo de su balsa. Su propio cuerpo era como un caracol, que dirigía la balsa pegado a su concha.

De pronto una masa negra se interpuso. Cerró los ojos. Ni una luz roja había en el muelle. Los carros de plataforma y las bodegas abandonadas, resistían al embate del viento que silbaba en los hilos del telégrafo. La balsa paró en seco y reventaron algunas sogas de paja de las puntas.

Otras balsas más grandes iban atracando a media noche. Hasta la hora del amanecer centenares de balsas cubrían las aguas del muelle.

Ahí estaba a pocos pasos, durmiendo todavía, la ciudad con sus calles estrechas para ser más afectuosas. Las torres de la catedral velaban su sueño. Las torres de San Juan parecían minaretes. La techumbre de zinc de San Juan de Dios parecía un zepellín de plata. El camposanto cerca; el mercado, la estación, todo cerca; unido, cariñoso, lleno de ternura.

Pero los ojos de Bautista que no habían temblado al sol achicharrante del día ni a la tempestad horrible de la noche, miraban con temor la ciudad.

Del barrio de Mañazo comenzaron a bajar al muelle las cholas ckateras, alcanzadoras de provisiones. Bajaban soldados y mercachifles. Todos los balseros se pusieron de pie como aprestándose a una batalla. A los pocos minutos, mercachifles, soldados y ckateras hacían saqueo de las provisiones.

–¡Indio animal, esto es para el comandante! –le decía un soldado a uno, quitándole la canasta de huevos.

–¡Ladronazo! ¡Conténtate con cuatro reales por esta talega de quesos o te mando preso! –chillaba una ckatera.

Otra más práctica, le quitó el sombrero y el poncho a uno de ellos para obligarlo a seguirla cargando la pesca hasta el puesto del mercado. Cuando llegó, le alcanzó un pan y una peseta.

–Toma tatay y di que es tu santo.

Soldados, mercachifles y mayordomos de casas ricas hicieron tabla rasa con cuanta provisión había en el muelle.

Los indios invadieron después la ciudad con algunas pesetas en las manos para comprar añil, chancaca, agujas, tocuyo. A algunos les alcanzó para un trago de aguardiente.

Los policías les pedían libretas de Conscripción Vial, de Registro Electoral, de Servicio Militar, Carnet de Ocupación, Certificado de Vacuna y de Asistencia Escolar.

Los bogueros los miraban boquiabiertos. Los policías, cuando se habían cansado de llevar gente al cuartel, les daban de varazos y los dejaban libres.

Discurrían por la ciudad como idiotas, ahogados al peso del poncho. Pero en la tarde, al retornar a sus islas y a las penínsulas azules, ya solos en el muelle, se reían con risa sardónica y fuerte:

–Al turco de la plaza le saqué esta vara.

–Al gringo bachiche le tiré esta cuchilla...

–¡Mistis desgraciados, cochinos!

Y después de haber guardado bien sus compras, el periódico del día para que lean los chicos, el cuaderno de escritura, los lápices y la tinta para que escriban sus hijos en las escuelas de los evangelistas, levantaban sus velas y se alejaban con una canción de vida y de esperanza en los labios.

Emilio Romero. (Puno, 1899 – Lima, 1993). Está considerado como el padre de la narrativa puneña.

“Fue un distinguido jurista puneño, parlamentario, ensayista, periodista, decano de la Facultad de Economía de San Marcos, Presidente de la Sociedad Geográfica del Perú y narrador exquisito, dueño de un lenguaje definitivamente literario y pulcro. Escribió el hermoso libro de cuentos: *Balseros del Titicaca* (primera edición, 1934; segunda edición, 1989). Mucho antes de este libro, desde 1918 las principales revistas de Lima y el extranjero, aparte de Puno, publicaron sus cuentos. Por ejemplo, "El pututu" fue publicado por José Gálvez en *La Crónica de Lima*. Variedades, por intermedio de Clemente Palma, publicó sus relatos desde aquel año. Otro cuento suyo fue publicado por la prestigiosa revista *Zig Zag* en Santiago de Chile. En los años 30 viajó a Lima. Allí, la política, el estudio metódico de la sociedad peruana y las convulsiones socioeconómicas de entonces lo separaron por un tiempo de la narrativa y lo llevaron por el camino de las preocupaciones sociopolíticas. Sin embargo, la publicación de sus

libros "Balseros del Titikaka" y "Memorias Apócrifas del General José Manuel de Goyeneche" es suficiente para ser considerado entre los mejores narradores puneños de la etapa en que se lo menciona" (Padilla, Feliciano; 2005:217).

Obras:

- Balseros del Titicaca (1934)
- Memorias apócrifas del General José Manuel de Goyeneche (1971)

Los pescadores del Titicaca

I

Esto sucede en uno de los veranos de la meseta del Titicaca.

Después de una noche de lluvia torrencial, aún amaneció encapotado el cielo. Una claridad turbia iluminaba el ambiente dando al lago una tonalidad lechosa. Los cerros azulinos de la bahía y su raquílica flora, se mostraban como entre tules.

El viejo Timoteo, de tez cobriza y ralísima barba cana, vestía pantalón de cordellate negro, camisa de tocuyo con mil remiendos y sombrero ovejón de falda caída.

El anciano pescador paró su balsa entre las temblorosas totoras de la orilla. Sus ojillos vidriosos avizoraban la superficie tersa del lago, que el céfiro matutino hacía ondular levemente.

Escuchaba atento la música semidivina que la brisa mañanera, mezclada con el canto de las aves lacustres, sinfonizaba en los totorales.

Después de embutirse un acullico en la boca y guardar la chuspa en el pecho se paró, y cogiendo el remo hizo surcar su balsa por entre el total. En medio del lago extendió sus redes. La ligera embarcación surcaba el agua, como un cincel sobre una lámina de metal bruñido.

La luz solar se habría paso entre las nubes, aumentando la claridad lacustre y tornándola en claridad.

De pronto comenzó a tirar la red. El diestro pescador la cobró. Los peces se movían como una sola masa viva; y al ser vaciado sobre la balsa, las bogas, los umantos y los carachis, se retorcían y saltaban ofreciendo sus vientres blancos al alba claridad del día.

Al dar las últimas remadas en la opuesta orilla, recibieronle chillando y voloteando una bandada de gaviotas. A esa hora poblaban ya la orilla cenagosa los patos huraños y las rosadas pariwanas garbosas.

El viejo Timoteo se arremangó los pantalones hasta las rodillas; chimbando el agua empujó su balsa a tierra, donde lió sus aparejos.

De su vivienda salieron a recibirlo, su perro peludo, sus seis nietecillos harapientos, y su vieja de pollera colorada y montera de cuatro puntas, con las mangas de su camisa de tocuyo remangadas hasta los codos.

El perro ladraba saltando de contento, los chicos le pidieron el remo y la malla, y la anciana el atado de pececillos.

Al descubrir el bulto, los rapazuelos que vieron que los peces aún se movían, cogieron a los más saltones y los sumergieron en la palangana de

barro cocido, donde aquéllos tomaron su posición normal y comenzaron a mover sus aletas o bogar con agilidad. Los muchachos se maravillaban con esas cosas a la vez que se miraban en el espejo del agua.

La anciana cogió los peces más rollizos y después de destriparlos y desescamarlos, los embutió en una olla de agua hirviente, agregando papas peladas, rajas de cebolla y ají molido. Revolvió y avivó las brasas del fogón con un palito y sopló fuertemente con un tubo de lata.

La viejecita hizo cocer el almuerzo y lo sirvió en platos de barro cocido. El caldo sabroso de las bogas despedía un olor de lo más provocativo. Reunidos todos alrededor de la olla, engullíanse la carne blanca y delicada de los peces, arrojando solamente las espinas. Cuando estuvieron ya hartos, los chiquillos fueron a despircar los corralones de las ovejas que balaban desesperadamente; la vieja desató las vacas que estaban atadas a las picotas, para llevarlas a apacentar en la orilla. El anciano cansado se metió en su vivienda a recobrar el sueño perdido.

II

Por el borde de las chacras floridas y los habales perfumados, los mozos y mozas de la comarca, batiendo al aire sus banderas peruanas y wichiwichis floreados, bailaban cantando la alegre wifala al son de la música alegre de sus charangos. Esta fiesta la ofrecen los indígenas en los días siguientes al carnaval, época en que toda la meseta gris, árida y silenciosa, se torna verdusca, florida, rumorosa y perfumada; época en que el cielo, perennemente pardo se deshace en lluviecitas con sol y cambia en azul turquí; época en que los arroyos, las vertientes, los manantiales y las olas cantan con más alegría, así como los pajarillos a los totorales.

El viejo Timoteo enfiló las bogas en una lata que luego colocó sobre unas piedras que hacía de fogón improvisado, donde embutió cuanto charamusca encontró a la mano. Al comienzo una humareda espesa lo asfixiaba, pero después le llenó de contento una llama viva chisporroteante, clara y el agradable olor a pescado que se asa en ese olor a frituras que el viento colecta e impregna en el espacio.

Al atardecer las nubes iban haciéndose más espesas y los chorlitos se cruzaban en bandadas. Cuando el vientecillo que anuncia tormentas corría por las pampas, los cerros y el lago, volvieron la anciana y los chiquillos con sus rebaños, que fueron apresuradamente a encerrarlos en los corralones. Apenas llegaron a la cabaña se asomaron al asado y se pusieron a saborearlo. La viejecita, después de embutirse un bocado se dirigió a la cocina. Los chiquillos y el viejo al ver que arreciaba más el viento y que se aproximaba la tormenta, se apresuraron a recoger y a guardar todas sus cosas en las habitaciones. Poco después se embozaron con sus ponchos y sus bufandas.

El lago se puso furioso, cambió de color y arrojaba a su orilla copos de espuma. Las gaviotas, que revoloteaban capeando las olas, de improvisto

descendían para hacerse mecer por ellas. Los patos y las wallatas, por parejas, apresuradamente volaban hacia occidente y parvadas de pajaritos también volaban luchando contra el viento.

III

Cuando ya todo se hallaba lóbrego y sólo los lejanos relámpagos iluminaban intermitentemente el espacio, sopló con más furia el viento y los truenos hicieron temblar la tierra; comenzó una lluviecita menuda, cantarina; después, se deshicieron nuevamente las lluvias en chaparrones.

A esa hora de borrasca en que parece que a todo el orbe conmueve un cataclismo, una lechuza comenzó a aletear y graznar en la puerta de la vivienda. De los ancianos que velaban, el viejo salió a atisbar. Volvió lleno de estupor y dijo a la anciana.

—La lechuza ha graznado en nuestra puerta. Mala señal, ¡malagüero!

La aludida contestó:

—¡Ay! Dios mío qué será.

Y ambos tuvieron la evidencia de una tragedia.

Y así fue, aunque parezca mentira. En los días siguientes comenzaron a enfermarse los chiquillos. El dolor de cabeza, el estómago, las calenturas, los tiró en cama uno tras otro. Los viejos no sabían con qué sanarlos. El curandero del ayllu recetó pegarles a las plantas de los pies, papeles untados con clara de huevo, darles cocimiento de ñujcho, ponerles unas hojas frescas de llantén a las axilas, bañarlos con orines frescos... Todo lo pusieron, mas, sin resultado alguno. Los muchachos se asaban lanzando ayes que desgarraban el alma. Tenían los labios secos y las barriguitas hinchadas con manchas moradas. Los abuelos se pasaban todas las noches en vela y transidos de dolor, sólo atinaban a interrogarse:

¿Qué tendrán? ¿Qué hacer? ¿Qué darles? ¿Qué ponerles?. ¿Pero qué? Las preguntas no tenían respuesta, ni el alivio daba esperanzas.

Finalmente apelaron a los rezos y los sahumeros; pero nada, nada.

Todo era inútil y quizás debido a su fatal ignorancia, los remedios que les daban, acentuaban más la fiebre que los consumía.

Un día se murió el menorcito, le siguió otro, y así fueron desfilando todos los chiquitos a la apacheta, envueltos en unos jergones con coronitas de papel blanco y crucecitas labradas en madera bruta.

Después de la muerte de sus hijos, les quedaba el consuelo de sus nietecitos: esos majitos rechonchos, vivarachos y traviesos.

Pero ahora que se han muerto, ¿qué quedaba? Ya no les quedaba nada en la vida. Todo les resultaba innecesario: la buena cosecha, la abundante pesca, la pródiga parición del ganado, el consuelo de su perro, el maullar del gato, la alegría del verano y toda la maravilla lacustre que otrora constituían su encanto. Las frases consoladoras de su compañera, tampoco tenían ya esa

paz saludable de otros días, ni sus oídos, esa sensibilidad aguda para escucharla.

No a mucho cayó la compañera de toda su vida; esa naturaleza desgastada había de resistir menor aún que la de los chiquillos.

Con ese golpe más el pobre viejo perdió el sentido y la conciencia de la vida; caminaba como un autómatas y cuando dejaba de hacerlo se inmovilizaba como los monolitos. Enmudeció para siempre la comida, la sabía amarga, el agua del manantial se le ofrecía como hiel, el sol le resultaba quemante y la luna sin poesía y, aunque el lago en la brisa mañanera, le enviaba algún consuelo, él lo veía negro, negro como el hollín de su cocina.

Este viejo, perteneciente a la raza de bronce, después de una larga y conmovedora agonía dejó de existir; sus amigos, envuelto en unos pobres jergones lo sepultaron en una cumbre, dejándole como recuerdo una cruz de irus.

Hoy sólo el viento lamenta su muerte, y en las noches se lamenta más quejumbroso aún; tiene razón, porque en la cabaña que antes era un nido de amor y de consuelo, hoy no existe sino un montón de piedras, terrón y totora.

Mateo Jaika. (Puno, 1900 – Lima, 1977). Su nombre verdadero es Víctor Enríquez. “Pertenece al Grupo Orqopata y anduvo de la mano de todos los integrantes de este prestigioso grupo literario. Publicó el libro de cuentos "Kancharani", y muchos de sus relatos han sido traducidos a lenguas extranjeras. "Los pescadores del Titikaka", "Las Lechuzas", son cuentos dignos de una antología nacional, por su profundidad y por el manejo del lenguaje. Sin ninguna duda, Mateo Jaika, junto con Emilio Romero son los narradores más dotados y talentosos de esta etapa. Toda su producción ha sido reimpresa en Lima, en 1969, con el título de "Relatos del Collao", con un esclarecedor prólogo del maestro de la crítica literaria en el Perú, don Estuardo Núñez” (Padilla, Feliciano; 2005: 242)

Obras:

– Kancharani

Afirmación de mi padre

Hubo un día sin flores en tu sepulcro,
hubo un día en que en tus huesos se estremeció mi angustia
en que un agua salada me bañaba la garganta
y de un umbral de despedidas me tiraba la vida.
Y yo no sabía nada
sólo sabía que habías muerto,
que estabas muriéndote todos los días
en ese polvo mío
HECHO HUMANO CON TU VIDA
con todos los racimos de tu dolor
filtrando las auroras de tus alegrías
y lamiendo los senderos de tu cruz,

Sólo sabía que habías muerto,
que del cemento de tu sepulcro salía aún el tufo de tu agonía;
que mis pies te siguieron miedosos
para detenerse
allí donde tus pies cansados te llevaron infinito arriba.
Y tú venías a abrazarme como siempre.

CON TU CAUDAL SIN CAUCE DE TERNURA
sólo sabía que habías quedado conmigo,
que estabas animando otra vez esta carne en la lucha
desde el átomo de tu juventud perdurada,
desde cuando mi ser alentaba tu carne,
y para venir en esto
en esta niñez de coronas
en tu regazo de donde quisieras sacarte mi dolor,
en este asentarse del sol
sobre tu tumba madurando polvo,
y quizá también EN ESTE
súper descanso que tendrás
cuando te llegue como la dulce mansedumbre del sueño
el fluido caliente de poder recordarme.

Mentira;
no es que estás muriéndote todos los días, como he dicho,
es, más bien, que te levantas

milímetro a milímetro.
Tu abrazo me abraza todas las mañanas.
Has cambiado, sí
pero no es que solamente vuelvas en el recuerdo

ESTÁS HECHO CARNE,
formándote en el muelle de mi brazo,
haciéndote trabajar mi sembrío
y revolviendo auroras de mi vida con tu voz cantarina.

Estás ahí, a mi lado,
estás conmigo

que la muerte no ha podido llevarte
ni materialmente siquiera;
estás en esa carne pequeña
que columpia en la vida
en el mismo trapecio de sus años mozos
y que duerme su noche al amparo de tu barba de abuelo.

Porque yo soy camino,
arco de incandescencia entre estas dos ternuras,
tú, padre, tú que me enseñaste
estás regando el huerto iluminado de esa vida.

Emilio Armaza. (Puno, 1902 – Lima, 1980). “Radicado en Lima se dedicó al periodismo. Trabajó en El Comercio de Lima donde fue jefe de la página editorial durante 30 años. Fue el único intelectual puneño que trabajó tanto tiempo y ejerciendo tan importante cargo en un periódico que se considera el mejor cuidado del Perú” (Padilla, Feliciano; 2005: 58).

“La poesía de Armaza no se aparta del tipo imaginista y pictórico de los indigenistas, pero en algunos poemas alcanza bastante sinceridad. La nota erótica se la ve más marcada que en sus contemporáneos y sus figuras son menos atrevidas, pero encierran sinceridad y belleza” (Cáceres Monroy, Juan Luis).

Estepa en llamas

Colmadas nuestras balsas de rebullentes suchis, humantos coletudos y diversas bogas, que se asfixiaban abriendo con avidez sus bocas anfibias y lacres, y mientras en los estertores de la agonía, se daban de coletazos unos a otros, nos dirigimos, como una bandada de patos salvajes, hacia el atracadero. Los fornidos y terreros qollanas –todos los hombres del ayllu de qollanas somos recios balseros– con nuestro jilakata Crucito Lión a la cabeza, no halaban nuestras sapuras, pujando como cuando, en viento contrario, hace crujir las lloqueñas y enfurecer las límpidas aguas de nuestro amado río Ramis. Al otro lado viven los malditos tomaqayas Zapanas, allá donde verdean los tarhuis y están ya desgranando las mazorcas moradas de las quinuas, allá donde el viento que sopla de Ácora sacude con furia las varillas del precioso fruto. Nosotros somos de esta banda; no tenemos sino hirsutas, moyas y arena. En la rinconada, es cierto, crecen qollis retorcidos y muy duros. Ahí están cerca de la estancia de don Prudencio Cuentas, los putucos de ch'ampas de mis tíos Cisco y Jancho Qari, y no muy lejos de ellos, vive mi padrino, el jilakata. En pequeños huertos crecen las espigadas ambarinas: menuditas y aromáticas; los chunquitos de finos pétalos de crema, los geranios llameantes y las qantutas largas y bermejas. Con esas flores silvestres, nuestras hermanas y otras imillas casaderas del ayllu se adornan las monteras floridas para las fiestas. Da gusto verlas así, y a solas, hacerles la sunqa. Pero, esto no tiene importancia. Aquí bajo mi balsa nueva y liviana se encrespa, por momentos, el agua color azul de anilina como bayeta recién batanada.

A la madrugada, antes de que el alba cayera del todo y cuando el frío se nos infiltraba como azogue en los huesos, con las bufandas subidas hasta los ojos y a la voz de ¡orden! seca y tajante del alcalde de nuestro ayllu, formamos como lloqueñas viejas una carpa de tolderas amplias para el Tata-cura, que es muy comodón, y para los otros badulaques, sus allegados. De un brinco el sol triscó en las moyas y extendió su oro líquido sobre la superficie bruñida del agua. Ahora, el Tata está sentado a mujeriegas sobre un apero y pellón lanudo y; a sus pies calzados con botines de elástico, se extienden los chusis floreados, con sus ojillos aguanosos de qarachi. Escrutaba nuestras balsas y calculaba cuánto de primicias recogería del prolífero ayllu de la otra ribera, cuando la parva de las quinuas sea majada con los cayedos cosechadores. Ahora está ahí obeso, jadeante, bebiendo –con su "mula" vieja miserable de cara amorcillada y su "sobrina" la pizpireta que hace encalabrinar al viejo gotoso del gobernador y a su niño, un barbilindo trabucador de indios mansos–

espumosos vasos de chicha de quinua, que nuestras hermanas hicieron mascando para darle levadura.

–Apuren, apuren... ¡Ahí tienen una botella de alcohol y una estalla de coca, de lo mejorcito de Pelechuco, apuren...! –Nos gritaba el cholo Incayupanqui, que es firmado y teniente gobernador.

–Eres jodido –le retrucaba a la sordina Crucito–. Recién estamos llegando y ya quieres que regresemos. Habías de ser alcahuete y lambón.

Nos reíamos a todo trapo porque el cholo era un adulón sin remedio. El awicho Ticona nos repartía, cautelosamente, acullis y pedazos de llipta para echarle un mordisco, mientras bajo nuestras balsas somormujaba el agua frizada a contrapelo por el viento. En las orillas, junto a las lajas rebrillantes, se arremolinan los layos de un verdor claro, se pudren en los rebales de aguas muertas con coloraciones de bronce verdoso y bordes violáceos y, en donde se agitan los renacuajos de piel negruzca y viscosa. Contra todo esto golpea y brama el agua, sin descanso, como un congosto.

Como primera faena llevamos, parsimoniosamente, nuestras canastas de chillihua con plateados y rebullentes suchis, al toldo del cura.

–¿Qué es esto? ¡Y tan poco desde enantes! El año pasado fue... – bostezó malhumorado el bendito personaje.

Y es cuando platicó nuestro viejo.

–Tata –le dijo con el sombrero entre las manos y la mirada recogida–. No es nuestra culpa. El río, nuestro padre y madre, el que nos cría a todos, el río Ramis está enojado. Tiene razón porque no le hemos hecho t'inkasqa. Aplacaremos su cólera: Dadnos, Tata, coca de la verde; dadnos una botella de alcohol. Algunos remontarán hasta el remolino y harán el k'intu para que retornen los suchis huidizos y entonces, nuestras balsas se colmarán y aún serán rotas nuestras redes por los hijos de la Mamaqoya.

–Tendrán todo lo que piden- rezongó con la faz arrebolada-; pero no me mangoneen con el pretexto del k'intu.

Y fue dura la jornada. Los lequeles volaban azorados hacia los páramos lejanos. El sol se volcaba sobre el mundo y las piedras aristadas de pátinas de cobre parecían aflorar de sus propias sombras como corolas monstruosas.

En una resaca hicimos el "pago". La diminuta fogata de bostas chisporroteaba vivazmente y las flámulas parecían crestas rutilantes. El k'intu de Wiraqoya, alcohol y coca ha humeado toda la tarde.

El regalo del Tata estaba pagado con creces. Los pequeños cestos de chillihua rebozaban de suchis y bogas plateadas y húmedas, qarachis escamosos y regordetes.

Fueron las garridas mozas de mi ayllu las que guisaron sabrosamente los pescados frescos para el Tata y sus convidados. Unas traían las chúas humeantes y grasosas con el caldo de los suchis gordos; otras, servían las tuntas blanduzcas, albas y reventonas. Janita fue la última. Traía el queso tierno y albino. El Tata, el gobernador Camacho Deza, el faite cortejeador de la niña Hortensia, todos, hasta la arpía curial, la desnudaron con sus miradas

lascivas los unos y, enfurruñadas y celosas, las otras. Ella era apenas una linda wallatita, que triscaba en las moyas a medio quemar, tras la majada de sus ovejas o juntaba gozosa sus labios con el belfo tibio y sedoso de la "chitaca" predilecta. Ella corrió cohibida y fue a ocultar su pudor de imilla codiciada. Reparé que al Tata rijoso le susurraba taimadamente el gobernador.

–Señor doctor –le dijo aquél–, usted está ya de vuelta, mientras que yo recién...

–Es que, amigazo, yo también soy pescador...pero de almas –guiñó cazurro.

Cuando el sol se hunde tras los cerros granates que se apeñuzcan al Oriente, nuestro ayllu es acongojador; el río hondo y plúmbeo tiene estertores de pesadilla. Gasta el atracadero, que se abre en rampa; parece un bostezo de la pesadumbre acuática.

Los alqamaris con tardo vuelo aterrizaban hambrientos y grotescos. La cabalgata de los mistis se perdió, polvorienta y vibrante, detrás de unos médanos de paja rala. Sentí un odio terrible por estos otros alqamaris que iban tramando contra Janita alguna felonía. Pero, también tuve repugnancia de mí mismo; me odié y eché en mi cara mi condición servil y cobarde. Reventó en mi paladar un sabor agrio y envenenador como el fruto de la taqachila. Blasfemé contra mis padres, que nunca alzaron sus puños crispados contra sus explotadores y, más bien, ahinojados recibieron zurriagazos y golpes y; el cura mismo, en vez del asperjeo del agua bendita, les mandó echar con orinales porque pidieron un poco de tierra en el cementerio para la sepultura de mi abuelo. Escupí con rabia contra esta tierra yerma y el horizonte lontano en cuyas lindes se alzan, como pechos tetones, las montañas azules, guarida de hombres brunos y tal vez felices. Mi odio les ha ido mordiendo los talones como un perro hambriento; se agazapará en un rincón cualquiera para estrangularles a dentelladas feroces. Así pensé aquella tarde lejana; así nació un clamor bronco en mi sangre y desgarró con terquedad de rebeldía vital mis vísceras de indio siempre humilde y servicial para con los condenados mistis.

Janita, la linda wallatita de mi ayllu, aquélla para quien recogí los más dulces sankayos y le di todo mi cariño veinteañero junto con los pichones de las choqas y el cestillo de mimbres con los apetitosos pasanqallas; aquélla por la que se derramó, como un río de música y ensueño, por las abras y los riscos, la voz melodiosa de mi pinkillo, fue llevada como "camani" donde el cura, y no a vuelto más al ayllu. Ha olvidado la almilla de bayeta color ayrampo y el rebozo de cordellate por algún trapo costoso que merca con sus caricias de barragana.

Me han llovido después muchas injurias y mis espaldas sufridas conocen los chicotazos del rabioso gobernador y la apaleadura de los sayones del gamonal Bragazas, porque no dije quién fue el que incendió la finca Kamqata.

Los días se queman como manojos de t'olas secas. Y el cuerpo se consume queriendo darle un poco de calor a los surcos resechos y remojar las

pequeñas semillas, tan desnudas como nosotros, con el sudor y las lágrimas salinas de nuestra brega miserable. Vienen las heladas con sus anchas patas de cristal y de silencio a aplastar los brotes anhelosos de vida, los gérmenes que rompen la parénquima. Viento, heladas, hambre... siempre hambre. ¡Y en las fiestas de San Taraco algún ajo...! Viril contra el destino, contra los hombres sumisos. Miserable desquite que rebota contra el rollo de la plaza y las casas de calamina. Luego, la vida jadeante y pisoteada, filtrándose por todos los rincones, rezumando hasta de las piedras.

II

La estepa en llamas

Una mañana fresca de Chullunkus y de trinos se perfiló la recia silueta de Sotelo Jallasi en la puerta de mi putuko. Me traía la gran noticia: mi corazón se abrió de par en par y por él entró una frescura de alba que me remojó de rebeldía y coraje el cuerpo y el espíritu, de una sola vez y para siempre.

Hemos vencido en Huancané –explicaba serenamente Jallasi–. En total somos 70 mil indios de todos los ayllus. En Samán hemos incendiado los trojes de la hacienda Esperanza después de coger todo lo que necesitábamos. El gamonal Dueñas y su machona han fugado a Juliaca. El cura y algunos paniaguados de Dueñas nos han fogueado desde la torre de la iglesia; por eso hemos metido fuego, todavía está humeando. Llegaremos a tomar a sangre y fuego este nido de explotadores. ¿Qué te parece? ¿Que piensas hacer?

–¿Quién los guía, quién es el jefe? –le grité casi con sofoco.

–Es Rumi Maki, nuestro hermano. Es como nosotros indio.

–¡Rumi Maki, Rumi Maki...! La mano de piedra, la mano justiciera, la que cundirá como una galga a todos los gamonales, pensé con venganza fila como una cuchilla. Me alisté sin titubeos en las fuerzas del Gran Inka.

La venganza recién me sabía dulce; tantos años de humillación debía de reventar de algún modo y he aquí que ha estallado en oleadas de sangre y de fuego.

Entrábamos a saco en las haciendas, requisábamos ganado para el rancho de las tropas indígenas; en caso de resistencia, quemábamos caseríos y capillas, guindábamos a los pobres diablos mistis, lambones de los gamonales que no pudieron ganar camino a Juliaca. Todo el Collao tembló de coraje y rabia. Sólo los gamonales se cagaban de miedo. Con el rifle cordial entre mis manos me sentí hombre de veras: macho, fuerte y vengador. La corneta de los milicianos indios hizo galopar mi sangre con furor marcial, y fue un clamor de mi raza, el bronco sonido del pututo desgalgado desde los cerros riscosos.

A la madrugada de un jueves, Samán quedó en escombros humeantes. Otro día caían Taraco y Chupa; fueron capturadas las majadas de ovejas, y las tropas de burros que una pandilla de ladronzuelos del pueblo habían arreado

de todos los ayllus aprovechando de que los indios estaban alzados. El Tata Cura, mi rival, y el gobernador han desaparecido. Se los tragó la tierra.

III La ruta de los huesos.

En Ayabaca están todavía blanqueando la pampa, los huesos de los que fueron copados.

Regimientos de soldados se echaron sobre el Kollao para terminar con los indios revoltosos. Las ametralladoras tabletearon días enteros barriendo como a briznas a los que bajaron de las alturas para enfrentarse, heroicamente, contra sus hermanos y parientes armados de fusiles y previamente envenenados de odio y de alcohol contra nosotros. Nos aplastaron sin misericordia, a hierro y fuego. La pampa se encharcó de sangre. La venganza fue bestial y tremenda. A las madres les cortaron las tetas, a los prisioneros les arrancaron la lengua porque supieron alentar a sus camaradas; los niños, llokallitos hambrientos y pavoridos, fueron castrados y las chukllas eran montones de cenizas que esparcía el viento como un mensaje de muerte y desolación sobre el yermo infinito. Gleba arrasada y ensangrentada. De todas partes manaba sangre, corroía la gangrena de los mutilados ululantes. Miseria jadeante, hambre que tritura las entrañas. Gritos de dolor que se arrastran entre las piedras filudas y los espinos hasta caer desfallecidos. Alguno que ha zafado del círculo de la muerte, vaga como una sombra entre los riscos y las apachetas haciendo vida de alimaña, mientras patrullas de gamonales asesinos galopan por la ruta de los huesos husmeando carne fresca de indio.

Éste fue el saldo de nuestra justicia armada y es también la primera enseñanza revolucionaria. Para la próxima, que viene a rastras, ya sabemos cómo se debe pelear y con quiénes debemos estar codo a codo. ¡Aplastaremos a todos los gamonales y con la cal de sus huesos amarillentos y carcomidos construiremos hogares limpios y alegres!

IV Mandato

Esta llovizna de abril me esponja el alma. Siento que todo el Kollao está con los oídos alertas, venteando todos los ruidos que traen mensajes de esperanza y libertad. Está listo para el galope como el Sunicho trotón del qarabotas. Espera con ansia la voz de orden.

¡Otra vez se han levantado los indios! ¡Arriba todos los ayllus! Ahora no vamos solos. Los trabajadores de las fábricas están en huelga. Se arman. Y los soldados desertados de sus cuarteles, con fusiles y ametralladoras, van a sus ayllus a formar guerrillas de indios. Arriba los luchadores del Perú nuevo, del Perú sin explotados. ¡Arriba los indios! Y este mandato vendrá

como viene el sol a tostarnos el cuerpo magro, y como está llegando este aguacero tableteante y el olor pugnaz de esta tierra húmeda, después del hedor que nos asfixiaba: hedor a chamusquina, a sangre podrida de matanza, al tufo de los alqamaris hartos de carroña. Sólo estas palabras malditas me están quemando la lengua: Los gamonales son fuertes. Son fuertes porque nuestros hermanos disfrazados de soldados nos asesinan. Por eso los gamonales todavía nos escupen su rabia en plena cara, nos queman con su odio cavernario. Mientras que nosotros ávidamente miramos el cielo siempre fosco, las nubes, el sol. O atisbamos una hilacha de luz desde las rejas de las mazmorras con los bofes molidos, o contemplamos el zanjón de la vera del camino que está lleno de huesos pulverulentos; o mirando los wachos de matas raquílicas de papas pensamos, acongojados, en las garras del hambre que nos ha de despedazar. Así y todo, nuestros corazones son puños erguidos hacia el destino y ¡nuestro destino es triunfar!

Post data

Los papelones de las ciudades, con motivo de nuestra insurrección fracasada, volcaron toda la bacínica de mentiras y calumnias masticadas y para no averiar la digestión de sus lectores colocaron, en letras de molde, esta lápida de siglos: "Puno 1914". En todos los ayllus del Departamento reina absoluta tranquilidad. Los temores de nuevos levantamientos han quedado descartados para siempre. Todos los cabecillas y agitadores, pagados por los enemigos de la Patria, serán sometidos a un juicio sumario y castigados como subvertores del orden social y de la estabilidad del gobierno. Los vecinos notables han acordado premiar pecuniariamente a los valientes defensores de la propiedad sacrosanta y del orden establecido, amenazado por la actitud criminal de las hordas de indios antropófagos e incendiarios.

De un momento a otro se retirarán las guarniciones de los distritos de Huancané –El corresponsal de "El Comercio", Lima–... Rumiando estas cacas se duermen plácidamente los gamonales. Pero no saben que despertarán con la soga al cuello. Ahí es cuando quisiera ver las caras de estos hijos de pu...na.

Román Saavedra. (Puno, 1902 – Cusco, 1978). Para firmar sus escritos utilizaba el seudónimo de Eustaquio Kallata. En Cusco “desempeñó el papel de crítico literario y como tal fue exigente, muchas veces lapidario, inmisericorde, desleal, Fue sepulturero de poetas y narradores jóvenes cusqueños. Más tarde, aquellos jóvenes cusqueños – ahora distinguidos intelectuales–, en una actitud parecida a la de Eustaquio Kallata, en sus trabajos de historia de la literatura cusqueña y artículos varios, no han reconocido ni pizca de autoridad a sus comentarios, ni mucho menos, valoran su labor de corifeo en las letras cusqueñas de su tiempo” (Padilla, Feliciano; 2005: 232).

Amanecer aymara

El sol pisotea la peste de la comarca
Algodones de nubes yodados de aurora
Pulverizadores de la mañana
 para las llagas i los pecados
 i los riachuelos de Ankasaya
En el agua limpia de las estrellas
se bañarán los cuerpos enfermos
Un danzar hediondo de hombres i mujeres
perfumará la orquestación de las zamponas
Hasta el aprisco de las alpakas
viajarán las miradas vírgenes
c e n t i n e l a s d e l A n d e .

Emilio Vásquez. Nacido en 1903 y muerto en Lima en 1986. “... es un poeta indigenista de calidad extraordinaria. Las imágenes de su poesía y todo el lenguaje tropológico utilizado en sus poemas son de calidad” (Padilla, Feliciano; 2005: 73).

Debemos resaltar que fue un insigne maestro en el campo pedagógico.

Obras:

- Altipampa (1933)
- Tawantinsuyo (1934)
- Kollasuyo (1944)
- Altiplanía (1966)
- Poemario Titikaka (1984)

Carlos Oquendo de Amat

a l d e a n i t a

Aldeanita de seda
ataré mi corazón
como una cinta a tus trenzas

Porque en una mañanita de cartón

(a este bueno aventurero de emociones)

Le diste el vaso de agua de tu cuerpo
y los dos reales de tus ojos nuevos

m a d r e

Tu nombre viene lento como las músicas humildes
y de tus manos vuelan palomas blancas

Mi recuerdo te viste siempre de blanco
como un recreo de niños que los hombres miran desde aquí distante

Un cielo muere en tus brazos y otro nace en tu ternura

A tu lado el cariño se abre como una flor cuando pienso

Entre ti y el horizonte
mi palabra está primitiva como la lluvia o como los himnos

Porque ante ti callan las rosas y la canción

p o e m a

Para ti
tengo impresa una sonrisa en papel japon

Mírame
que haces crecer la yerba de los prados

Mujer
mapa de música claro de río fiesta de fruta

En tu ventana
cuelgan enredaderas de los volantes de los automóviles
y los expendedores disminuyen el precio de sus mercancías

d é j a m e q u e b e s e t u v o z

Tu voz

QUE CANTA EN TODAS LAS RAMAS DE LA MAÑANA

p o e m a d e l m a n i c o m i o

tuve miedo
y me regresé de la locura

tuve miedo de ser

una rueda

un color

un paso

PORQUE MIS OJOS ERAN NIÑOS

Y me corazón
un botón
más
de

mi camisa de fuerza

Pero hoy que mis ojos visten pantalones largos
veo a la calle que está mendiga de pasos

Carlos Oquendo de Amat. Es el poeta más grande que tiene Puno y uno de los más admirados y estudiados de Latinoamérica. Nació en Puno en 1905 y murió en Navacerrada (España) en 1936. Ha escrito un solo libro: *5 metros de poemas*.

“No existe duda que *5 metros de poemas* es el libro más renovador y hermoso, y tal vez el más vanguardista de la poesía hispanoamericana contemporánea. Mi primera impresión al referirme aquí, es precisamente sobre este libro que se inscribe como objeto de tocar y, aspira como Carlos Oquendo de Amat lo concibió, a ser un acordeón despegable de páginas, y supone también el deseo de ser un film cinematográfico de origen poético. Su modernidad nos puso al recorrido de una nueva corriente precursora, de los que se conoce como *poesía visual*, que se da con mucha claridad en la poesía peruana de la Generación del 70. Pero en plena década de los años 20, precisamente entre 1923 y 1927, nuestro poeta elaboró una escritura de estirpe aleatoria, que se asemeja a la antigua ideografía china, y posteriormente, al caligrama francés. Creemos que los poemas de Oquendo claro está; unía, distanciaba, dispersaba versos entre vertical y horizontal, aquellos que le eran de su agrado o confección y, dentro de esa búsqueda paraóptica de la palabra. Muchos de los textos de los *5 metros de poemas*, pesan por el sabor surrealista de primera instancia, sin ceñirse a sus fines automáticos. Con esa pureza y ese candor, percibimos en él, a un poeta puro, limpio, impecable que se regocija con la palabra; aquella que hace del hacedor una alianza entre la exploración del la imagen poética. (...) Quizá con esos textos, nuestro poeta, habría de imaginar la presencia del cine poético. Caso raro en la poesía peruana de nuestro siglo, tanto que por entonces, le era peculiar el haber soñado a tiempo completo” (Toro Montalvo, César; 1998: 264).

Luis Gallegos

El cojudiómetro

Illinois, 4 de julio de 1992.

Señor:

Felisario Inkawanaku

QOLLASUYU

Dear Felisario:

Hace tiempo que no te escribo, no es que no piense en ti, sino que es por falta de tiempo. Regresando a los Estados Unidos de Norteamérica, después de haber permanecido seis años en el Qollao, que es para mí una experiencia de truenos y rayos, precipitándose a diario en todo el ámbito de ese mundo altiplánico, te escribo esta carta.

Aquí, en Illinois, más de dos millones de personas habían llegado como inmigrantes desde el año 1980, en que viajé a tu país. No solo norteamericanos de Nueva York y del Este, sino también mexicanos, vietnamitas, coreanos, persas y chinos de Taiwán; inclusive refugiados como los Zomosa y los parientes de los dictadores caídos en Medio Oriente, en América Central y en el Asia; también encontré a unos peruanos parientes de los De la Piedra, dueños de Pomalca. ¡Imagínate! todo esto ha pasado en seis años que permanecí en el Qollasuyo.

Ahora estoy tratando de integrarme de nuevo a la vida norteamericana, aunque esto es difícil. Acá, nosotros, no tenemos la psicología de la inflación, lo que es muy necesario para saber explicar y comprender, cómo en el Qollasuyo los precios se multiplicaban por mil, en tiempo del gobierno del Apra.

Te contaré: yo vivo en un tugurio por el que pago cien dólares al mes. Aquí no construyen más alojamientos, ni casas, sólo especulan con la llegada de tanto dinero robado en Irán, en Nicaragua y en el Perú. Los refugiados han invertido su dinero en propiedades urbanas. Las casas que antes se vendían en tres mil dólares, ahora las venden en 540 mil dólares.

Me tienes constantemente escribiendo mi tesis que me robaron en tu país; ahora escribo otra tesis a la que le puse el título de, "Qollasuyu, Tierra de Hombres Soñadores". Para concluir este trabajo lloro, agonizo, no como, he perdido peso, he perdido, también cabellos y, sobre todo, maldigo a la persona que me ha robado mi tesis ya concluida, junto con mi ropa y algunas pertenencias de mi esposa, todo el robo, en la víspera de mi salida del Qollasuyo. Tuve que abandonar tu país de miedo.

Acá no hay trabajo para los profesores universitarios. Famosos doctores están trabajando como guardianes de las cárceles públicas. Y si un sociólogo o un antropólogo encuentra trabajo, le pagan menos que a los recolectores de basura. Por eso, siempre he dicho, que los pastores de las punas en el Perú viven mejor que la mayor parte de los gringos norteamericanos.

Mi querido Felisario, los recuerdos que he traído de tu tierra maravillosa nunca los olvidaré. El Qollasuyu es cuna de hombres soñadores, porque ustedes vivían cerca a las estrellas del cielo. Tienen gran capacidad creadora, imaginación y, sobre todo, inventiva y fantasía. Recuerdo: cómo en seis años que viví en el Qollasuyo ustedes han elaborado una cantidad fabulosa de programas, proyectos, subproyectos y han celebrado convenios con otros países. Recuerdo los proyectos Colza, Trigo de Invierno, los Waru-warus o campos elevados, el Aeropuerto Internacional, el Cristo del Altiplano, la Basílica de Cancharani, la Planta Pasteurizadora de leche en Illpa, el Ferrocarril Internacional, el Parque Industrial, la Empresa Regional, la Central de Cooperativas, El Malecón, las Microrregiones, las Islas Flotantes, las Empresas Mineras del Padre León, los convenios con diferentes países del mundo, las ONGs, en una cantidad verdaderamente fabulosa. Escíbeme si estos proyectos se han concretizado.

Para inventar proyectos, a tus políticos y planificadores nadie los iguala. Para lo sucesivo, para cuando estén elaborando más proyectos los políticos y los rastacueros, te envío un aparato muy eficaz, de nueva invención por los sabios de la Nasa y perfeccionado y fabricado por los japoneses de la firma Tokosiki, que sirve, precisamente, para detectar la eficacia o falsedad de los Proyectos. El aparato se llama COJUDIÓMETRO. Su funcionamiento es muy sencillo, pues, anda con corriente eléctrica, con pilas y con guaycuna, en casos de apagones que, en tu pueblo son frecuentes.

Para su correcto funcionamiento es cuestión de mover una palanquita que va adherida al costado derecho del aparato. Las instrucciones para su funcionamiento se encuentran en el folleto que lleva incluido. Las instrucciones están en inglés, con traducciones al japonés, portugués, francés, español, chino, coreano, quechua y aymara. Estoy seguro que no vas a tener problemas con el funcionamiento.

Cuando algún político, con su demagogia les quiera vender un proyecto a cambio de votos, no tienes más que coger el cordón eléctrico y enchufar en un tomacorriente, o si lo haces funcionar con pilas, mueve la palanquita azul y verás cómo al instante brotan tres antenas como los ojos de los trilobites. Si el proyecto ofrecido por el político es pésimo, enciende luz roja y si es regular enciende luz amarilla y, si es buena, luz verde. Cualquier falla que tengas me avisas para solucionarte por teléfono. Conserva la caja de las instrucciones. Te deseo que tengas éxito y buena suerte con el Cojudiómetro.

Te abraza tu amigo.

Richard Charkibill.

Richard Charkibill
36284-Colwater Canyon Avenue
Illinois, USA.
Qollasuyo, 18 de enero de 1993.

Señor
Richard Charkibill
36284-Colwater-Canyon Avenue
ILLINOIS, USA.
Hermanón:

Te abraza tu amigo y te comunico que he recibido el gran aparato, llamado COJUDIÓMETRO. Gracias por el envío, nuevamente gracias. El domingo llevé el Cojudiómetro al mitin político en la plaza de armas, donde cuatro políticos expusieron sus proyectos para desarrollar el departamento. El primero habló sobre la necesidad de defender y proteger las aguas del Lago Titicaca, el Cojudiómetro dio luz roja: pésimo proyecto. El segundo político habló referido al tren eléctrico y subterráneo, el Cojudiómetro dio luz, también, roja: cojudez de proyecto. El tercer político planteó industrializar el chuño para extraer vitaminas, el Cojudiómetro dio luz amarilla: proyecto regular. Sólo dio luz verde, cuando los cansados oyentes acordaron sacar a pedradas a los cuatro farsantes.

Hermanón, además, te comunico que el Cojudiómetro ya se vende en los mercados de Bellavista en Puno y Chupeqhatu en Juliaca. Han ingresado vía Arica y Desaguadero.

Son buenos aparatos de fabricación japonesa, marca Tokosiki; las cojudeces se ven en pantalla e imágenes a colores. Los japoneses han superado a sus inventores, tus paisanos. Todos los bancos comerciales han adquirido el Cojudiómetro para detectar dólares falsificados o lavados. Los ministerios, también, han comprado para detectar a los cojudos, luego los han despedido pagándoles los incentivos. Los convenios y las ONGs aún no han adquirido, por lo que están llenos de cojudos. Amigo gringo, te agradezco y recibe mi abrazo.

Felisario Inkawanaku.

Felisario Inkawanaku
Jirón Sojtapichu 390
QOLLASUYU.

Luis Gallegos. (Ilave, 1923). “Precisamente, Luis Gallegos, como manifesté en reiteradas oportunidades, es el puente entre la narrativa tradicional y moderna, por ser él, quien rompe los paradigmas tradicionales de narrar, introduciendo nuevos temas y nuevas formas de narrar” (Flórez-Áybar, Jorge; 2006: 252).

“Luis Gallegos, desde su primer libro (1983) hasta su última publicación: la novela "El coronel de la espada virgen" (2005), no ha podido aún deslindar la línea que separa la ficción de la realidad. Sus narraciones pretenden reflejar la realidad tal cual es y con esta actitud hace de que su literatura abdique a su condición literaria o artística. Sin embargo, Gallegos intenta ensayar algunas técnicas que significan no solamente una modificación de la forma, sino también de la temática. Gallegos aborda los problemas económicos y políticos tanto de la ciudad como del campo, con una vena y sonrisa sarcásticas, utilizando todos sus recursos para satirizar las lacras de la burocracia y las mezquindades de los politiqueros, que a decir del discurso político inserto en el texto, ‘con su demagogia han sumido en el atraso al Departamento de Puno’ ” (Padilla, Feliciano; 2005: 255).

Obras:

- Q’oñi K’ucho
- Las voces del viento
- Varlovento
- Las minas del diablo
- La orgía del moro

Etc.

Luna Bastonera

¿Ves esa serpentina
Que avanza ondulante
Vital
Por la vera del horizonte?

Comparsa cholera
Que entre ventiscas y flores
Deja
La gracia original de su mixtura

Veinte luceros que se pierden
Veinte cholas al brazo
Veinte abriles como rosas
Veinte matices de terciopelo

Mantones estelares
Grecas de almíbar
Rebelión de pañuelos
Huelga de corpiños
Airosos y profundos

Enaguas salpicadas
Con lisuras de violines
Ojos que besan desde el fondo
Azul de los sombreros

Desde su trono de plata
La luna bastonera
Se quiebra cadenciosa
Y se yergue otra vez
Sobre sus piernas de seda
Y sus sandalias de nube

Bella chola pandillera!
Tiene las mejillas de mi patria
Mi Puno en su sombrero
Y sus polleras mi fortuna

Roberto Mendoza. Es poeta y abogado. Nació en Ayaviri (Puno) en 1924. No hay mucha información de este insigne poeta. Sólo se conoce su obra *Suelo, raza y Ternura*, publicada en Puno en 1987.

Efraín Miranda

E E

¡No me grites de calle a plaza; cholo;
grítame de selva a cordillera,
de mar a sierra,
de Tahuantinsuyo a República: INDIO!

¡Lo soi!

¡A puntapiés, insultos y balas: lo soi!
¡Explotado, robado, asesinado: lo soi!
¡Con mi esqueleto, mi ecología y mi historia: lo soi!

En iglesias, coliseos, municipalidades
me gritan: ¡indio!
Los descendientes de galeotes, criminales, indultados
aventureros hispanos me gritan: ¡indio!
Todos los descendientes de Adán y Eva me gritan: ¡indio!

¡Soy indio!

Tengo el color mismo de mi Madretierra,
raíces en misma Madretierra,
nací en mí y de mi Madretierra,
nací de y en sus elementos energéticos,
de su cenética activa y germinal;
soy indio: una de las variedades formas de su creación

¡Soy indio!

Y, para los genealogistas, regalo en mi choza
lustrosos pergaminos de animales pur sang,
con el árbol verde virgen, a partir de un tronco nobiliario,
o, si lo desean, desde un origen cavernario
o, si lo estiman, desde una cuna extraterrestre
o, si lo creen, desde una concepción antinatural

Efraín Miranda. (Putina-Puno, 1925). Es uno de los poetas más destacados de la literatura contemporánea puneña.

“El papel fundamental del poeta Miranda fue retomar las raíces andinas. Si la literatura occidental se encargó de desmitificar el mundo andino, que a la postre condujo a la pérdida de nuestra identidad (hubo pues, una desestructuración del mundo andino), Miranda se encargó de reordenar el pensamiento andino” (Flórez-Áybar, Jorge; 2006: 28).

Obras:

- Muerte Cercana (1954)
- Choza (1978)
- Vida (1980)
- Padre Sol (1998)

Bohemiada

UNAS VECES

La calle sombría como el rostro de un muerto,
Las pupilas como bujías desvanecidas,
La cruz imprescindible de cuatro calles,
Y la tumba enlutada de la noche.

El viento, una oración muy triste,
Mis pasos latidos del silencio,
Mi sombra sin sombra, una esperanza,
Los árboles enigmáticos, centinelas callados.

El frío travieso buscando mis pulmones,
Mis ojos trajinando las sombras,
Los cerros lejanos repicando misterios,
Y mi vida atisbando un verso nocturno.

Otras veces,
La música danzando con mis tímpanos,
La mesa cansada de mis codos,
El espacio aburrido con mis palabras,
Las paredes arrojando mis miradas.
Los cigarrillos mordiendo mi garganta,
Las copas suspirando recuerdos,
Mis manos estrangulando la vida,
Mis penas mojadas de licor.

El café respirando el fondo de las cosas,
Los amigos recordando alguna amada,
Los labios humedecidos de consuelo,
Y el espíritu tranquilo en su festín.

Siempre,
Cuatro paredes aburridas con mi presencia,
La ventanilla que me alcanza un pedazo de cielo,
Una mesa bordada con mis poemas,
Una silleta crujiendo su fatiga.

Una cama con la rima de mis sueños,

Una mesa de noche preguntando del día,
Un cenicero con la escoria del ayer,
Un reloj imperativo que me bota a la calle.

Mis libros, camaradas del Universo,
Mis papeles arrugados de dulces fantasías,
Mis periódicos enjugando los hechos,
Y mi vida tambaleando en la nada de la vida.

José Paniagua Núñez. En el mundo literario se le conoce con el nombre de Jósperi. Nació en Puno en 1929 e integró la Sociedad Intelectual Chaski.

“En el poemario *Presencia en la lejanía* y; sobre todo, en *Bohemiada*, Jósperi muestra sus excelencias de poeta modernista a través de verso cargados de metáforas bien elaboradas que las que recrea de su ambiente personal, del entorno que le es familiar y cotidiano como son los cigarrillos, la mesa de noche, la ventana, la biblioteca, la cama, la silla, el recuerdo de una bohemiada con vino y grata conversación” (Padilla, Feliciano; 2005:105).

Obras:

- Presencia de lejanía (1962)
- Fantasía del silencio: Tránsito del amor (1996)

El trompo

Vivía en una casona solariega de este querido Puno de antaño, donde nací, crecí y me formé. Tenía un patio enorme adornado con eucaliptos, con flores de geranios, claveles, rosas, bocaisapos, girasoles. En un extremo del patio había un manzano y ciruelo, cuyos frutos eran pocos, pero sazonados y; en el otro extremo, un kolli que nos prodigaba su sombra plácida.

Mi padre tenía en una habitación grande su taller de zapatería, y su hermano llamado Domingo, tenía un torno enorme de madera de color azul con el que construía muebles de estilo antiguo, con altorrelieves tallados en el mismo torno.

Un día que no recuerdo cuándo fue, pero que me proporcionó la mayor alegría de mi vida, me dijo mi tío: ¿Quieres un trompo o un bolero? Sin pensar dos veces, le respondí, los dos. Bueno, vamos a hacerlos, fue su respuesta compasiva. Haber sobrino al torno; agarras la manivela y haces dar vueltas.

Mientras alborozado agarraba el manubrio del enorme torno, que me pareció en ese instante, un gigante, como al Quijote las aletas del molino de viento contra las que se estrelló creyéndolos gigantes con quienes combatir, así mismo, esperaba yo la hora de batallar. Mi personaje inolvidable se parapetó en el otro extremo de la habitación y colocó un pequeño tronco en forma de lloque al borde de una pieza de fierro pequeño que formaba parte del torno y al cual estaba conectado mediante un lazo largo que hacía impulsar el torno.

Dio la voz de mando: ¡Mueve el manubrio! Me costó un gran esfuerzo que no lo sentí en ese momento por la emoción que me embargaba de hacer un trompo. Y, ¡suaz!, el torno se puso en movimiento de rotación como el molino de viento, pero sentía el chirriar del contacto de un pincel con la madera. Era que estaba tallándolo y dándole forma simétrica. Seguía moviendo la manivela y seguía el grandioso torno dando vueltas y vueltas; y ese chirrido era ya agudo, fino, casi imperceptible. A los pocos minutos, a la orden de basta ¡Qué alegría! ¡Qué gozo! Me mostró en la palma de su mano, mi tío lindo, un hermoso trompo bien torneado.

Sólo faltaba ponerle la púa. Agarró un tornillo y lo colocó en la parte inferior del juguete que es delgado, a diferencia de la parte superior o cabeza que es ancha. Con dos golpes de martillo zafó y afiló el tornillo clavado cabeza abajo del trompo. Sólo faltaba un cordel con qué hacer bailar. Se hizo el cordel bien torcelado. Con él envolvió el cuerpo del trompo comenzando de la base hasta cubrir parte de la cabeza y; con un tiro de la mano derecha, el trompo salió de su envoltura como un bólido y al caer al suelo bailó

estrepitosamente para luego clavarse en un solo punto, donde seguía su baile rítmico hasta dormirse, arrullarse en ese vertiginoso movimiento de rotación sobre su mismo eje, produciendo un ruido, o más bien, un sonido casi musical como el zumbido del moscardón, ante lo absorto de mi ser, al espectar este bellísimo juguete de mis recuerdos.

Hoy no existen el taller de zapatería ni el torno; ni mi padre ni mi tío Domingo. Sólo queda el recuerdo de aquellos mis días juveniles, alegres al lado de estos dos seres queridos.

Vicente Achata Vargas. Nació en Puno en 1918 y murió en Arequipa en el 2005. Sus 28 cuentos han sido reunidos en un solo libro, *El anticristo y otros cuentos*.

“... no es un escritor formado en academias o talleres de narración. Es un escritor intuitivo, carente de técnicas modernas. En cierto modo, cada personaje que hace desfilar es parte de su alter ego y ese sustrato de hechos que discurre a la vera de su propia ficción no es sino su vida cotidiana” (Flórez-Áybar; 2006: 213).

La Merciquita

El torrente de sangre le está anegando la garganta, la boca, la nariz. Doblada sobre sí misma agita los pequeños brazos y alcanza a gritar ¡mamita!, antes que su cuerpo caiga sobre la mancha rojiza que la tierra seca empieza a succionar con avidez.

Hemos llegado corriendo y nos detenemos de golpe, ahogados por nuestros jadeos. La escena nos congela, nos suspende en el aire. Nadie atina a decir ni hacer algo, sólo se escuchan los aullidos lastimeros del Firpo y el Churchil dando vueltas alrededor nuestro.

Mi hermano y yo nos apretamos uno al lado del otro, como si no hubiera espacio en el desolado patio. Nos tapamos toda la cara con las chalinas, nunca sabríamos si era por el frío de la noche o por miedo al contagio de la muerte...

Siempre la imaginé viniendo acurrucada en una de aquellas balsas que surcan el lago con suavidad de gaviota. Sus escuálidos diez años aparentando seis: piel y huesos huérfanos. Aspecto y olor a huérfana, con esos reflejos de miedo en sus ojos y esa tos seca que nunca la abandonaba.

Muchas veces me repitió la misma historia, en su media lengua de aimara-castellano: que la habían sacado de su choza allá en medio del lago, en las islas flotantes, con la luna ocultándose frente a ella y el sol empezando a calentar sus espaldas. Que apurada se había puesto la camisita de bayeta, el faldellín, y el chumpi de colores tejido por su madre, las ojotas de llanta que no la iban a proteger cuando sus pies se hundieran en el piso fangoso de la isla que, dejaba atrás, con su veintena de casas de totora, avenidas de totora, sus sembríos sobre las balsas de totora.

Que mirando la balsita que abandonaba, se preguntó si adonde marchaba tendría una así, para ella sola, sobre la cual había disfrutado tanto de esa sensación de caída: a un lado, al otro, a un lado, al otro, cuando iba en medio del lago para cumplir mandados.

En mis noches de insomnio la he visto ponerse de pie sobre aquella misma balsa donde vino, en el instante en que una brisa ligera disipaba sus temores al comprobar que ya estaban llegando al puerto, aunque era muy tierna para darse cuenta que también asomaba muy cerca a su destino. En esos momentos tal vez no percibía el centelleo plateado que tiritaba sobre las aguas verde-azulinas, ni la quietud de esa mañana colmada de sol, de ese sol que iba abriendo brecha en medio del horizonte azul cerrado del lago-cielo, porque el brillo de sus ojos al hablar sólo transmitía la inquietud de esas horas, ante el descubrimiento de la multitud de casas ajenas que iban distinguiéndose cada vez más cerca.

Ella no sabía entonces que estaba llegando a la ciudad de Puno. También recordaba al hombre grande que la trajo, su tío, quien no le tomó la mano para apelarla ni le dio ninguna recomendación, le hizo apenas una seña con la cabeza y se adelantó. Ella frunció la boquita trompuda, se agachó y lo siguió callada. Todavía un gesto de incredulidad le crispaba la cara al recordar la sensación al pisar esa tierra dura, seca, firme, que contrastaba tanto con el suelo siempre tambaleante y húmedo de su isla.

Cuando dejaron el muelle e ingresaron a la población, las pisadas del tío sobre las losetas arabescas retumbaron dentro de ella ("aquicito me hacia pum, pumpum, ñiíta"). Le costaba seguir el ritmo del hombre grande, se agitaba hasta la asfixia, más allá de lo normal. Recordaba que así recorrieron plazas, calles, ventanas, escaparates, tiendas, kioskos, todo lleno de gente rara, de caras extrañas. Esta población de techos a media agua y portones grandes de madera, con sus manitas de fierro colgadas, listas para llamar, calles estrechas y empedradas, eran una inmensidad para sus escasos años. Tan ensimismada se había quedado, que olvidó el cosquilleo en el estómago y aquel sudor por la espalda que habían persistido desde la madrugada.

Pronto salieron a las afueras donde se perdían veredas, empedrado, escaparates, luz eléctrica, hasta llegar a lo que se vislumbró como una casa amurallada, enorme, al parecer deshabitada. Había que cruzar un cebadal antes de llegar a la reja de fierro. Se pararon al pie de la mole y mientras el tío buscaba una piedra para tocar, nuestros perros ladrando con desesperación nos alertaron sobre su presencia. Momentos después salíamos: mi madre, mi hermano y yo. Mi madre se le antojó como una señora enorme, anciana, aunque era de mediana edad y baja, blanca, de piel casi transparente, cabello castaño recogido. La impresionaron mucho los aretes y el diente de oro, el abrigo de casimir y los tacones: ("cuando la señora grande me miró yo quería escaparme ñiíta, esconderme"), después se fijó en nosotros: ("tu hermano, flaquito, flaquito, igualito a los ispis que saco del lago, y tú parecías su ángel de la Virgen, colorada, gordita, con tu cabello color totora seca"). Los tres teníamos la misma edad.

El tío escupió a un lado de la coca que estaba picchando, sacó las manos debajo del poncho y quitándose el sombrero se acercó a mi madre, la saludó reverente, nombrándola de patrona y, señora grande, e iniciaron el trato. La Merciquita trataba de seguir el diálogo, pero se notaba que se perdía en el intento, tal vez quería seguir observándonos o porque los mayores estaban hablando en un idioma que ella no había escuchado nunca.

Aunque no era necesario que entendiera, sabía que estaban hablando de ella. Cómo no sentir esas miradas a veces francas, a veces disimuladas.

Los grandes siguieron conversando con la reja cerrada. Cuando pareció que habían llegado a un acuerdo, mi madre sacó unos billetes del bolsillo y se los alcanzó lentamente, como dudando. El tío, en cuanto tuvo el dinero lo escondió rápido debajo del poncho (es lo que me pareció) y, luego, percatándose recién de la presencia de la Merciquita le dijo en aimara: "Te vas

a quedar, aquí vas a tener comida todos los días, tienes que hacer caso a esta señora, ella va a ser buena contigo" y la empujó al interior. Nosotros nos hicimos a un lado, como dándole paso o tal vez para evitar que nos roce. Ambos estábamos agazapados detrás de las faldas de mi madre mientras la cholita avanzaba muda, mirando siempre al suelo, demasiado asustada para llorar.

Con los ojos achinados, febriles, y esa mirada de asombro que nunca la abandonó, recorrió los tres patios en la casa solariega de niveles superpuestos, de habitaciones sin disposición alguna, el jardín, la huerta, el canchón. Desde ese instante, en complicidad con los altos muros de la casa, la rodeó un silencio extraño. Cuando los demás hablaban no entendía, no le era posible conversar con los demás.

Mi madre la llevó a uno de esos cuartos enormes, tristes, llenos de cosas en desuso, que teníamos abandonados. Le ordenó con señas que desocupara un espacio, mientras ella jalaba mantas y frazadas viejas que acomodaba en un rincón. Sacudiendo las manos empolvadas y con un gesto de asco nos dijo:

"Hay que darle un buen baño, raparla, quemar su ropa, está llenecita de piojos". Aunque Merciquita no entendió las palabras, fue el tono amenazador lo que la hizo sentir muchos temores, no en la cabeza, sino en el corazón.

Cuando terminó de vestirse con la ropa ajena que mi madre había descosido y cosido apresurada para ella, sin permitir que se moviera de su lado o por lo menos abrigara su desnudez, nos señaló y le dijo gesticulando e invitándola a repetir: "ni-ño Fer-nan-do, niña A-le jan-dra" . La Merciquita, forzando la posición de su lengua, al tercer intento explotó con dificultad: "níi-too", "ñíi-taa". Después le señaló su rincón en el comedor, los sitios a los que no debía entrar, las cosas que le estaba prohibido tocar.

Al día siguiente se levantó temprano, como era su costumbre, y aprovechando que aún nadie estaba afuera corrió al mirador del jardín. Se empinó ansiosa buscando el lago del que apenas le llegaba el aroma; se esforzó más, segura de distinguir su isla flotante, pero el sol, como una enorme bola de fuego le dio en pleno rostro obligándola a cerrar los ojos. Entonces escuchó que la llamaban. Corrió hacia la voz, salpicando chispitas doradas por el camino y sin poder desprenderse de ellas llegó hasta donde "la señora grande" (como había empezado a llamar a mi madre), y la siguió así por toda la casa, tratando de entender por el tono de voz, por el movimiento de las manos, por los gestos, las que serían sus obligaciones. Pero lo que resultaba más claro por la forma en que se agitaba ese índice frente a sus narices, era la advertencia de que si algo se perdía, o algún plato de porcelana terminaba hecho añicos en el piso o se derramaba esa leche de espesa nata (que era nuestra delicia) habría castigo.

Muy pronto nosotros, el Firpo y el Churchil, nos hicimos sus amigos. Mi hermano y yo, por la gracia que nos hacía esa cholita que hablaba sólo

aimara, caminaba jadeando y se negaba a correr; los perros, por las sobras de la mesa grande que ella les daba antes de irse a dormir.

En esas primeras noches en casa, caminando detrás mío después de una tormenta -enumerando los sapos que yo pisaba - en nuestros paseos a la luz de la luna de junio me contaba en su enredo de castellano-aimara, que en la inmensidad de esa habitación, rodeada de viejos cachivaches que su soñolienta fantasía transformaba en sapos gigantescos; en peligrosos laik'as, que con sus brujerías podían dejarla tullida; en pichitancas de malagüero, como el que cantó en el techo el día de su nacimiento. Pero descubría con sorpresa que a esos kukuchis ya no les temía tanto, al fin, eran sus conocidos. En cambio, los que aparecían en medio de la niebla azulina del cuarto, esos eran nuevos, extraños, borrosos, y no sabía cómo protegerse de ellos.

Como una de tantas, la noche de la desgracia a la hora de costumbre había concluido la comida. Toda la familia reunida formaba una curiosa estampa: mesa larga, mantel de cuadros blanco-azules, cubiertos de alpaca, platos vacíos, tazas sucias y seis pares de ojos pendientes de las manos anchas del abuelo, quien repetía las mismas historias de misterio para asombrarnos cada noche. Nos estaba hablando de aparecidos y desaparecidos, de la muerte siempre vestida de mujer, de tapados y sus maneras fantasmales de anunciarse. Nadie percibió los pasos cansados de la Merciquita saliendo de su rincón para llevar comida a los perros.

De pronto, en medio de las risas, nos suspendió en el aire un grito infantil, ahogado, clamando ayuda. Se intensificó el frío, las llamas de las velas parpadearon, un largo estremecimiento se extendió por los tres niveles, los cuartos, el jardín, los patios, la huerta, el canchón. Un escalofrío nos zigzagueó de pies a cabeza. Todos corrimos hacia el grito...

Aún hoy, después de tantos años, la veo, la escucho con toda nitidez... Alcanzó a gritar una vez más: "mamita!" antes de caer en su propio charco. El abrigo rojo descolorido que la cubría hasta los talones iba absorbiendo el color de la sangre, sangre que salía a borbotones de su boca, o de cualquier otro sitio, hasta convertirse en una sola masa, amorfa, granate, que se coagulaba aceleradamente con la helada de la noche invernal. Poco a poco, sin apenas darnos cuenta, la masa se estaba encogiendo, la tierra se la tragaba... Una corriente tenebrosa nos estremeció y la masa desapareció por completo.

Esa escena de muerte en la fría oscuridad del altiplano, ha quedado desde entonces bajo los párpados y hoy he vuelto sobre mis pisadas de niña para cerciorarme, para comprobar si fue verdad aquel espanto o solamente es el último vestigio de una pesadilla infantil. De esa infancia misteriosa, siempre cubierta por un manto encantado: el lago, las islas, el cielo, la huerta, el canchón, el abuelo, sus historias, la señora grande. Estoy tratando de reconocer el sitio en que desapareció, en lo que todavía se mantiene en pie de la casa grande de los abuelos, pero ha sido tan retaceada para el remate que ni ellos la reconocerían.

Ya está anocheciendo. El canto irritante de un malagüero pichitanca me sacude de raíz. Un frío lejano, muy lejano, como el que nos estremeció esa noche vuelve a calarme los huesos. Lágrimas silenciosas bajan por los surcos de mi avejentado rostro.

Zelideth Chávez. Es antropóloga y escritora puneña. “Si alguien pregunta sobre la existencia o no de una literatura femenina tiene que leer los cuentos de Zelideth. Al terminar será imposible que lo niegue. Su mirada de mujer trasciende en cada párrafo, en cada historia con ritmo e intensidad. Es imposible sustraerse a la ternura, la picardía y la gracia femenina de su narrativa. Pero además, es una mirada andina: tímida, irónica, dulce, profunda. Lo mejor de esta literatura y la serrana se hacen una y no temen mostrarse” (Gorriti, Carmen; en *Antología comentada de la literatura puneña*, de Feliciano Padilla).

Obras:

- Mujeres de pies descalzos (1996)
- El día que me quieran (1999)
- ¿Por qué lloras, Candelaria? (2003)

José Luis Ayala

Ventana de mi casa

Mi casa era pequeña, humilde
y provinciana.

Tenía un patio, un ciprés, un portón
y una ventana por donde
miraba eucaliptos, cerros y la puna

Mi abuelo solía cantar a solas
para olvidar su edad
y mi madre, Leonorcita, lavaba el firmamento
para que fulguraran mis cometas.

No recuerdo las voces que me extravié
entre cactus y caminos
buscando la niñez que perdí.

Hoy que han derruido mi casa
y en su lugar han construido otra
sufro muchísimo más aún.

Y estoy llorando por mis hermanos,
por mí, mi casa y mi madre
que asomándose a la ventana me ha dicho:
¡Ay, hijo mío, entra, al fin has regresado!

Si alguien viniera

La tarde es una gaviota
que busca un nuevo nido
en escombros del día
y matorrales del tiempo.

Mientras corrijo este poema
alguien abre la compuerta
del anochecer en París
y nadie vendrá a verme.

Un niño pastor lleva
celajes a las fronteras
y se detiene para mirar
la agonía mortal del mar.

¡Qué agudo dolor aparece
en la rosa de la nostalgia!
¡Con qué infinita tristeza
cae la lluvia en la metrópoli!

José Luis Ayala. (Huancané, 1942). Es narrador, poeta y yatiri. Fue integrante del Grupo Intelectual Carlos Oquendo de Amat.

Ayala se caracteriza por ser el escritor puneño que ha publicado más libros.

Principales obras:

- Geografía del corazón (1965)
- Viaje a la ternura (1966)
- Ausencia del poeta (1967)
- Palabra reunida (1974)
- Canto sideral (1984)
- Poesía para videntes (1988)
- Wancho Lima (1989)
- El presidente Carlos Condorena Yujra (2006)
- El lago de los brujos (2007)

La danza de la lluvia

Llovía

–I’m a son of bitch. I Know it –dijo enfáticamente, con los puños aplastados sobre el césped.

De los ojos salíale agua, a pesar de ello, vio a la araña, salir de una profunda grieta, que la enorme piedra tenía en el ángulo superior izquierdo. Colgada de su hilo se detenía en el aire. Se balanceaba, perezosamente. Demoró mucho tiempo para aterrizar.

Pedro Mayhua es un aymara, el más vivaz de su comunidad. Cuando salió de su pueblo, lo había hecho cargado de las pocas cosas que tenía, pero nunca dejó la alforja que llevaba siempre colgada de uno de los hombros. Pronto, en la ciudad, la expresión de tristeza había invadido todo su cuerpo. Sintió la caída de sus párpados por el hambre y el sueño. Todas las mañanas solía estar parado en la misma esquina, cerca a su casa. Chupaba hondo el humo del cigarrillo produciendo infinidad de argollas al botarlo. Miraba los escasos árboles de la avenida, torcidos por el viento. Entonces, pensó, que para sobrevivir debería inventar una historia que contaría en los ómnibus que van a la capital, como lo hacían muchos muchachos de su edad:

“Señoras y señores, tengan ustedes muy buenas noches. Acabo de salir de Lurigancho, pero ya me cansé de robar –era una mentira piadosa–, por eso, voy a contarles una historia y después, pasaré por vuestros asientos para que me colaboren comprando un chocolate. La historia es así.

Había una vez un muchacho que preguntó a su madre:

–¿Quién manda en la casa, tú o mi padre?

–Yo mando, hijo, yo soy como el gobierno. Tú padre es mi propiedad privada.

–¿Y nosotros? –dijo abrazando a su hermano menor.

–Ustedes son el futuro del país.

–¿Y ella? –preguntó señalando a la mucama.

–Ella es el pueblo, que debe trabajar para nosotros.

Esa noche, cuando todos se fueron a dormir, el niño se rompió la cabeza al caer de su cama. El joven fue en busca de su madre y la encontró durmiendo, sola. Su padre no estaba y se dirigió presuroso a la habitación de la mucama. Allí encontró a su padre que hacía cosas feas con la Juliana. Estaban desnudos. Entonces, pensé que el gobierno siempre estaba durmiendo el sueño de los justos, mientras que la propiedad privada se comía al pueblo; y, la juventud, señores, la juventud está desamparada...”.

Pedro Mayhua no sólo ha sido aplaudido, sino que voló el chocolate de su pequeña caja. Así estuvo viviendo, hasta que un día, conoció a Peter White.

Peter White era un inglés, vivía algo más de un año en el país. Era desgarbado, la cara larga y colorada por el frío, sus ojos como el agua de los mares, su cabello rubio le caía hasta los hombros; tenía las manos muy largas. Era el mes de los muertos cuando Pedro ingresó a un restaurante para vender sus chocolates. El gringo sin mirarlo le dijo: “¿Don’t you want a breakfast?” “¿Cómo?” –respondió Pedro. “¿Tú querer tomar desayuno?” “Yes, claro que sí”. Hinchó su pecho de orgullo con ese Yes, que resonó en todo el restaurante. Pedro, cuando terminó de comer, relamía una y otra vez, los dedos untados de mantequilla y mermelada. Comió como los cerdos, haciendo saltar pedazos de pastel por todo el cuerpo. Así pasó el tiempo. Y un día, Peter White le alcanzó un libro “Cazador de gringas” del escritor peruano Mario Guevara. Pedro lo hizo caer en su alforja de lana de oveja. Hasta que un día, después de casi dos semanas, Pedro buscó desesperadamente a Peter White. “Quiero ser brichero, tener gringas y mucha plata” –le dijo, muy seguro de sí– “¿Qué ser eso?” –dijo chasqueando los dedos y mirando el techo, como si quisiera comprender o descolgar el sentido de aquella palabreja: “Brichero”. What a fueck this guy things –pensó Peter White– That it’s so easy getting a women from out side by learning my language. That all foreing women are bitcht. He even doesn’t Know his own culture and wants to know the world. (Carajo, éste piensa, que es fácil obtener una mujer de afuera, aprendiendo mi idioma. Piensa que todas las mujeres son putas. Él ni siquiera conoce su propia cultura y quiere conocer el mundo).

La casa de Pedro, desde ese día, era un desorden. Todo estaba en inglés. En cada objeto, cuidadosamente, había colocado un pequeño letrero. Prácticamente, había desaparecido de la ciudad. Estaba encerrado dentro de las cuatro paredes de su habitación. Era una locura lo que hacía. Una noche, cuando las sombras invadieron la ciudad, Pedro se hallaba tirado sobre la pequeña alfombra de su cuarto, pensaba en su carrera de brichero. Sus ojos se clavaron en Jane Fonda, tenía las manos apoyadas en un banco, las ancas arrojadas al viento. Llevaba un blue jeans corto, sin abrochar el botón metálico. “Eras una madona traposa –pensó–. Qué horribles trapos te pones, my love”. La vio desprenderse de la pared y cimbrarse provocativamente. Primero fue una sombra, después de carne y hueso. Al jalar el pequeño cierre de su viejo pantalón, quedó desnudo. El pubis era como la boca de gato, horizontal. Se sintió devorado. Recorrió sus labios hasta el vientre y después hasta el sexo. Repetía una y otra vez. “Oh my love”. Empujaba su pubis contra la ingle de Pedro. Jadeaba. Pedro tomó un vaso de plástico lleno de coca cola y la bañó. Sorbía de uno de sus pliegues el líquido oscuro. Se dejó caer en el colchón de su cama. Sintió el calor de la escultural figura. Se sofocaba. El orgasmo le invadió con furia, dolorosamente: “oh, my love, my

love”, repetía hasta cansarse. Cuando despertó, vio a Jane Fonda con la mirada fría, que permanecía colgada de una de las paredes.

En el restaurante, cuando había ido a almorzar, Peter le había dejado la siguiente nota:

20 de jul. 2000

Cusco

Dear Pedro:

A slight change in my plans:

I won't be leaving Puno until Nov 20,

So we'll still have time to see each

Other. I'll be in Puno again the evening

Of Nov 3, all day Nov 4, and then

The evening of Nov 10. I'll look for

You one of those days, either at

You home or at the restaurant

Peter

Pedro estuvo desalentado. Leyó y releyó la misiva, pero ese desaliento creció cada vez más, hasta sumirlo en una gran tristeza, pues oyó que Peter se había ido a Francia. Creyó que no podría ser un gran brichero sin la presencia de Peter White. Caminaba sin rumbo por las calles y avenidas.

–Have you finished your homework? –dijo Peter.

–Yes, I finished it –respondió Pedro.

Después de un largo minuto, Peter rompió el silencio.

–Does it bother you if smoke?

–No. Puedes fumar si quieres, ya no fumo, ya no me gusta el cigarro.

“Peter fumaba mucho, terminaba cajetilla tras cajetilla de cigarrillos a la semana” –pensaba Pedro, deteniéndose ante un gran ventanal de juguetes. Se vio en el fondo del espejo retratado, se avergonzó cuando vio sus ojos encerrados en oscuras sombras. “Las ojeras me caen muy bien” –pensó. Pronto, muchas sombras más iban cayendo con la noche.

Una mañana, muy temprano, el cartero le entregó una carta. Ávido la abrió y tal como lo pensó era de Peter White. Le pedía, que fuera al aeropuerto del Cusco, el día 24 de diciembre para recibir a Hellen, que llegaba al Perú en plan de turismo. “Hellen, Hellen... –repetía, y la ternura brilló en sus grandes ojos– ésta es mi gran oportunidad” –volvió a comentar Pedro, hundiéndose en el viejo sofá. Estaba preso en su hechizo. “Pero faltan tres días –pensó–, tres largos días”. Y cada día que pasaba aumentaba su deseo, un deseo que se había apoderado totalmente de él. Desde la ventana vio a un grupo de niños que jugaba en la acera de enfrente y en el cemento brincando los buscapiés y reventaban desesperadamente por todas partes, reventaban también los

cohetes y luminarias, iluminando el cielo. Al día siguiente, Pedro Mayhua viajó hacia la Capital Imperial.

24 de diciembre, muy temprano, fue en busca de un teléfono público. Introdujo una moneda al aparato y marcó un número:

–¿Aló?

–Buen día, señor. El aeropuerto contesta.

–Deseaba saber ¿a qué hora llega el avión de Aeroperú?

–A las 11:20 a. m., señor.

A las 11:20 aterrizaba el avión. Pedro se encontraba en el aeropuerto, en primera fila, llevaba un cartelito: “Tm Pedro Mayhua”. Al ver a la primera persona, una gringa esbelta y alta, sintió latir su corazón aceleradamente. Pero no era ella, no era Hellen. “Hola Pedro, yo ser Hellen” –dijo una voz, que salió de la multitud–. La mujer, a pesar de su juventud, presentaba en el rostro algunas facciones enjutas. Pedro Mayhua al verla, le llamó la atención su rostro alargado, cejas espesas, labios carnosos, suavizados por el encanto de su mirada. No era tan alta, pero muy proporcionada. Iba con relucientes botas negras. Pedro, instintivamente, humedeció el labio superior con el ápice de la lengua. Ella le sonrió, inclinándose le dio un beso en la frente. “My love” –pensó Pedro–. La tomó del brazo para llevarla a un taxi negro que había contratado anteladamente.

El coche se detuvo a las puertas del edificio verde, de tipo colonial, se ingresaba a través de amplísimas escalinatas de piedra labrada. A ambos lados de la enorme puerta de madera, se alzaban hermosas columnas de estilo barroco.

Al filo de la medianoche, después de cenar y danzar en una discoteca, Hellen gritó: A mí gustar este cuarto, It’s wonderful... wonderful...” –decía, abocinando los labios, alargando las manos y dando una vuelta entera sobre el taco de sus zapatos, se moría de la risa. Las últimas palabras Hellen las pronunció en voz tan baja, que él las sintió casi en el hueco de su oído; y, cuando la tuvo cerca, sintió su aliento desagradable a tabaco y ron.

Pedro Mayhua en su habitación daba vueltas y vueltas en su cama. “Temprano iremos a Machupicchu” le había dicho. Ahora, pensaba en el golpe que iba a dar. “No eres atrayente, pero me gustas, my love –pensaba–, mañana empieza mi vida de brichero, allá en las alturas de Machupicchu”. La cama crujió al volverse contra el muro. Desde la otra habitación le llegaba la respiración de Hellen, que dormía profundamente. A los pocos minutos, Pedro Mayhua quedó también sumergido en un profundo sueño.

El tren que lo conducía a Machupicchu era muy lento, Pedro y Hellen dormitaban en sus asientos. Cuando llegaron a Aguas Calientes, el reloj marcaba las once de la mañana. Ascender y descender montañas era como entrar al infierno: Caminos, ríos, cuestas, corredores, todo era un laberinto. Un sombrero con tremendas alas cubría la cabeza de Hellen, con un pañuelo blanco se secó la frente perlada por el sudor. Pedro Mayhua, en cambio, se

secó la amplia frente con el dorso de la mano. No miraban nada. Sólo veían encima de la montaña, un montón de gigantescas piedras.

Desde las alturas del Machupicchu se veía un mar verde por todas partes. La poca niebla que quedaba ocultaba los techos de las casas, allá en el fondo de la cañada. A ambos lados del poblado se elevan los muros verdes, eran como inmensas alas que desplegaban los cóndores, allá en las cordilleras.

Pedro Mayhua descubrió a Hellen apoyada en el alféizar de un gran ventanal de pura piedra. Se acercó a la muchacha. “Ahora serás mía, my love” –pensó, hizo una pausa y se quedó mirándola, dio un paso hasta acercársele y con la mano derecha la atrajo hacia él, hasta que sintió su respiración. Le estampó un beso. Asiéndole de la cintura trató de tumbarla. “Arsh löck –Hallo de colo–” le dijo en perfecto Alemán. Dos golpes de Karate y una patada voladora fueron suficientes para enviarlo, como un ovillo, hasta el muro de piedra. Pedro Mayhua se dio cuenta, que ambos pertenecían a mundos distintos. La contempló, mientras ella bajaba la larga escalinata. Le gustaba, a pesar de todo, el movimiento de sus caderas. Ella se anudó la chompa a la cintura, a modo de tapabarro, pues sentía la mirada de Pedro Mayhua, que la recorría, casi por todo su cuerpo.

Miró el cielo invadido de nubes blancas y negras, pensó: “Lloverá dentro de poco”. El aymara llevaba chaleco y pantalones cortos. El rostro lloroso, sus achinados y oscuros. Levantó, lentamente, los brazos hacia arriba y hacia abajo, gritó con todas sus fuerzas: “Dios de los andes, Padre Sol, tengo el alma sucia, lava mi cuerpo con tus aguas sagradas...”. Las manos del viento abrieron las ventanas de la lluvia y a la luz de sus cristales invadió al hombre. “¡Oh montañas, Padre Sol, liberen mi alma que se halla atada en los reinos de los malos espíritus” –levantó el brazo, indicando las alturas de Machupicchu–. Los truenos reventaban en infinitas luces. Las frías gotas de lluvia caían violentamente, enredándose en la piel del aymara. El aymara movía todo su cuerpo, las manos se agitaban como las aspas de un molino de agua. “Seré un nayjama que busca las huellas del tiempo –gritó delirante–, para dejar mi cuerpo incinerado en las profundidades del lago sagrado...” sobre su cabeza la lluvia temblaba metiéndose a los ojos y la boca. La música de la lluvia lo envolvió todo, bañándolo. Sus violentos tonos de color y sonido brillaban sobre sus cabellos negros. Allí permaneció durante mucho tiempo, sabía que aquello era una necesidad nacida desde la raíz de sus ancestros. Estaba preso en su propio remolino de viento y lluvia que le impelía en todas las direcciones. “Madre Luna, que ardes en el corazón de la noche, ven a mí, que yo navegaré en tus propias luces –se oía al interior de la lluvia sollozos y lamentos que se escapaban del aymara–. Padre Sol, mi alma envejeció como las nieves del Illimani” –cayó de rodillas, y lloró.

No obstante la lluvia, percibía el susurro de las aguas que se deslizaban hacia el fondo de la cañada. El viento ascendía en frescas oleadas hasta él. Aspiró hondo hasta sentirse quieto como una piedra entre tantas piedras.

La araña caminaba en el frío de la piedra. Daba vueltas y vueltas en su entorno. Al final hizo una línea recta, en dirección al zapato izquierdo del aymara, cuando la tuvo cerca, ya no era la araña la que avanzaba, era Hellen que se arrastraba a sus pies; levantó la punta del zapato como la boca de un enorme batracio y cuando estuvo bajo su sombra la aplastó con todas sus fuerzas, matándola.

–Really, I’m a son of bitch –pensó, levantando la cabeza hacia los cielos, con los ojos cerrados y con los puños aplastados sobre el césped.

Jorge Flórez-Áybar. Nació en Puno en 1942. Es poeta, narrador y ensayista.

Obras:

- Obaydina (1969)
- El vuelo de Aytí (1970)
- La novela puneña del siglo XX (1998)
- Más allá de las nubes (1999)
- Las huellas del tiempo (2000)
- La danza de la lluvia (2001)
- Literatura y violencia en los Andes (2004)
- 10 años de literatura puneña (2006)

La bella Marcolina

¡No, capitán! Todas creíamos que Marcolina era mujer de buena ley. Con esos senos portentosos, aquellos glúteos que rebalsaban cualquier silla de oficina y la cabellera castaña que le caía hasta el pompis, era lo que los caballeros llaman: una matadora. Eso sí, admito que yo la presenté con casi toditas mis compañeras. La conocí, de casualidad, en la “disco”, una noche de semana santa. Teníamos como cuatro días libres a partir del jueves, entonces, yo y la Mafalda nos fuimos de juerga, luego de hacer los aburridísimos trabajos de matemática.

Ahí comenzó esta maldita historia. Acepto cualquier castigo, capitán, pero, por favorcito no quiero que vengan por acá mis padres. Sería la muerte si lo supieran. En la disco todo fue a pedir de boca. Roberto, el “firme” de la Isabel, se encarameló de la Mafalda y le salió bien el plan, porque a partir de esa noche, el Roberto anda embobado por la Mafa; es decir, más enamorado que perro chusco. A mí, en cambio, me fue mal desde el comienzo. El imbécil de Daniel no se cansaba de llamarme Ruperta: Ruperta para arriba, Ruperta para abajo, sabiendo que no me gusta que me llamen por mi nombre, sino, Lupe, como me llama todo el mundo. Y a propósito, capitán, Lupe García para servir a Ud. y a todos los amigos. Escriba mi nombre así en la parte de ocurrencias, se lo pido. Lo bueno de aquella noche fue para mí, haber conocido a la Marcolina. ¡Qué belleza de mujer! Si la viera Ud. seguro que se queda bizco. No es normal ver en nuestra tierra una mujer altaza y, por si fuera poco, bonita. ¡A Marcolina Dios la había dotado de buenas cosas! Y hasta el nombre era exacto para ese cuerpo, por eso de la Ciciolina, tan famosa en todo el mundo. Me agradó su forma de ser, su cordialidad y su vocecita delicada y melosa. Así fue que nos conocimos y empezamos a pasarnos la voz por la calle y por todas partes donde nos veíamos.

En una de esas “salidas históricas” que hicimos las chicas...

–¡Un momento Señorita Lupe García!, déjese de estar usando adjetivos como históricas para las cosas que hacen los simples mortales y vaya al grano.

Está bien, capitán. No es mi deseo comparar lo que hacen las jóvenes con lo que han hecho los héroes de la Patria. Ellos tienen su lugar y punto. Yo lo decía solamente porque esos hechos de la juventud serán motivo de conversaciones. Si no qué es lo que vamos a contar cuando seamos abuelas. A eso me refiero y no a otra cosa, capitán. Ud. perdone. Bueno, en uno de esos paseos que hicimos las chicas de mi Facultad nos encontramos con la Marcolina y nos fuimos de pesca por el centro de la ciudad, a ver si caía algún pejerrey en nuestras redes y nos invitaba un cafecito. Tampoco nos fue bien

aquella noche, salvo para Marcolina que pescó un buen “partido” y se fue a bailar. En realidad, fuimos unas idiotas, delante de Marcolina siempre estábamos de perdedoras. Por eso, para las siguientes ocasiones en que salíamos de pesca nos separábamos de Marcolina, disimuladamente.

Más tarde, casi a fin de año fue que la situación se puso color de hormiga con el magíster Pedro Ascaroso. Desaprobó en su curso a casi el 85% de sus alumnos. Sabíamos algo de esto, pero, al menos yo, no creía que se tratara de algo real. Finalmente, la bestia mostró las garras y ¡qué garras capitán! Los muchachos tuvieron que sacar de donde no había sus doscientas lucas cada uno. Pero las muchachas estábamos arruinadas, no quería doscientos soles; nos quería a nosotras. Imagínese, nos citó a su casa a partir de las siete de la noche. A mí a las 7.30; a Mafalda, a las 8.00; a Maricarmen a las 8.30; y así, a todas con media hora de intervalo. Desde el primer momento nos planteó el trato sin ningún tapujo; es decir, a calzón quitado, como él mismo nos dijo aquella noche. Pretendía llevarnos a la cama a todas y yo no sé en cuánto tiempo o solamente esa noche. Pero no cayó en su juego la primera, no acepté yo, ni lo admitió nadie. Nos juntamos en los alrededores de su casa como a las diez de la noche, totalmente derrotadas; decididas a repetir el año, pero no vender nuestro cuerpo por un miserable calificativo. Fue en eso que la Mafalda nos metió en un plan de alto vuelo y nos convenció que regresáramos a la casa del magíster Ascaroso, para decirle que aceptábamos su propuesta a condición de que previamente bebiéramos nuestros buenos tragos.

Y así, fuimos a su casa, y cuando se lo dijimos, le brillaron los ojos y parecía que se relamía de puro contento, a tal punto que no podía contener las babas que le llenaban la bocota. Nos aceptó, capitán. Casi no podía hablar ya cuando le dijimos: Mañana, en el bar Porteño, cerca del muelle, a las siete exacto, sin falta. ¡Ésta es la verdad, capitán! y no lo que manifiesta la respetable esposa del magíster Pedro Ascaroso.

Mientras íbamos camino de nuestras casas, le pusimos la chapa de “Dr. Calibre 48”, por eso de sus arrestos sexuales y por todo lo que aparentaba. En aquel momento sólo pensábamos en la sin par Marcolina. Pensábamos –y no sin razón– que este sinvergüenza iba a desfallecer con sólo amor de ella y que ya no tendría fuerzas ni ganas para estar con nosotras. ¡Para qué más, capitán!, ella sola era suficiente. Ahora el té era cómo convencer a Marcolina. ¿Querrá ayudarnos?, ¿no querrá? Todas estas dudas empezaron a martillar nuestras cabezas. Lo del dinero para pagar los tragos era otro problema pero no como aquello de convencer a Marcolina para ser la primera de la orgía que pensaba darse el sinvergüenza de Pedro Ascaroso.

Fue así que conversamos con la bella Marcolina, tan moderna y tan desinhibida como sólo ella. Claro, como toda chica de pura cepa se hizo de rogar, pero al final cedió, “sólo por hacernos un favorcito”. La única condición que puso fue que el Dr. Calibre 48 estuviera bien ido de copas. Le agradecemos como no tiene Ud. idea. La Martita y la Maricarmen se pusieron a llorar y sólo esperaban que Pedro Ascaroso cayera doblegado en la primera

faena. En realidad teníamos miedo de que no sucediera como estábamos planificando, pero la Marcolina se encargaba de consolarnos: “Tengo la seguridad absoluta de tumbarlo a la primera”, y se lo creímos, dada su sapiencia y la fuerza de su belleza portentosa.

A las siete de la noche estábamos en el bar Porteño, el Dr. Calibre 48 y todas nosotras que éramos cuatro sin contar a la Marcolina. Empezamos a tomar tragos y a soportar los arrumacos y el paleteo de este perverso. Sentíamos, mientras conversábamos, sus manotas sobre nuestras piernas o alrededor de las posaderas. Y según íbamos bebiendo, por alguna razón, se pegaba más de la Mafalda que de Marcolina. En los momentos que iba al baño, Mafalda nos daba a conocer su espanto y su decisión de abandonar el plan en cualquier momento. Le rogábamos que se calmara, pero los nervios la iban traicionando poco a poco. Todas estábamos preocupadas, pero seguíamos bebiendo y bebiendo. Optamos porque cada una tomara un vaso de cerveza con este depravado, de modo que por cada vaso de nosotras él bebiera dos. No caía por nada, parecía un bebedor profesional.

Al poco rato se le iba los ojos por Marcolina, a quien no se acercaba, quizá por temor o qué se yo. Tal vez se sintiera sin derecho a poseerla; pero, como nuestra heroína empezó a darle confianza, con los tragos que bebía, se inclinó decididamente por Marcolina. Bebimos mucho más, queríamos ver al profesorcito hecho un estropajo, pero se opuso nuestra querida amiga y, más bien, dueña absoluta de sus arrebatos, le sugirió a Pedro Ascaroso que tomáramos un taxi para ir a algún hotel. Éste dijo, al hotel, no. Nos vamos a mi casa. Estoy solo y les tengo preparado un buen ambiente para que pasen la noche. Ahora sabrán, chiquillas, lo que es canela. Marcolina pidió tragos fuertes para llevarnos al jato del profesor; por supuesto, pagamos nosotras, las interesadas.

Llegamos a casa. El Dr. Calibre 48 se encontraba un tantito adormitado; los tragos lo vencían, desgraciadamente para él. Apenas podía encajar la llave en la chapa de la puerta. Pasamos todas y nos acomodamos por los sillones. Tomamos una rueda más. Nosotras también estábamos borrachas, aunque no del todo como Ascaroso, de tal manera que podíamos controlar todos los pasos del plan, milímetro a milímetro. Luego, Marcolina, usando todos los poderes de su belleza condujo al Dr. Calibre 48 al dormitorio. Nos hizo una seña para que nos fuéramos en momentos en que Pedro Ascaroso se quitaba los pantalones, los zapatos; en fin, lo que puede usted imaginar, hasta que desaparecieron y cerraron la puerta del dormitorio. Nosotras nos fuimos y mientras nos alejábamos de aquella casa creíamos escuchar los gemidos incontrolables del Dr. Calibre 48. ¡Que sean felices y coman perdices!, dijimos. Total nadie se iba a morir por esto. Quizá a mí me hubiera gustado pasar, también, una noche algún profesor que me agrada, que yo admire; pero, así, con malas artes, con trampas, como lo quiso él, de ninguna manera. Que se vaya a freír monos.

Lo demás es conocido por usted, capitán, porque ya son tres veces que voy contando esta historia. Pero, ¿quién iba a imaginar que Pedro Ascaroso, después de aquella faena apasionada, iría a parar al hospital con esa maldita hemorragia para ser operado de emergencia? Nadie capitán. Somos totalmente inocentes. ¡Cómo ha adelantado la ciencia! ¡Qué cosas no iremos a ver de aquí para adelante! Tampoco podíamos imaginar que la bella Marcolina, aparte de ser una hermosa mujer fuera un hombre bien equipado, ¡y qué se bien equipado, capitán!, para haber causado tremenda hemorragia y una operación de emergencia simultáneamente. ¡Quién lo iba a pensar, capitán! ¿La vio alguna vez? ¿Sí? Entonces, ni Ud. habrá pensado esto al verla tan bonita y tan moderna, paseando despampanante por las calles de nuestra ciudad. Somos inocentes, capitán.

Feliciano Padilla. Narrador puneño-abanquino, nacido en Lima en 1944. Se trata del escritor más exitoso de la prosa puneña hasta la actualidad.

Fue mención honrosa del Premio Copé del Cuento 1996, con el relato *¡Me zurro en la tapa!* De igual manera, se le concedió la mención honrosa del Premio Copé del Cuento 1996, por su relato *Amarillito amarilleando*.

“Feliciano Padilla es en la actualidad el narrador puneño cuya constancia y dedicación lo han conducido hasta las mayores distinciones que ha logrado la narrativa puneña de nuestros tiempos. Su nombre se ubica junto a los preferidos en el Copé 1992 y los seleccionados en el César Vallejo 1993” (Cáceres Monroy, Juan Luis)

Obras:

- La estepa calcinada (1984)
- Réquiem (1986)
- Surcando el Titikaka (1988)
- Dos narradores en busca del tiempo perdido (1990)
- La huella de sus sueños sobre los siglos (1994)
- Alay Arusa (1995)
- Polifonía de la piedra (1998)
- Calicanto (1999)
- Amarillito amarilleando (2002)
- Pescador de luceros (2003)
- Antología comentada de la literatura puneña (2005)
- ¡Aquí están los Montesinos! (2006)

Río

Ha caído el corazón
a tu orilla
y rodando como
un pez
 te lo llevas
 lejos,
de mí,
de ti, de todo
y no retornas
 río
 y no vuelves
a mí,
a ti, a nada.

OGAL

Más abajo de tu playa,
más abajo de tu arena
de tu limo más abajo
y más aún de los peces
los helechos, las raíces.

En el origen mismo
de tu nombre o tu ser
hay otro lago, tan
gigante, tan hermoso,
tan pequeño como tú.

Percy Zaga. (Puno, 1945). Fue integrante del Grupo Intelectual Carlos Oquendo de Amat.

“Desde sus inicios la poesía de Percy Zaga siempre fue diáfana, con una extraña intuición de las transparencias de la materia y del espíritu, con una sensación de lo efímero y lo inasible, pero que gracias a la poesía queda como un tatuaje en la piel del tiempo. Es aquí donde nacen las leyendas de los dragones y las damas encantadas, del eterno retorno y del pozo donde nace la luna de los sueños y el sol de la memoria” (Aramayo, Omar).

Obras:

- Maité
- Cinematógrafo de lienzo y bambú (1992)

Paisaje

Un ave pasa
se lleva
el cielo.

un ave que mira
se lleva
el horizonte.

Cuántas aves han pasado
y aún y todo
está intacto.

La muerte

Sólo como palabra
existe la muerte.

Niña blanca, de cabellos
blancos, dibujada
sobre blanca nube.

Después del cristal
el aire sigue.

La flor es de tierra
y a la tierra vuelve.

Sólo como palabra
existe la muerte.

Omar Aramayo. (Puno, 1947). Fue fundador e integrante del Grupo Intelectual Carlos Oquendo de Amat.

“La poesía de Omar Aramayo se inserta en la misma tradición de Churata y Peralta que concibe al hombre como un componente de la naturaleza; el poeta así es Apu, río, piedra, nacimiento, reproducción, muerte, cacharpari. Disuelve su identidad individual en lo colectivo y nos regala con su canto surgido de las profundidades de la tierra andina y su palabra limpia” (Forgues, Roland).

Obras:

- Aleteos al horizonte
- Antigua canción
- Prohibido pisar el césped
- Axial
- Los dioses
- Caleidoscopio
- El gallo de cristal (un conjunto de relatos y cuentos, Lima, 2006).

Nuevo día

Desperté sobresaltada
Aquí donde parece
Que la tierra comienza
No hay respuesta
Sobre el punto
Donde sería
Tu morada
El verde se apodera
De todos los espacios
Y una falsa esperanza
Esconde tu vuelo
Detrás de las telarañas.

Lozanía

Petrona envejecida evoca a las niñas
que vio partir
¿dónde estarán esas húmedas tardes
dónde estarán esos años
cargados de eqekos?

que contesten los chihuancos
que nos regalaron sus trinos
que conteste el sastre Gutiérrez
el que leía Amauta

que conteste Epifania Suaña
la que nos regaló ternura

Gloria Mendoza. (1948). Fue integrante del Grupo Intelectual Carlos Oquendo de Amat. Es una de las poetisas más destacadas de la literatura hecha por mujeres en el Sur peruano.

“... El mundo social que recrea en sus versos es el mundo de la provincia. No es una visión opuesta sino alternativa al de la poesía cosmopolita. Desde luego, la obra de Gloria Mendoza no tiene nada que ver con cierta escritura supérstite del viejo indigenismo, tan proclive todavía a la estampa costumbrista, paisajista y descriptiva. Después del estallido vanguardista de la poesía puneña de los años veinte, y, sobre todo, luego de la enseñanza luminosa de Carlos Oquendo de Amat –cuya vigencia sigue fuerte en Puno como en otros ámbitos– habría sido inconcebible que los nuevos poetas continuaran aferrados a tópicos antiguos y a modelos ya desvalorizados.” (Baquerizo, Manuel).

Obras:

- Wilayar (1971)
- Los grillos tomaron tu cumbre (1972)
- Lugares que tus ojos ignoran (1985)
- El legendario lobo (1997)
- La danza de las balsas (1998)
- Dulce naranja, dulce luna (2001)
- Q’antati deshojando margaritas (2006)

Jovin Valdez

Mujer

*“El hombre está colocado donde termina la tierra y
la mujer donde comienza el cielo”*

Víctor Hugo

Mujer. No te conozco y sin embargo te amo.
Nunca te he visto y sin embargo te busco
como si hace tiempo te hubiese perdido.

Te sueño desde los aparadores de mi infancia,
hasta en los confines donde falta horizonte a mis ojos.

No sé de dónde vienes pero donde voy te espero.
Te presiento en las avenidas y en las multitudes
Y hasta arrullo alborozado lo que nunca me diste.

No sé de qué nervadura emerge tu melodía,
ni qué destellos tuyos me animan y me resucitan.

Sólo sé que tu misterio llena el cáliz del ocaso
donde sangran las espinas dolores extintos,
y donde tu existencia como un hilo invisible
me aferra a la órbita inefable de la vida.

Aniquilina

En el pueblo se hablaba sensacionalmente de Aniquilina. Era para todos una mujer desconocida, nadie supo de dónde vino, ni qué apellidaba. Vestía un corpiño y polleras, llevaba un sombrero blanco en forma de campana, y usaba ojotas de las que forman una V en el empeine; sus trajes estaban en harapos, y sus cabellos le cubrían ambos lados de la cara. Tenía los ojos claros, tristes y fríos, como si no miraran, y eran sus mejillas como dos hojas de buganvilla tostadas por el sol.

A veces se paraba silenciosa en las esquinas, y a la hora del aguacero, bajo los balcones de las casas. Los niños la observábamos de lejos, lo que para ella era indiferente; la mirábamos como a un ser raro, diferente a las demás mujeres del lugar.

Los pobladores comentaban de Aniquilina: "Esa mujer no es loca, dice que trabaja" y enfatizaban "se ha lavado la cara y los pies en la acequia que pasa por el centro de la plaza". De ahí que la gente por mucho tiempo, recogía el agua, más arriba de la plaza.

Se decía también de ella: "Con las mujeres es seria y con los hombres, coqueta". "Le gusta las guaguas y quiere arrebatárselas de las muchachas que las llevan".

Una mañana se presentó en mi casa y como las puertas estaban abiertas, sin hacer ningún llamado, penetró hasta la cocina donde se encontraba mi madre. Parca y solícita le dijo:

–Siñora, querer trabajar, ondestao ha terminado faina. ¿Y dónde estuviste?

–Estao iscogiendo papa onde Adrián Alvarau.

Mi madre asintió:

–Quédate hija, descarga tu atado y aquí sólo me ayudarás a cocinar.

Su labor era conocida. Traía agua de la acequia que pasaba por la huerta, y pelaba papas casi a diario, a veces molía granos, y cuando salía del hogar, se perdía en una quebrada ubicada cerca al pueblo, y después de unas horas regresaba con leña.

Al caer la noche, a la hora que las gallinas se van a sus gallineros, ella se incorporaba y calmamente ingresaba a su recinto. Y al amanecer, era la primera en levantarse, a barrer los ambientes.

Una vez para observarla, subí a la pared que divide la cocina y el patio, pero, en ese momento no estaba en el tronco donde se sentaba a cumplir sus labores, vino de la huerta trayendo un balde con agua, lavó el batán que estaba al pie del muro, y sin advertir mi presencia, se puso a moler guñapo, y cuando molió un poco tomó un puñado y se lo comió crudo, molía otras porciones y se engullía manojos de harina, pero, cuando alguien se aproximaba no comía. Terminó su trabajo y después que se retiró, bajé conmovido a contarle a mi madre, pero ella al escucharme se sonrió como si fuera mentira. Una señora que escogía arroz en la mesa, le dijo:

–No puede ser, los chiquitos hablan por gusto.

Yo repliqué.

–Sí, mamá, ha comido varias veces.

Y volvió a hablar la señora.

–Capaz siempre doña Gerarda, el niño ha venido asustado, y le iba a decir que a esa mujercita la noto media rara.

Mi madre cerró el tema diciendo:

–No creo, pero voy a vigilarla.

Desde esa ocasión, yo la miraba más, pero disimuladamente.

Transcurridos tres meses de lo que llegó, un día la vi pálida frotándose la frente; y al anochecer, se dirigió callada y lastimosa a su dormitorio. Yo me preguntaba: ¿Irá a dormir, a hilar? Pero no tenía lana, caito, ni rueca, como otras mujeres que venían de las alturas. Finalmente dejé de hacerme esas preguntas y me fui a dormir dulcemente como lo hacen los pebetes.

En realidad la opa estaba gestando y claramente se notaba la prominencia de su vientre, hecho que la gente rumoreaba y se preguntaba: "¿Quién se habrá aprovechado de esta loca?"

Aquella noche desperté ante unos sobresaltos de mi madre; escuché que confundida le decía a mi padre:

—¿Oyes Armando, de dónde llora esa guagüita? Creo que es del cuarto de Aniquilina; esta chola de buenas a primeras se ha presentado aquí, y había venido en estado, y sólo Dios sabe para qué degenerado será el hijo. ¿Vamos a verla?

Pero como pronto se calló el llanto, mi madre creyó que era el bebé del vecino y afirmó:

—Es el hijito de don Fidel.

Y todos nuevamente conciliamos el sueño; pero al amanecer sucedió algo inesperado. Aniquilina se había levantado más temprano que nunca, y en lugar de ir a llenar las tinajas de agua, fue a la puerta de calle, diciendo:

—Ya mi voy señora —y cuando se aprestaba a abrirla, me madre le replicó:

—Espérate! Voy a darte algo para que te lleves.

Pero, ella contestó:

—Voy así nomás señora, hi soñau mal.

Mi madre recordando el llanto de la media noche y pensando en la extraña actitud de la mucama salió en un santiamén y la tomó del atadijo que portaba en la espalda, y cuando ella volteó para jalar su bulto y escaparse, su boca estaba manchada con sangre, tan semejante a un felino que acababa de devorar su presa y mira aterrado como si lo acosaran.

Mi padre al oír el forcejeo y el grito espantoso que dio mi madre, salió al instante y con una mano le desbarató el fardo, con la otra la agarró del brazo, y de un jalón la puso en el centro de la habitación. Estando el envoltorio en el piso y la monstruosa mujer atrapada, mi madre descubrió el bulto y allí estaban los restos del recién nacido, parte de sus miembros, y su cabecita todavía intacta. Mis hermanas y yo quisimos observar el feto, pero mi madre lo envolvió en la manta y ordenó a mis hermanas:

—¡Vayan inmediatamente a dar parte a la policía!

Sin mucha demora vinieron dos guardias y apresaron a Aniquilina; el sargento Burgos, un trujillano de ojos claros y rostro colorado, cuyo trato era muy cordial en la localidad, serio y confuso, destapó los ensangrentados trapos y al ver al niño triturado, con la carita exánime y los ojos cerrados para siempre, dijo:

—Lleven a esta loca al calabozo y llamen al juez para que venga hacer el levantamiento del cadáver.

Terminó de contemplar los restos del engendro y cubriéndolos nuevamente, se quedó pensando en aquel hecho descomunal. Antes de irse dijo a mi padre:

–Fíjate Armando, cómo esta demente ha tenido gracia para tener hijo y todavía sobre eso, comérselo; pero ésta ni siquiera va a ir a la cárcel, sino al manicomio.

Mi padre frunció el ceño y agarrándose la cabeza expresó:

–Pobre angelito, cómo sufriría al momento de morir.

El sargento se fue al Puesto, y al llegar le avisaron que la loca se había desmayado y que se encontraba en mal estado. Uno de los subalternos se burlaba:

–Seguro le ha hecho mal la guagua.

El superior ordenó al sanitario de la policía que le preste el auxilio necesario. La trasladaron a una celda más limpia donde le hicieron las atenciones médicas, y allí la dejaron en una tarima antigua, acostada sobre pellones y tapada con frazadas que dejaron de usar.

Mientras en mi casa, el juez dictó al secretario el acta de levantamiento del cadáver, y se despidieron de mis padres.

Por la tarde las campanas repicaban como en día de fiesta, porque así era la costumbre, cuando moría un niño. En la plaza, con gran cantidad de gente se dio una vuelta al pequeño ataúd; el cura le echó la bendición en la iglesia, y lo condujeron al cementerio para sepultarlo. Alguien donó una losa con la inscripción "ANIKUILINO, 14 DE OCTUBRE DE 1956". La colocaron en la cabecera de la tumba y desde aquella vez, no falta al pie de esa piedra vistosos ramos de flores en la soledad del camposanto.

En la noche todo volvió a la calma, y en los hogares comentaban lo acontecido. Sólo que en la habitación donde pernoctaba Aniquilina algo sucedía. Despertó después de dormir unas horas y lo primero que vio fue el plato en que le trajeron comida, el cual brillaba nítidamente con la luz de unos rayos que se filtraban por el techo. La noche era clara y frígida en la vastedad del valle. La loca comprendía que estaba encerrada en ese cuarto destartado, cuya puerta se aseguraba con un alambre delgado y un minúsculo candado; pero además había un centinela que custodiaba el puesto, era una perra pastor alemán con fama de mordedora.

La loca se levantó sin pensar en su estado, sino en el lugar donde se encontraba; husmeó por las ranuras hacia fuera y se percató que el entorno discurría en completo silencio, era la hora en que todos duermen; jaló la puerta y al no ceder ésta, se puso a cavilar buscando la forma de salir. Tomó un travesaño de la endeble tarima, lo colocó en la fisura del alambre y el marco y agarrando la barra de la parte superior, tiró con toda su fuerza hacia atrás, y al romperse el alambre, cayó de sentaderas; al instante, la perra ladrando con ferocidad arremetió a la celda para devorar a la peregrina, pero no pudo ingresar porque no se abrió la puerta. Aniquilina pensó que con la bulla se despertarían los guardias y ya no podría escapar, entonces abrió un poquito la

hoja de madera, y sacó una mano para que el animal la muerda, cabalmente el canino clavó sus colmillos por ambos lados del puño; ella con la otra mano le tomó el hocico y montándose en el lomo trató de abrirle las mandíbulas, pero la bestiecilla pataleaba y mordía con toda su fiereza; al fin, la loca con sus manos sangrantes logró abrirle las quijadas hasta zafarle el vértice, luego la arrastró a una esquina del canchón donde estaba la letrina, y de un empujón la tiró hacia adentro, para que termine de morir.

Con todo lo ocurrido, y para suerte de la antropófaga, nadie había despertado, ni tampoco la habían visto; sólo los mulos que tenían en el caballerizo, miraron la escena con las orejas alertas; justamente por allí debía huir violentando el cerco cubierto de cactus, trepó hasta la parte superior procurando poner las manos donde no haya espinas, de igual manera puso los pies en las piedras que le servían de pisadores, y aunque clavándose en las piernas, saltó al exterior por el lado de la plaza.

Ya libre, miró el ámbito despejado que brindaba la luna, dio un suspiro profundo, y se encaminó hacia los límites del verdusco y elevado "Cajena", que bajo el resplandor del cielo, lucía blanco en sus cumbres y oscuro en sus fauces; llegó al final de la calle donde comienza el camino, allí se sentó a envolverse la mano con una tira de su pollera, se sacó las espinas de las piernas y tomando de la acequia unos bocados de agua se fue con dirección a las colinas, por donde asoma el sol.

¿Se iba sin destino? ¿Su afán sólo era esconderse en el monte? A cierta altura abandonó la senda, y escaló el picacho por sitios inaccesibles, y bajo grandes rocas, en una cueva de animales salvajes decidió acomodarse para esperar el día que faltaba poco para avizorarse. Ya recostada, mirando desde esa cima la maravilla del firmamento, se quedó dormida.

Rompiendo la alborada, el guardia de servicio se levantó a hacer la limpieza del patio; pero al ir al aposento donde estuvo Aniquilina se dio con la sorpresa que la demente había fugado, vio las manchas de sangre rociadas en el piso, y por las huellas que quedaron de la pelea, descubrió que la perra había sido arrastrada y metida a la letrina donde la vio estirada sobre el excremento con los ojos vidriados, fijos en la claraboya, mostrando los caninos con la boca abierta. Se propuso seguir los rastros de la fugitiva, pero éstos se perdían en el rebaño de los equinos. Advirtió el hecho a los otros guardias, y éstos de inmediato salieron de sus alcobas a ver lo acontecido, alisaron sus correajes y siguieron la pista hasta la última esquina donde la orate se curó las heridas. El sargento envió dos efectivos para que sigan rastreando, pero esto fue inútil porque el camino estaba inundado de lodo. Se regresaron desconcertados y prosiguiendo la búsqueda, tomaron un prismático y desde la bóveda del techo de la iglesia revisaron los caminos, roquedales y praderas, y hasta las mismas cuevas donde había descansado, pero aparentemente todo se tornaba quieto, silencioso y vacío; por lo que terminaron pensando que se había marchado a la cordillera y así manifestaron a los pobladores. Yo en mi juicio de niño, pensaba en sus pasos, en su viaje errabundo; me paraba en el

batiente de la puerta y comprimiendo las pupilas contemplaba los cerros y me la imaginaba yéndose por esos lares que no alcanza la mirada.

No pasaron aún dos días, cuando nuevamente, se hablaba que la vieron bajar de la altura y penetrar en las parcelas para comer el maíz. Cabalmente los dueños de las plantaciones, se quejaron a la policía y al gobernador declarando que la loca seguía haciendo perjuicios y sobre todo que era un peligro para los niños.

Una tarde los moradores se reunieron en la plaza, y acordaron seguir sus pasos hasta encontrarla y si es posible matarla. Al medio día, después de la reunión, se dirigieron a las faldas del "Cajena", donde siempre la veían. Registraron los daños que había hecho, y cuando venía la noche, una señora portando en la espalda un tercio de alfalfa, muy asustada se acercó a la comitiva y dijo:

—¿Ustedes han salido a buscar a la loca? Desde el borde de mi chacra la he visto subiendo por la quebrada, deben ir por ambos lados.

Efectivamente, fueron por ese sitio hasta darle alcance, y desde las bandas del riachuelo le arrojaron piedras, y ella al darse cuenta que estaba acorralada, corrió hacia la pendiente; y cuando ellos creían tenerla cercada, a su paso encontraron tupidos matorrales y grandes peñascos que les impidió seguir adelante; algunas piedras le cayeron a la loca, pero al parecer, no le hacían mella. La noche se hizo densa y por precaución no se atrevieron a escalar el "Cajena", en cambio la loca subió con facilidad el escarpado montículo, y desde lo alto hacía rodar piedras. Los perseguidores retrocedieron cierta distancia y desde allí la miraban moverse en las sombras de la tétrica montaña. Finalmente, retornaron con la idea de volver armados al siguiente día.

Este plan se cumplió, inclusive con participación de los policías, pero cuando arribaron hasta la cumbre y atisbaron las distancias del otro lado de los cerros no vieron ni la sombra de la indomable. Regresaron afirmando que ahora sí se fue del todo, y que ya no había por qué preocuparse.

Realmente Aniquilina se había marchado. Pero, ¿A dónde habrá ido? Muchos creían que en cualquier momento volvería.

Lo cierto es que tramontó los nevados, y siguiendo las faldas del volcán "Tixani", se fue hacia las planicies desoladas del Altiplano. Andaba por los sectores de "Titiri" y "Chilota". Dormía en las cabañas ocultas y abandonadas, en el día visitaba las chozas, y cuando advertía que sólo había mujeres entraba sin permiso y en forma halagüeña pedía comida y después se alejaba dejando un misterio detrás de sus pasos.

Pronto en las cercanías de "Chilota", desapareció una niña, y los pastores confundidos trataron de explicarse este hecho inaudito; pero después de diversas conjeturas, lo asociaron con la existencia de la extraña vagabunda.

Los padres de la niña suplicaron a los vecinos, reunirse para buscar a esa mujer que para todos resultaba un enigma.

Las señoras que hablaron con ella decían:

–No es gente. Es condenado, sólo aparece en mala hora, en el día cuando no hay nadie y en las noches llora bajo la luna.

La buscaron durante varios días, pero se hizo humo, tampoco había rastros, porque los borraba la lluvia.

Una tarde en la lejanía sintieron un llanto, el cielo estaba obscuro como una masa de plomo, y las nubes avanzaban como merinos gigantes, por lo que no precisaban, de dónde venía el gemido.

Uno de ellos dijo:

–Está en la pampa de "Toro bravo", y viene hacia nosotros, debemos lacerarla.

Alistaron los zurriagos para atraparla. Comenzó un viento helado, y la nevada caía como quien desmenuza bellotas de algodón. De entre las briznas asomó una mujer descalza vestida de polleras y tapada con una liglla, los miró por una leve abertura de la manta; primero algo consolada, pero al verlos con los lazos prestos a atacarla, volvió a llorar angustiosamente. Los hombres seguros de que era la "condenada", de primera intención la ataron, y a fuetazos la condujeron hasta la casa del padre que perdió a su hija. Un viejo subió a un altozano, y con voz detonante, arengó a sus congéneres.

–¡Salgan, vengan a ver al condenado! ¡Vamos a quemarlo! –los oyentes se comunicaron y acudieron al llamado.

La nevada había cesado y los campesinos fueron a traer leña, la amontonaron sobre una apacheta, allí plantaron una cruz, donde colgaron a esa joven desconcertada, que a pesar de sus gritos y súplicas para que no la maten, los ejecutores no se inmutaron. Prendieron la gavilla, y entre agónicos clamores murió quemada aquella niña, que no fue Aniquilina; sino una pastorita retardada, que por la espesura de la neblina se había extraviado en las estepas del Altiplano.

Este hecho dio lugar a un juicio que inició el patrón de la muchacha, sobre todo por el ganado desaparecido en la tarde del crimen; acción que interpuso en contra de los homicidas, por lo que las autoridades judiciales les abrieron instrucción, pero con orden de comparecencia, razón por la cual, los responsables del ilícito penal andaban libres y se mofaban del agraviado. El proceso duró tres años, y al final, el juez sentenció declarando la absolución de los autores "por falta de pruebas".

Mientras Aniquilina continuaba haciendo fechorías, en el día permanecía bajo las sombras impenetrables del "Puente bello", maravillosa estructura que formó la naturaleza, allí desemboca una amplia y arenosa represa donde se erigen unas rocas en forma de santos, dando la impresión, que antiguos anacoretas cruzando el vado se convirtieron en piedra. En aquel entonces no había carretera por la superficie del puente, estaba sembrado de zarzas y yaretas; la concavidad de su interior tenía el aspecto de una pequeña catedral, el subsuelo escupía agua de colores a altas temperaturas, cuyo vapor salía por unos tragaluces, y desde el fondo se oía un sonido grave que causaba pavor. Sin embargo, Aniquilina, en ese lugar sombrío encontró sosiego,

pensó que en ese sitio estaría imperturbable. Sólo que allí no pernoctaba, porque había copos de nieve que refrigeraban el ambiente.

Pero un día desafortunado para la loca, a la hora del crepúsculo, cuando salía de su escondite, los pastores que ya habían descubierto su paradero, la rodearon armados con flagelos, piedras y palos; y ella, con el instinto del que no quiere morir, y la sabiduría del que no permite que le hagan daño, resolvió no oponer resistencia. La lacearon y la amarraron como a un torete salvaje, así la condujeron hasta la loma de caserones abandonados, y en una cadena con anillo de fierro la aseguraron de la muñeca.

Ella no decía nada, no lloraba ni se quejaba.

El mayor de los campesinos, en su lengua aimara, ordenó:

—¡Ya, junten leña y hagan una cruz!

Aniquilina que intuía lo que se proponían, miró en forma penetrante al hombre que dio la orden, y en el mismo dialecto, le dijo:

—Hoy no deben matarme, Dios me ha mandado a rodar así y falta un día para cumplir mi castigo.

Al escuchar atentos esta declaración, se consultaron mutuamente y decidieron quemarla antes que amanezca. La cadena que estaba atada la anudaron a un tallo y la argolla del terminal la unieron con un candado al eslabón respectivo, de tal manera que la loca no pudiera soltarse. Encendieron una fogata, y alrededor se recostaron vigilando a la cautiva, aunque después de unas horas, se quedaron dormidos.

Antes que interrumpen los rayos ultravioletas de la madrugada, despertaron solícitos a ejecutar lo acordado; pero cuando fueron al tronco donde amarraron a Aniquilina, ella no estaba.

Solamente cerca del anillo de la cadena, encontraron su mano aún vertiendo sangre. No fue tocada por nadie; los hombres se quedaron estupefactos. Cayó la luz del sol y trataron de buscar la huella de sus pasos, pero de pronto vieron que un águila, con torvo zumbido bajó como un rayo y tomó en sus garras la sangrante mano; y cuando ellos gritaron queriendo detenerla, porque creían que iban a alcanzar a la loca, ya el ave se había elevado, y se fue por el azul del cielo, remontando los nevados, la claridad del espacio y la enigmática cordillera. Desde ese día no se volvió a saber más de Aniquilina.

Jovin Valdez. Poeta y narrador puneño nacido en Carumas-Moquegua en 1949. Es abogado de profesión.

Valdez nos muestra en sus versos “un tránsito del modernismo pleno de sonoridad hacia un purismo posmodernista pleno de reflexión y melodía interna con un denominador común, la belleza de un lenguaje figurado que tiene una claridad meridiana y una

armonía expresiva natural; pues, la metáfora y la imagen brotan de los labios del poeta como las rosas y las flores se abren en los botones que colman sus tallos, adornando el verso con una sencillez cotidiana. Estos versos han sido escritos para leerlos en voz alta y sentir la dulce musicalidad de la poesía...” (Cáceres Monroy, Juan Luis; en el prólogo de *Mansión del Habitante*).

Obras:

- Sólo los rastros
- Mansión del habitante
- Visión en la noche
- El anuncio de los búhos

Tiempo del cernícalo

Detrás del día
correrá el polvo del olvido de estos tiempos sin orfebres
no habrá alcancías ni historias ígneas para contarlas con soles en los ojos
sólo los cernícalos elevarán el plexo gris por las humaredas
y los rasgos de desaliento se esfumarán en la cabellera de las montañas
los espejos no reflejarán el descuelgo de los silencios
y desposeído el rayo esperará el viento en círculo para no volver.

Detrás del alba
la sombra de los peces dibujará nuevos mundos a tornasol
bajo el agua después del devorado final
sobre el cual brinquen mosquitos sin patas.
El pico del cernícalo dolido de ferocidad no volverá
sino para reventar el buche con espuma sobre las piedras.
la mano del viento redoblará los fuegos y los alberos
cavarán la hondura de los sikus en las zanjas del tiempo.

Los Dioses devolverán el agua sagrada a los oráculos
cuando ronde el cernícalo y muerda una bandera
y un blasón redoblado y todo nuestro ánimo castrado.
El tiempo se extinguirá con los confines
extintos despojados de cielo
con la lengua sin trozo de hierba partida en su paladar
de junios. Detrás del día habrá nuevas albas.

Bomba de tiempo

Tuve miedo del tiempo en la urbe
del vacío del trajín cotidiano
de la pobreza que gira más deteriorada
de la riqueza rondando más soberbia
tuve miedo del hombre acaecido
en el primer piso de su plácido conformismo
en el último piso de sus flancos heridos

tuve miedo de extremos resentidos y
lujuriosos
del tedio inquilino en rostros sin rostro
sólo la ciudad y sus stress sabrán
en qué punto reventará
esta bomba del tiempo.

Boris Espezúa. Es uno de los poetas más representativos de la poesía contemporánea puneña. Ha sido finalista de la Bienal Copé de Poesía.

“... es un poeta integral porque expresa las relaciones ocultas y evidentes de las provincias del Sur del país, entre paisajes humanos y naturales. Hay en él una necesidad de ubicuidad, una lucha por vencer el complejo de fragmentación que sufre el país, y que asumimos inevitablemente desde el momento que nos resulta incompatible un mundo dividido. Es una mirada de adentro hacia fuera la que recorre el presente libro. (...) Espezúa representa en sus personajes un símbolo que condensa la simbiosis cultural del país. (Mora, Tulio; en la contratapa de *Alba del pez herido*).

Obras:

- A través del ojo de un hueso (1988)
- Tránsito de Amautas y otros poemas (1990)
- Alba del pez herido
- Tiempo de cernícalo (2002)

Refugio de arena

Llegó con la multitud desarrapada y miserable que arrastraba sus niños y sus perros, una caravana que tropezaba en la niebla polvorienta al atravesar la oscuridad del arenal, apenas orientados por las diminutas llamas flameantes de los mecheros, y adentrándose en ese desierto que parecía no terminar jamás, y donde al encuentro de la primera loma que parecía la espalda de un dinosaurio, plantaron más por cansancio que por la certidumbre de haber encontrado el lugar propicio, sus palos y sus esteras, en un desorden afiebrado que mostraría al amanecer, la visión desoladora de un poblado sacudido por un terremoto enloquecido.

Él había sido uno de los primeros en defender esas tierras de nadie, el que había indicado con buen acierto el trazado donde estarían la iglesia y el mercado, la comisaría y el local social, el primero que se atrevió a salir adelante cuando vino una turba de soldados con sus carros de guerra, y el primero al que se llevaron para colgarlo como un cordero, mientras una muchedumbre de desastre invadía las calles de la ciudad con sus pancartas mal escritas y sus banderas descoloridas reclamando a gritos de hambre la firma que los haría dueños de esas tierras de paisaje lunar donde sólo se recortaban en el horizonte las siluetas solitarias de los cactus.

Los breves días de prisión lo habían devuelto al recuerdo cuando reparaba zapatos irreparables en su pueblo extraviado en la serranía del sur, allí donde pasaba puntualmente un tren nocturno y nostálgico con sus ventanillas que atrapaban los rostros de pasajeros taciturnos, ese tren que terminó llevándolo con su mameluco azul y su gorra de brequero por todos los pueblitos desperdigados a lo largo de esos rieles que llevaban al olvido, para quedarse con ese grupo de "Carrileros" que nunca estaban en un solo lugar, y que aparecían en medio del viaje con sus barrotes para reparar la vía, y con su mirada de nómadas saludando el paso de un tren meditativo y eterno.

No hubiera salido nunca de esa intemperie de lugares movedizos, sino fuera porque una mañana lo jalara como un tren irremediable los ojos de una mujer, aquel embrujo que llevaba y traía contrabando de frontera a frontera y que lo arrastró para resolverlo en una historia de amor, tan a salto de mata como su trabajo, una batalla de celos e infidelidades que estallarían cuando apareció un marido remoto, trayendo dos niños y una historia donde ella no dejaba de fugarse para envolverse en otra pasión de contrabando, una historia que se alargaba y jalaba su cola cuando entraba a los barcitos de mala muerte, y él se zambullía para buscarla en el fondo de un vaso de alcohol que no se terminaba.

Salió de la prisión sin poder evitar ese zurcido de recuerdos, sin saber que al volver a la morada polvorienta lo esperaba una turba de algarabía, la muchedumbre que vitoreaba su nombre y lo elegía a fuerza de gritos su dirigente principal, una hormiga que a lo largo de todo el día se sumaba a esas faenas infatigables de hombres, de mujeres y niños que se rompían el espinazo para limpiar ese terreno de prehistoria con la ciega intención de quedarse para siempre, hasta que la empresa de trenes le dio una carta de despido donde se veía la mano invisible que lo quitaba de lado por ser sospechosamente revoltoso.

El poco dinero de todos los años al servicio de ese tren infatigable que lo dejó como una estación de pueblo perdido, se hizo polvo entre los papeles tramitantes de toda esa multitud que ya había puesto números en sus puertas, y como si se despertara a un denso y largo sueño, se descubrió vagando por una ciudad que hervía de vendedores callejeros, sin trabajo y perdido en esa hormigueante multitud pintoresca, tironeado por la inercia que lo llevaba a los parques y los puentes, a dormirse al mediodía en su terreno cercado por piedras a fuerza de voluntad, para huir de esa hora que le daba un zarpazo en el estómago, y para que en un arranque de tanto mundo que lo aplastaba, se pusiera a vender billetes de lotería, esos irónicos papelitos numerados con millones de dinero que lo encerraban en un enorme cero a la izquierda.

Su propia gente lo había dejado de lado, y él se fue difuminando para quedar olvidado como los periódicos viejos que arrumaba en su cuartucho, como una película vieja que había concentrado los años y que se desenrollaba en pocos minutos mostrando el arenal que se llenaba de casas, que habría sus calles de desorden para enterrar las tuberías de agua y desagüe, mientras los postes de luz se elevaban con sus ojos brillantes, para que finalmente las calles aparezcan asfaltadas y las casas tengan por fin su rostro estacionario para toda la vida, mientras él seguía volviendo después de cada jornada vendiendo la pobre suerte de convertirse en millonarios, a su casa que continuaba siendo un muro frontal de piedras pircadas, donde sigue oscilando a la intemperie una puerta de lata, ese suspiro abatido que conduce a un patio donde crece en libertad silvestre una higuera polvorienta.

La última morada donde el tiempo se arremolina, atrapando en ese patio que se extiende por la mansedumbre de su arena sin rastros y que tropieza con un cuartucho de piedras volcánicas sobrepuestas, y rematado por un techo de calaminas regaladas donde resalta, en medio de la basura que los vecinos arrojan, una llanta decrepita y un pequeño remolino de lata que gira pensativamente, el refugio final donde se repite una y otra vez la película del recuerdo, donde los días transcurren idénticos hablando con sus fantasmas, y zurciendo los harapos de los harapos en la penumbra silenciosa que sólo interrumpen las cucarachas y los ratones.

Sólo los viejos se acuerdan de él con el mismo respeto nostálgico con que se recuerda a los muertos, pues para los niños no es sino un loco que aparece los días de fiesta como un insecto prehistórico, con su ollita de

vagabundo para llenarlo con el favor de un desperdicio, y con su gorra remota y deformada de brequero, silencioso e inofensivo, paseando como un condenado entre los deprimidos toldos atiborrados de juegos, estirando una sonrisa de huérfano milenario cuando revientan los castillos, en medio del desorden de las músicas lamentables que se atorán y crujen en los altoparlantes, mientras la gente lo mira como parte de la feria y comenta en voz baja y en los oídos de los niños, que se ha vuelto así porque vive de comer moscas y lagartijas.

Pero nadie sabe que en sus ojos de perro triste, una pequeña luz lo acerca todas las mañanas al umbral desbaratado de su puerta, allí donde se levanta un día que ya no importa, y lanza una mirada hasta donde alcanza la niebla de sus ojos, y está feliz porque los perfiles de las siluetas de casas que se extienden interminables hacia arriba y hacia abajo, algún día fueron su sueño y su batalla, y aunque nadie se lo agradezca porque muy pronto traerán un tractor para borrar su morada y abrir una calle, él tal vez vuelva como un perro sin dueño a los parques y a los puentes, donde se quede dormido en un sueño manso que se perderá en un laberinto oscuro de infinitas calles de arena.

Elard Serruto. (Puno, 1962). Se inició en la literatura en la Universidad Nacional San Agustín de Arequipa. En 1997 publicó *Habitaciones*. Escribió el guión de la película el *Misterio del Karasiri*.

Lolo Palza

Cotidiana

Esta noche no tiene mañana
Saben? La oscuridad no es santa
no tiene flores y huele a mortaja
esta noche hiede, no canta
me tiene y me lleva a nada
me llama y me grita con voz agria
y mis pasos cómplices se arrastran
y van sin ir a ningún lado
Pero yo quiero verte
estar junto a ti
yo quiero amarte
la noche me niega tu imagen
me niega tu sueño me niega tu aurora
alzo las manos y no alcanzo nada
mañana puede ser mi esperanza
pero la noche es obstinada
me recorre me corroe me retiene
tanteando oscuridad
buscando tu mirada
atravesando tu espacio inexistente
soñando no soñar despierto.

Este cielo & este lago

Si tuviera que decir adiós
emprendería el camino de regreso

haría de mis pasos
grandes surcos en la tierra
para que los ríos pudieran regresar preñados de distancia
hasta lo más alto de las montañas
a discurrir por sus antiguos y delgadísimos cauces

si tuviera que dar la espalda
a las últimas palabras

regresaría sobre mis pasos
para beberme de golpe
este cielo y este lago

Lolo Palza. Poeta nacido en Puno en 1964.

“La poesía es un fugaz resplandor, un brillo solar del corazón del lector. Cuando ésta aparece con palabras simples y en textos breves, no se sospecha en qué momento nos atrapa su sutil impacto. Esta es la percepción primera y esencial del que se acerca por primera vez a estos poemas labrados en casi una década por Lolo Palza Valdivia” (José Gabriel Valdivia).

Obras:

- Ser Cárdeno
- Subversión o versión de la palabra
- Entre la espada y la pared
- Sagrado recinto
- Naufragio de Noé

Celebración de la derrota

I

Sin embargo la mirada permanece,
con su tristeza y su larga esperanza,
no aguarda caricia alguna
ni palabra que la rescate del
silencio.

Madura vegetal, infinita,
sin maldecir la soledad.

Cada día una celebración.
Bebimos vino y sangre como héroes
e imploramos el homenaje, la
protección,
de los dioses beodos.
Nada haría que la culpa sea abolida,
la ofensa ardía en el fondo del
corazón
y sólo quedaba marchar a la
reconquista.

Un sacerdote oficiaba cada derrota
iluminado por un débil pensamiento
(los viejos masticaban en silencio
sus propias verdades
en el fondo del templo
sin que la victoria sea amenazada).

Así soñamos de adolescentes
hasta caer enamorados
en las garras de la ilusión.
Falsos héroes, débiles dioses,
desarmados.
La noche era más que un refugio,
era un campo de batalla
del que salíamos sudorosos
y sonámbulos, victoriosos y
vencidos,

sin doncella ni reino,
otra vez solos.

II

He hurgado entre la muchedumbre
—oficio ocioso—,
entre calles y plazas,
bares y prostíbulos, donde los dioses
pululan,
y no he adoptado los buenos hábitos
ni he reconocido a las inmaculadas
adúlteras.

Me he deleitado en lechos ajenos,
vacíos y abandonados por amantes
impacientes, movedizos y
amargados,
y ningún placer me ha embriagado.
Todo sigue igual.
Nada es importante.

Aún permaneces
tendida en la cama, medio desnuda,
temerosa de los insectos,
y aunque no tiembles tu cuerpo
es ligero como una fruta pronta a
caer.

Cada uno es vencedor es su propia
batalla.

III

Sucede que he confundido
tu sexo con un templo.

Mis dedos saben más de ti
que mis ojos y mis labios.
Fuimos con calma,
ensayando besos y caricias,
descubriendo nuestra humedad,
escondiéndonos de los dioses
como buenos mortales.
Tal vez en tu sexo acaba el universo.

(el poeta había intentado
todas las formas,
ahora sólo quedaba la palabra).

IV

El resplandor del amanecer abrió las
heridas
en mi piel de guerrero inexperto,
la caricia de aquella joven
hizo más dolorosa la llaga,
ninguna plegaria fue suficiente
aunque llegué a intentar un pacto
con los dioses.
Todo esto lo conté durante mis
descansos,
mientras bebíamos aguardiente y
masticábamos quesos rancios,
coca y maíz,
mientras inventaba un nombre
para nombrarte.

V

He comenzado a hacerme viejo,
siento que mi cabeza se ladea,
mi espalda acusa algunos dolores,
mi vista me juega malas pasadas y
mi cansancio se hace evidente al
final de la tarde.
Pienso que no podré acompañarte
para cuidar de ti
pero al mismo tiempo me gusta
Hacer bromas con los soldados de tu
edad.
Ellos escuchan, hacen preguntas
extrañas
me toman el pelo y no dejan de
mirarte
los muslos, tus pechos firmes, tus
caderas
maduras, mientras yo
cuento con voz cada vez más suave
esta historia de batallas, dioses

inexistentes
y amores esquivos,
mi amor por ti.

El poder ha estado una vez en mis
manos.
Disfrutamos fugazmente tres días
con
sus noches en una vieja habitación
de cuatro camas. Afuera se libraban
sangrientas batallas y los ejércitos
quedaban diezmados en la plaza
pública.
Todo era ajeno.
Tú hablabas de tu madre
y yo contaba las estrellas.

Sin embargo
la mirada permanece
como una vieja herida

VI

Aquí están
 —dioses—,
Demasiado tarde,
 Los vencidos,
Con sus canciones cursis
y sus caminadas amaneradas,
diciendo
que la esperanza es lo último que se
pierde.

Poemas sin título

Armado con una luz de bengala
Sobreviviente de alguna batalla
Sin destino
Fabricando historias para tener
recuerdos
Solo y sin nombre
Descubre que ha caminado junto a

sus hermanos
En una procesión (que va por
dentro)
Hacia el templo donde sufrió tortura
Nada de esto es cierto
Todo ha sucedido como la cuenta
El mismo hombre de cada tarde
Inventa una historia para contentar
A su mujer

Alfredo Herrera. Poeta puneño nacido en Lampa en 1965. Ha sido ganador de la Séptima Bienal Premio Copé de Poesía (1995). Es uno de los intelectuales más importantes de los últimos años, su poesía es referente obligado de la nueva literatura nacional.

Obras:

- Etapas del viento y de las mieses (1986)
- Pájaros cantarán por sobre las montañas y otros poemas (1988)
- Recital de poesía (1990)
- Elogio de la nostalgia (1995)
- Montaña de jade (1996)
- Mares (2002)
- Rosario a las seis (cuento, 2006)

El cangrejo

–Tengo los ojos en la espalda, en la espalda tengo los ojos, los ojos en la espalda tengo, en mi espalda están mis ojos, en mis ojos está mi espalda, tengo espaldas en mis ojos...

Las ideas del Cangrejo se hilvanan infinitas mientras conduce su cuerpo contrahecho, deforme. Su joroba monstruosa va por delante oculta bajo la camisa mugrienta y rasgada. Su paso es lento pero firme. La nariz enorme surge por detrás, colorada y ulcerosa, de entre su asqueroso cabello que le cubre la mitad de la cara. Sigue caminando de frente viendo al mundo por la espalda con sus ojos clavado en los omóplatos.

–Tengo los ojos en la espalda, en la espalda tengo los ojos, los ojos en la espalda tengo, en mi espalda están mis ojos, mi espalda está en mis ojos, en mis ojos está mi espalda, tengo espaldas en mis ojos...

Se dirige a la Plaza 25 de Mayo por la calle Ayacucho. A veces, tropieza con alguien que maldice y se asquea del olor pestilente que emana de cada poro del Cangrejo.

–El mundo entero está torcido, volteado. Tienen los ojos en la cara – piensa. Se detiene–. Ja, ja, ja, ja, ja. Torcido. Ja, ja, ja, ja...

Sus carcajadas surgen por detrás, mientras los torcidos lo miran con pena. Él siente lástima de ellos, se compadece y los mira con sus ojos en la espalda.

Alguien bromea:

–Se le ha atascado la caja de velocidades en reversa.

Las carcajadas suenan un momento, luego cesan de improviso. El Cangrejo no parece haber oído.

Prosigue su camino. Cruza sus manos por detrás sobre su barriga desnuda.

Piensa en anteojos para sus ojos de la espalda. Quiere enderezar el universo. ¿Realmente será posible enderezarlo? Medita, se sume en sus cavilaciones.

–Biconvexos, convexos, convergentes, bicóncavos, cóncavos, divergentes, triconvexos cuadriconvexos, infinitamente convexos, tricóncavos, cuadricóncavos, pentacóncavos, hexacóncavos, infinitamente cóncavos, bifocales, trifocales, cuadrifocales, pentafocales, infinitamente focales.

Piensa mejor, él no necesita anteojos para los ojos de su espalda. No quiere distorsionar la realidad, quiere verla de frente con sus ojos prodigiosos. Para ver distorsionado el mundo sólo le basta descubrir sus

abominables ojos ocultos por su cabello. Los anteojos son para los torcidos, ellos los necesitan más que él.

–Biconvexos, convexos, convergentes, bicóncavos, cóncavos, divergentes, triconvexos cuadriconvexos, infinitamente convexos, tricóncavos, cuadricóncavos, pentacóncavos hexacóncavos, infinitamente cóncavos, bifocales, trifocales, cuadrifocales, pentafocales, infinitamente focales.

Tal vez sí sean necesarios los anteojos para los ojos de su cara, esos ojos fenomenales, abominables, que oculta bajo su cabello sucio. Los odia, se avergüenza de ellos, desearía no tenerlos. Piensa en la enorme ventaja de ver al mundo tal como es con sus ojos de la espalda y sus ojos bajo la mata desgreñada de cabello.

–Biconvexos, convexos, convergentes, bicóncavos, cóncavos, divergentes, triconvexos cuadriconvexos, infmitamente convexos, tricóncavos, cuadricóncavos, pentacóncavos hexacóncavos, infinitamente cóncavos, bifocales, trifocales, cuadrifocales, pentafocales, infmitamente focales.

Los torcidos lo miran pasar. Él puede ser como ellos, pero, ellos no pueden ser como él. Se siente superior. No saben el secreto que trata de ocultar. Al fin llega a la gran plaza. Espera el momento oportuno para cruzar la calle. Los automóviles se desplazan con rapidez uno tras otro mientras él espera pacientemente. Al fin el tránsito se detiene. Cruza lentamente hasta llegar a una esquina de la plaza; luego la cruza oblicuamente. Se detiene. Se sienta en una banca de la plaza que conoce de memoria. Esconde temeroso los ojos de su espalda en el espaldar del asiento. No quiere que lo descubran, no quiere decirles que el mundo está al revés. El calor se concentra en su cabeza hasta derretirle el sebo del cabello que chorrea por toda su cara.

Otra vez esos malditos monstruos quieren devorarlo por millares. Revolotean en su cabeza. Vienen de todas partes y continúa de nuevo su batalla. Se siente solo ante el enemigo, sabe que son pequeños pero en enormes cantidades, eso los hace más peligrosos. Ellos también tienen los ojos en la espalda como él, pero el Cangrejo tiene la ventaja; puede combatirlos al revés, ellos no pueden hacerlo, sólo tienen ojos en la espalda. Destapa sus ojos de la cara y acomoda el cabello hediondo a un costado de su cabeza.

Sus ojillos saltan de un lado para otro a los costados de su enorme nariz roja. Le cuesta ver a las monstruosas criaturas desde esta perspectiva, se da tiempo para acomodarse a su nueva situación. Distingue claramente el monumento custodiado por dos leones de bronce, parece que en sus rostros se ha petrificado un gesto fiero; mientras sus garras dormitan pacíficamente en la punta de sus dedos. Luego de un prolongado momento, cierra su puño con rapidez, ha atrapado a una, la aprieta fuertemente dentro de su mano izquierda. El Cangrejo es zurdo. No debe permitir que se le escape. Se ayuda con la mano derecha que es más torpe y, difícilmente logra agarrarla de las

patas. Le arranca con cuidado los transparentes ojos de la espalda luego los suelta y ve como una corriente de aire los hace desaparecer casi al instante. Sus compañeras impotentes inician una nueva ofensiva masiva. Zumban amenazantes en sus orejas y se posan en su cabeza. Él la mantiene prisionera entre sus dedos, ve cómo se mueve desesperadamente, ciega sin sus ojos de la espalda. El Cangrejo no tiene compasión de ella. La mira con aire superior. Es la primera de la tarde. Quiere verla sufrir por un momento. Sabe que ahora no puede escapar. Al fin decide aniquilarla y se la mete en la boca, siente sobre su lengua el pataleo desesperado de la mosca, la aplasta contra el paladar sin misericordia, ya no se mueve más, la empuja por la garganta. Nuevamente su brazo chicotea el aire, ha atrapado otra, ahora le arranca los ojos de la espalda con prisa, casi desesperadamente y la aplasta nuevamente con la lengua contra el paladar. Sabe que es el único que las combate, no tiene tiempo que perder, son millones de millones.

–Dos, dos, dos, dos –repite el número para no perder la cuenta– diez, diez, diez, diez...

Recién se da cuenta que lo observan algunos de los torcidos. Siente que lo admiran porque sólo él ha decidido combatirlos. El Cangrejo los mira con los ojos de la cara, le imprime a su mirada un matiz de humildad sin dejar la firmeza de su postura de combate. El Cangrejo sabe que los torcidos se consideran inferiores a él. Recuerda vagamente el día en que llegó. Una muchedumbre de torcidos lo recibió en la plaza, admirándolo, fascinados ante su extraña presencia. De eso ya hacía algún tiempo, aunque no recordaba cuándo. Prosigue.

–Once, once, once, once, doce, doce, doce, doce, trece, trece, trece, trece, catorce, catorce, catorce, catorce, quince, quince, quince, quince...

La mirada curiosa de la gente le acicatea el ánimo. Siente la importancia de su tarea. Ve en los ojos de los torcidos su impotencia ante el enemigo que ataca por millares. A ellos no los molestan, el Cangrejo entiende la razón, ellas saben que sólo él es peligroso. Atrapa otra mosca entre su puño que aprieta fuerte, se levanta de la banca y se acerca a la gente con la alimaña sujeta de las patas entre sus dedos. Los torcidos retroceden temerosos. El Cangrejo se compadece de su cobardía, se detiene mostrando de lejos al insecto indefenso, les demuestra que no son tan peligrosos como parecen, no hay que temerles, les enseña cómo arrancarles los ojos transparentes de la espalda volviendo a mostrar al insecto indefenso entre sus dedos, quiere acercarse unos pasos más, pero ellos igual retroceden. Se vuelve a compadecer de su cobardía. Les demuestra cómo aniquilarlas, se mete la mosca en la boca y la aplasta con la lengua contra el paladar. Los torcidos lo miran meneando la cabeza, algunos se alejan, otros simplemente siguen observando.

El Cangrejo se siente satisfecho. Sabe que golpeando su conciencia, seguro de que pronto seguirán su ejemplo, es imprescindible ganarlos a la causa; el enemigo es inmensamente superior en número, de ello deriva la

importancia estratégica de incorporar a los torcidos en la lucha contra los monstruos de ojos en la espalda.

Algunos niños que juegan en la plaza dejan sus entretenimientos habituales, se esconden como pueden tras el Cangrejo y le arrojan piedritas en la nuca, luego corren asustados gritándole: Cangrejo, loco, opa. A él no le molesta mucho, simplemente los observa correr. Su mirada parece deleitarse, quizá recordar su infancia. Cuesta imaginar que: El Cangrejo haya tenido infancia alguna vez.

El Cangrejo se siente fatigado, decide retirarse, sabe que la batalla debe proseguir en otro momento. Tapa los ojos de su cara hasta sólo dejar ver su nariz colorada y ulcerosa. La joroba por delante y las manos por detrás cruzadas sobre la pelada y rugosa barriga. El Cangrejo camina firme. Los torcidos lo miran pasar con desprecio, él siente compasión por ellos, él puede ser como ellos, pero ellos no pueden ser como él.

Una vieja que vende mocochinchi le amenaza con mojarlo con el agua que usa para enjuagar los vasos. El Cangrejo no hace caso de sus amenazas, simplemente murmura:

–El mundo está al revés, torcido –luego ríe–: Ja, ja, ja, ja...

La vieja se asusta de su risa indiferente. Piadosa se persigna tres veces como quien ha visto al diablo en mismísima persona.

–Jesús María y José –dice– apiádense de su alma.

Quizá sean los hombres los que realmente debieran apiadarse del Cangrejo ¿o el Cangrejo apiadarse de los hombres?

El Cangrejo prosigue su camino indiferente viendo pasar el mundo con sus ojos de la espalda. Un sol abrasador le cocina las espaldas, evaporando su hediondez que se dispersa por el aire. La gente le cede el paso, algunos tratan de evadir su presencia, otros lo insultan sin miramientos.

–Loco hediondo –le dicen y escupen a un costado.

El Cangrejo se compadece de ellos. A veces quisiera sentir asco de los torcidos, pero la repugnancia es un sentimiento muy humano para él. Él puede ser como ellos pero ellos no pueden ser como él.

Prosigue su camino con desdén. Siente su esencia removerse en sus tripas, quiere escapar de su cuerpo, le arruga el ombligo, sabe que no podrá retenerla mucho tiempo más, quiere brotar de la profundidad de sus entrañas, no quiere soltarla, no desea perderla y despersonalizarse con su flujo abundante pastoso y amarillento. Lucha ajustando sus esfínteres con esfuerzo sobrehumano, no puede más, sabe que no podrá contenerla. Desata la pita de su cintura y, suelta el pantalón mugriento y harapiento que se desliza sin dificultad hasta sus pantorrillas. Se sienta en cuclillas desesperadamente. La esencia surge de la profundidad de sus tripas depositándose en el suelo. Vuelve a anudarse la pita en la cintura y observa con tristeza el trozo que es tan suyo, que ha surgido de su cuerpo mismo, es fruto de él y que no está dispuesto a perder; lo toma entre sus manos, lo mira profundamente por un momento, se lo mete entre los dientes. Siente que su personalidad, que su esencia vuelve a

introducirse en su cuerpo. Los torcidos lo miran con asco. El Cangrejo se desentiende de sus miradas, mientras un perro lame los restos de su esencia.

Una muchedumbre de moscas revolotea en torno a su cabeza, las más audaces se posan en sus labios y sus manos. Siente que las odia, sabe que pretenden despersonalizarlo, que quieren robarle su esencia. La batalla continúa. Las ataca con más odio pero su furia no le permite combatir las con eficacia.

Un hombre de corbata y maletín siente un cosquilleo molesto en sus tripas, su estómago convulsiona pretendiendo escapársele por la boca. Voltea para no ver la asquerosa escena, respira profundamente, después de algún momento siente sus intestinos en calma, aunque las náuseas todavía lo molestan. Luego busca un teléfono desesperadamente, al fin lo encuentra en una farmacia. Marca el número del Hospital Psiquiátrico. Espera unos segundos. El teléfono timbra tres veces. Una voz femenina responde:

–Hospital Psiquiátrico, buenas tardes.

–He visto al Cangrejo –denuncia el hombre sin mayor preámbulo.

–Una ambulancia ya está en camino –responde la voz femenina–. Ya hemos recibido la denuncia.

Una furgoneta blanca dobla la esquina con rapidez haciendo chirriar las gomas en el asfalto. Se detiene a unos centímetros del Cangrejo que aún lucha infatigable con sus enemigas. Él sabe quiénes son, sabe que lo buscan. Debe huir de ellos, son malvados, lo encerrarán de nuevo, lo bañarán y lo atarán y él se verá impotente nuevamente viendo revolotear impunemente a sus enemigas en su cabeza. Corre lo más aprisa que puede. Los de la furgoneta saben que le será difícil huir, correr de espaldas es difícil, así que no les preocupa mucho. De la parte posterior del vehículo bajan dos hombres enormes vistiendo mandiles blancos. Corren unos pocos pasos y cogen al Cangrejo de los brazos, lo levantan en vilo, el Cangrejo patalea, grita con todas las fuerzas de sus pulmones, mientras un tercer hombre se acerca con una enorme jeringa entre sus dedos. El Cangrejo no puede diferenciarlos, para él todos son iguales, ellos visten de blanco. No entiende la razón por la cual lo persiguen con saña, implacable y lo encierran sin misericordia. De pronto siente la enorme aguja meterse entre las carnes de sus glúteos, el líquido aceitoso se introduce dolorosamente. Vuelve a gritar con fuerza, el sonido informe y ronco parece brotar de la médula de sus huesos. Poco a poco un estado de somnolencia le va soltando los músculos. Ya no patalea más, las piernas no le responden. Rápidamente lo introducen al vehículo y lo tiran como pueden sobre una camilla, lo atan con correas a ella, mientras el Cangrejo piensa:

–El mundo entero está torcido, volteado, tienen los ojos en la cara.

Ahora no tiene ganas de reír.

Duerme.

–Nadie sabe de dónde vino –comenta uno de los hombres de mandil blanco.

En efecto, nadie sabía de dónde había venido, lo cierto era que un buen día apareció en la Plaza 25 de Mayo caminando de espaldas, murmurando:

–Tengo los ojos en la espalda, en la espalda tengo los ojos, los ojos en la espalda tengo, en mi espalda están mis ojos, mi espalda está en mis ojos, en mis ojos está mi espalda, tengo espaldas en mis ojos...

Realmente parecía tener los ojos en la espalda. Aunque su andar era lento, cada uno de sus pasos era firme y seguro.

Esa tarde calurosa todos se congregaron en la Plaza 25 de Mayo. El Alcalde sintió el barullo de la gente desde su despacho en la Alcaldía ubicada en una esquina de la plaza. Su curiosidad natural lo hizo salir escoltado por el Concejo Municipal en pleno que en ese momento sesionaba.

Al pie del monumento al Gran Mariscal de Ayacucho encontró al Presidente de la Corte Suprema de Justicia, al Prefecto, al Arzobispo acompañado de un séquito numeroso de curas, al Rector de la Universidad y todos los decanos y autoridades de las diferentes Facultades, al Comandante de la Policía, en fin, a todas las autoridades y parroquianos notables de la ciudad.

Los comentarios, especulaciones y elucubraciones estuvieron a la orden del día. Hasta los leones de bronce parecían tener algo que decir. El Comandante de la Policía afirmó, por ejemplo que: un policía había visto un automóvil muy elegante y desconocido dejarlo a una distancia prudente de la plaza y luego partir a gran velocidad. El comentario corrió de boca en boca. La conclusión final fue que: el extraño pertenecía a una de las familias más ilustres, ricas e importantes del país (algunos apellidos fueron mencionados) que se avergonzaban de su locura, que por eso lo habían abandonado, para que los del Hospital Psiquiátrico -el único del país- lo recogieran evitando la vergüenza de internarlo ellos mismos. Alguien por ahí afirmó que un fuerte donativo se había hecho anónimamente para la mencionada institución.

El Rector de la universidad comentó que en su época de estudiante de la Facultad de Medicina, uno de sus condiscípulos –muy parecido al extraño y además muy estudioso– había perdido la razón porque un día fatal sus amigos se dieron cuenta que se masturbaba constantemente a solas en su habitación de estudiante. Lo espionaron por el agujero de la cerradura riendo entre dientes. Le abrieron de improviso la puerta de su dormitorio y se burlaron tanto de él, remedando sus gemidos, riendo a carcajadas hasta hacerle perder la cordura de purita vergüenza. El comentario no se hizo esperar, circuló en cuestión de segundos. La conclusión general fue que de tanto corrérsela se le habían cruzado los chicotes.

–Pobre alma –se apiadó el Arzobispo.

Alguien lo escuchó mal y corrió la voz de que el alma del extraño estaba poseída por espíritus malignos, que su locura era obra de Belcebú y que la Iglesia Católica solicitaría autorización al Papa para exorcizarlo; o mejor aún pediría que mandaran a un cura con experiencia en estos menesteres.

–Parece un Cangrejo –se atrevió a bromear el Alcalde.

Entonces los niños empezaron a gritarle "Cangrejo, Cangrejo". Así pues, quedó bautizado el enajenado. Nadie jamás le conoció otro nombre.

Desde entonces la historia del Cangrejo fue oficial, todos creían saber todo de él. Hasta alguien escribió una nota picaresca en un periódico de circulación local. Pero, en realidad nadie supo la verdadera tragedia del personaje.

El Cangrejo despierta. Quiere mover los brazos, pero siente la camisa de fuerza anudarle las manos en la espalda. Ve al mundo con impotencia con sus ojos de la cara, mientras las moscas revolotean en su cabeza impunemente. Siente ganas de gritar, pero se contiene.

–El mundo está torcido, volteado –dice con tristeza.

Nuevamente no siente ganas de reír. Un nudo le aprisiona la garganta de la que brota un profundo sollozo lastimero.

Un alarido desgarrador llega hasta sus oídos. Un dolor terebrante le taladra los huesos del alma, mientras la indiferencia de los vestidos de mandil fluye desganadamente. Los alienados deambulan sumidos en su abandono, liberando sus gestos díscolos en su cara. Algunos yacen tirados, inmóviles, dispersos en los rincones con la mirada vacía clavada sobre el piso; mientras sus babas cuelgan por la comisura de sus labios. El Cangrejo los observa con sus ojos en la espalda. Vuelve a su memoria el abandono, la miseria del Psiquiátrico. Una sensación opresiva se cobija dentro de su pecho. Mientras afuera los torcidos se acuerdan de su rutina solamente. Tal vez sea necesario congregarlos nuevamente a todos en la plaza, como aquél lejano día que apenas recuerda vagamente. Quizá sean ellos los que debieran estar aquí.

–El mundo está al revés –dice.

Una lágrima rueda por su cara.

Quizá sea cierto: el mundo tal vez esté realmente al revés y el Cangrejo es el único que lo sabe.

Adrián Cáceres. (Puno, 1967). Estudió en el Instituto Pedagógico de Puno. Cuenta con estudios de jurisprudencia en el extranjero. En 1999 publicó *Desde un rincón de mi alma*.

En 1999, con su obra *Desde un rincón de tu alma*, gana el primer premio del II Concurso Nacional de Narrativa "Carlos Medinaceli, convocado por el Gobierno Municipal de Sucre (Bolivia).

Gabriel Apaza

Luciérnaga

De los nidos futuros del estío
sólo aguardo una ventana de lluvia
Abierta en una hoja virgen

Allí lavaré mis pálidos árboles
de un ignoto manantial en prosa
un poema como ojos de profeta
con este deseo soy feliz.

Cuando el alba llega cierro todas las ventanas

Y las dejo entregarse a los poetas somnolientos

Abro los oráculos baldíos
abro el silencio
donde los hombres desgajan a cuchillo
cópulas desiertas
detestan la impaciencia de los búbo-lunas
y oscurecen los recodos
donde los videntes hallaron su idilio

Cuando las cítaras del hebreo dejaron de plañir
cuando ninguna mariposa esparce rosas rojas.

Gabriel Apaza. Nació en Juliaca. Es poeta, narrador y periodista. Se trata del representante prominente de las letras juliaqueñas.

Obras:

– Aporía

Simón Rodríguez

He venido a ti

He venido a ti
A destilar tus bayetas

Y después de una tormenta de azúcar
Andar y desandar la frescura de tu cuerpo
Encortinar con besos esos blancos caminos
Y estrangular la tristeza entre nuestras caricias

Bajo lluvia de silencio nuestros ojos se encienden
Se deshojan tus senos en gemidos de gaviota

Como caracoles claros
Tejen cintas tus brazos en mi espalda...

He llegado a ti jaloneando tu fragancia de muña
Huyendo como un silbido de la pena

Para desnudar nuestros fuegos
Y astillar la noche en cientos de pequeños días.

Simón Rodríguez. (Puno, 1969). Cuenta con estudios de Derecho y es profesor de Literatura.

“Poesía bella y sensitiva ésta de Rodríguez, que a los 22 años –edad en que publica ‘Desatando Penas’– se nos presenta como un orfebre de la palabra, un hacedor de imágenes y metáforas” (Padilla, Feliciano; 2005: 185).

Obras:

– Desatando penas (1992).

Luis Pacho

ETERNUS

Dejo mi silencio adormecido a la vera de esta orilla
donde soy la misma piedra soleada
en tus palabras.

(Un sol lejano atrapa mis ojos
mientras tu imagen reverbera en los tranvías
de una ciudad desconocida).

En el latido de esta incierta dimensión
que esculpe cada paso desandado
tú eres la única habitante y
sólo aquí puedo coger las estelas
de tu corazón intocado.

Sólo aquí tu nombre vive colgado
en una sonrisa
sólo aquí tu mirada crece verdeante
como las totoras.

Y si te he visto
destejiendo telarañas y cogiendo estrellas
en el fondo de las nubes
sé que tu silencio es alguien que cruza la calle
con un poema bajo el hombro.

CUADRO 1

Detrás de las palabras
que aún sacuden
el desvelo de antiguas memorias,
una ciudad se desploma
bajo el cielo de unos quietos caninos.
Sin embargo en esta calle
por donde nunca nos hemos ido
los musgos nos abrazan
tibiamente los tobillos.

Luis Pacho. (Laraqueri-Puno, 1969). Es abogado de profesión. Ha sido ganador de varios premios literarios locales. Actualmente dirige la revista *El pez de oro*.

“La aparición del primer libro de un escritor, es fundamental. Así, cuando apareció *Ande* de Alejandro Peralta se produjo un gran debate sobre una nueva estética de los andes. Cuando apareció *El padre Horán* de Narciso Aréstegui, éste se convirtió en el iniciador de la novela indigenista en el Perú. Y, ahora, el poeta Luis Pacho nos presenta su primer poemario: *Geografía de la distancia*, con un total de 41 poemas” (Flórez-Áybar, Jorge; 2006:77).

Obras:

– *Geografía de la distancia* (2004).

Aguardando la noche

La noche ha guardado la tierra ocultando todos los caminos. Mis ojos apenas avistan las laderas del río, el comienzo de la pampa Toro Viviente y la lomada por donde un jinete nocturno sube tanteando los atajos que utilizaba el querido de mis noches. Llevará buen rumbo, porque los caballos tienen buena vista en las oscuridades como está. Lo digo como jineteadora que he sido de soltera, que subía al botadero del ganado con el primer canto del gallo y retornaba con el último rebuzno de los burros, sin que perdiera nunca el recorrido.

Esos tiempos y esas correrías bajo la luna no volvieron conmigo. Después de mi casamiento con Miguel Herrera, en la ramada más grande que se haya construido en la estancia, bendecido por el cura traído desde la capital de la provincia, el mundo sólo me ha ofrecido penas y penas. Y son esas penas las que me tienen sentada aquí fuera, en este poyo cubierto de pasto húmedo que se entibia con el apoyo de mi cuerpo, prolongando vanamente la costumbre de aguardar a Rodrigo que ya no anda por este mundo, y nomás viene ahora el viento frío del lago a tocarme la cara, las manos, las piernas y a mover mis enaguas.

Cuando Miguel empezó a rondarme, ya tenía los ojos abiertos al mundo, las ilusiones confundían los entendimientos y un hormigueo en el cuerpo me hacía mover las polleras arriba y arriba, y más arriba todavía cuando lo descubría atisbándome de alguna parte, alumbrándome con un espejo desde un monte y no atendía a las recomendaciones de mamá que decía: "Ten cuidado mi hijita, amárrate bien las fajas, que los hombres de estos tiempos están paridos por el viento y llevados por él mismo adonde los taitas no mandan".

No niego que estuve de lo más contenta con el casamiento, que eché los tragos pensando en los hijos que vendrían pronto, en la casa recientemente techada para nosotros solos. Y aunque la primera noche pasáramos agotados por la fiesta, apenas entrecruzados los pies y las manos, en los días venideros nos entreveramos totalmente desarrebujados, con más traveseos que en los días anteriores a la bendición (que estábamos habituados sólo a los arrimos afanosos en las hondonadas) y al poco tiempo ganamos dos hijos que fueron de vida.

Pero, esos contentamientos terminaron muy pronto. Un día los hombres volvieron a levantar la cabeza hacia el otro lado de las montañas, hacia donde dicen que las gentes cambian de piel como las culebras, ganan plata... y abandonaron las casas de la noche a la mañana. Y Miguel se fue

con ellos, prometiéndome que volvería pronto: "Nada de arados- dijo al partir, tendremos tractor para roturar las tierras. Nada de adobes, levantaremos con bloquetas las nuevas casas..." y lo creí como una tonta.

Claro que su ausencia no se sintió al momento. Cada fin de semana iba a sentarme al paradero de la carretera, recibía los encargos que llegaban con unas comerciantes y retornaba a la casa abrigando la esperanza de que lo tendría pronto a mi lado. Por eso visitaba las capillas, subía a los montes sagrados, pidiendo a Dios le guiara en el camino, a la Pachamama le diera ánimos de volver pronto, y vivía contenta viendo jugar a mis hijos en los recodos del río.

Pero una mañana llegó un encargo doloroso hasta la casa: Miguel, como si hubiera sido él quien los habría parido, me pedía que lo enviara a los hijos para que conocieran la ciudad y le hicieran compañía por un tiempo. Quedé confundida, no había visto en la estancia a nadie desprenderse de sus hijos. Y ningún padre cargaba a sus hijos a ninguna parte. Sin embargo, los envié con el dolor de mi corazón...

Luego la situación resultó peor. Las comerciantes dejaron de traerme más encargos, comenzaron a llegar a otros paraderos y a evitar mis conversaciones. Y comprendí que Miguel estaba olvidando a la mujer que le había ofrecido unos pechos apenas abultados, que me estaba condenando a vivir sola en esta parte del mundo, acompañada únicamente por la bullanga de ese río, sin atinar otro merecimiento que rondar como una descabezada por las tapias que guardan esta casa.

Pero no iba a resignarme a ese descubrimiento, entendí que una trae el cuerpo al mundo para darse alivios, que la vida no se ha hecho para esperar nada. Luego medí las cosas en su tamaño, tomé el camino prohibido a las casadas y me arrebujé con mantas y polleras de soltera. De ese modo las visitas a los poblados cercanos, a las ferias dominicales, a las fiestas patronales, se hicieron frecuentes.

Al principio temía cometer un desbarajuste, provocar habladurías entre la gente, propiciar mi deshonor. Pero cuando averigüé que Miguel convivía ya con otra mujer, que mis hijos esperaban una media hermana, perdí el cuidado a las murmuraciones y comencé a mostrar dientes, piernas y enaguas a colores.

Entonces conocí a varios hombres; conocí a Francisco que vivía solo en la quebrada y se interesaba más por sus quehaceres y no dejaba de llamarme "doña"; conocí a Pedro que no pasó más allá de algunos arrumacos porque temía a su mujer e hijos; y a un ganadero de la frontera que me aguardaba en los caminos con la única intención de levantarme las polleras y arrimarme en las peñas. Pero con todo, no me detuve, seguí dando cara a las circunstancias.

Luego cambiaron las cosas a mi favor, aunque no del todo alegre. Al otro lado del río, murió doña Elvira, la compañera de la escuela, que quitaba el alma a los más lisonjeros de la estancia. Habíamos tomado marido a igual tiempo, llegado a la misma estancia y tenido la misma cantidad de hijos. Y fui

a velar su cuerpo, con el entendimiento de que uno se va de este mundo en cualquier momento, sin ninguna previsión.

Allí estaba Rodrigo, enrebozado de negro en torno al cajón recién claveteado, con los ojos humedecidos por la pena y abrazando a sus pequeños. En ningún momento había cruzado con él una palabra, por eso lo observaba atentamente, vigilaba sus movimientos, atendía a cada una de sus palabras y encontré gran valía en sus maneras que avivó en mí (un duelo no quita esas ocurrencias) las ganas de caer tarde o temprano en sus brazos.

Entonces abrí nuevas esperanzas, comencé a quererlo de verdad, rogarle en silencio a la difunta que no me ocasione problemas. En los meses que siguieron, dejé de lado las fiestas, las ferias y los paseos. Me dediqué con mayor interés a la siembra, al pastoreo y al cuidado de la casa. Y en todo momento miraba hacia el río, hacia la casa de la difunta y veía a Rodrigo sentado en su patio, arrumando la cebada o cuidando a sus menores.

Pasaron los meses de luto, Rodrigo estaba ya libre de su poncho negro y con frecuencia salía al camino. Al inicio no adiviné su destino, por eso comencé a seguirlo y llegué a saber que andaba de peón en la adobería de la escuela, donde se levantaba otra aula y empecé a rondar por los alrededores, por las callejas que conducen al sitio, con el pretexto de leñar ramas.

Comenzaron a sumarse rápidamente los encuentros con el paso de los días. Abandonaba la escuela antes del anochecer, caminaba lentamente por la calleja y me saludaba al pasar por el rastrojo "Cómo estamos doña", "Nos vaya bien doña", "Se hace muy tarde doña" y se iba loma arriba, sin adivinar mis pretensiones. No había que pensar mucho para saber que así no llegaría a ninguna parte y una tarde decidí guardarlo dentro de la calleja, con la intención de encontrarlo de frente y rogarle que viniera a socorrerme con los trabajos de la casa, cada vez más apremiantes a causa de la ausencia del marido.

Y fue cuando abandonó la adobería, se vino a la casa a recoger las cosas del campo, a preparar los terrenos para los laboreos del año siguiente. Llegaba después de arrear sus animales, cuando el sol despuntaba el alba y se marchaba al sitio señalado, con el burro encaronado o con la yunta preparada para mover los suelos dormidos por años.

Pero no mostraba conmigo otro interés que el de amparar mi abandono. No miraba mis contoneos renovados por las pampas. Y pasaba los días pensando en cómo llamar su atención. A veces le caía con las polleras subidas como al descuido encima de mis rodillas, soltaba mis arrebujos hasta quedar en enaguas y el desviaba la vista hacia los costados o hablaba de Miguel como una maldición. Nunca pretendió quedarse hasta tarde. Apenas se adentraba el sol entre los cerros, arrimaba las herramientas en las tapias y se marchaba sin un brillo de deseo en los ojos, nomás preocupado en sus hijos. Volvía a llamarlo, pero siempre era lo mismo: fugarse antes del anochecer.

Y una tarde no resistí más el afligimiento en que me encontraba y lagrimeé largo rato en el interior del patio. No me percaté que Rodrigo había culminado

el trabajo temprano y me observaba en silencio desde el portón. Cuando advertí su presencia, sin que me pidiera explicaciones, le avisé que Miguel andaba ya con otra mujer en la ciudad, que mis hijos despertaban a la vida apartados de su verdadera madre y fue cuando Rodrigo se compadeció de mí, compartiendo conmigo ese anisado que encontró en su saco.

Así cambiaron las cosas. Ahora me contaba historias para alegrarme, me quitaba los bultos de encima en las caminatas a las siembras y se quedaba hasta un poco más tarde en la casa. Y recuerdo ese día que lo llevé a un terreno lejano, un terreno bastante ancho que costó todo un día de trabajo y retornamos a la estancia muy noche: esto y más los contratiempos que provoqué le impidió que se marchara antes de la Mala Hora. Y como estaba decidida a no dejarlo escapar por nada del mundo, le comenté sobre los "aparecidos que tiran al río", de los "serenos del demonio" sueltos en las noches y conseguí que no se marchara.

—Me quedaré en algún rincón de la cocina— dijo.

Luego nos adentramos a la casa, donde empecé a preparar los alimentos. Lo hacía mientras hablábamos sobre las cosas de la vida que nos hacían reír unas veces y entrar en maledicencias otras veces. Cuando serví la comida, noté que íbamos ganando mayor confianza, que su cabeza se inclinaba constantemente hacia mi lado, que entre nosotros nacía una complicidad que no podía comprenderse sino de una sola manera. Entonces entendí que había llegado el momento.

Le dije que después de tantas ayudas merecía una gran consideración, que no era dable que durmiera dondequiera, que debía descansar en la cama del dormitorio que nadie ocupaba desde que se fue Miguel. Pero respondió que no aceptaba el hecho de quedarse de noche en una casa donde vivía sola una mujer casada, menos dormir en una cama de esposos e iniciamos una conversación que concluyó en un juego de forcejeos que me permitió guiarlo hacia el dormitorio.

De pronto, cuando abría la puerta, como recién encendido el entendimiento, me rodeó con los brazos, murmurando en los oídos que lo tenía entre apuro y apuro desde hacía buen tiempo, que había visto mis contoneos mientras caminaba por las pampas, que lo había dejado varias veces sin aliento con mis desarrebujos y alcancé su consentimiento.

Me arrumé a su cuerpo con esas calenturas que ya me ganaban, con esa humedad que no se dejaba esperar más en mi entrepierna y entramos juntos adentro, caímos sobre la cama de madera y nos revolcamos con las ganas guardadas de tanto tiempo arrancando tantos crujidos a las maderas. Así pasamos toda la noche, olvidándonos del tiempo, hasta que la claridad de la madrugada penetró por las hendiduras de la puerta y me sentí feliz, vuelta a nacer, mujer de Rodrigo, que le pese a Miguel Herrera, mientras, él se incorporaba presuroso, se vestía como un enamorado sorprendido y se fue sigiloso entre la bullanga de la aves, no sin antes de tocarme una vez más ese punto que me exige tantos sacrificios.

Así comenzaron estas esperas, aquí fuera, en este poyo, que se prolonga hasta esta noche. Apenas se asomaba por los avenales, ya sentía el calor de sus brazos, la fuerza de sus deseos, que me sumían en grandes calenturas, y corría a recibirlo, abrazarlo, mientras él deseaba en voz alta que Miguel me olvidara para siempre y no me molestaba que dijera eso, porque ahora más que nunca sabía encontrar la felicidad en otra parte.

Después me avisó que andaría en negocios, que vendió un toro para comprar un bote con el que haría viajes a Bolivia y se fue a las andanadas. Pero no perdió la constancia, me traía ofrecimientos en cada retorno, mayormente en ropas para que mudara mis indumentos en su presencia (las mañas que tenía) contemplara mis ancas todavía bien redondas con el trabajo de las tierras. Cuando no los aceptaba (no estaban mis manos quebradas para no procurármelos por mí misma) me obligaba a tomarlos. Y yo me llenaba de contentamiento día tras día y no se me ocurría que en algún momento el destino me colmaría de otro infortunio y enmudecería otra vez mi vida.

Veía el bote perderse en el lago dos veces por semana. Izaba la vela con el atardecer y retornaba al día siguiente. Pero una noche mis sueños se convirtieron en pesadillas, un peñasco cayó sobre el rostro de Rodrigo, un hilo de sangre incesante comenzó a manar de mis labios y me levanté sobresaltada. El sol estaba arriba y Rodrigo no había venido a visitar como acostumbraba hacerlo después de cada viaje. Corrí hacia la loma para avistar desde ella la orilla del lago, pero antes de que alcanzara la cima, me crucé en el camino con unos pescadores que me avisaron que por la mañana descubrieron el cuerpo de Rodrigo, muerto en el bote...

Perdí todos los atinos, me arranqué los cabellos desesperada y eché maldiciones al mundo. Luego busqué a sus hijos, los llevé para que dieran un último abrazo a su padre. Y cuando llegamos al lago, la gente rodeaba el cuerpo sin vida de Rodrigo, que yacía sobre la arena, un cuerpo que no parecía de Rodrigo (o no quería que se pareciera), que hacía murmurar a unos, gimotear a otros, y me eché sobre él, sacudiéndole las solapas como para despertarlo, sin importar lo que dijeran.

Nadie conocía los detalles de su muerte, todos creyeron que fue un ladrón de redes, pero yo descubrí una hebilla de correa en el tablado y supe quién lo había matado, por qué lo había hecho. Pero no podía delatarlo, estaban de por medio mis hijos, aquellos pequeños que salieron de mi cuerpo y querrían volver a verme algún día. Por eso busqué otras maneras de vengarlo, eché fuego a la casa de los padres de Miguel, llevé sus ropas al Monte del Diablo y mantuve esta costumbre de aguardar las noches, aunque los hijos de Rodrigo (que se vinieron a mi casa) exigen que me duerma temprano.

Ahora han pasado los días, las noches son menos hondas y nuevos entendimientos aligeran mis penas. No puedo continuar con esta usanza, ofreciendo el cuerpo a tanta soledad. No sirve que me resigne al abandono, que continúe mucho con el recuerdo de Rodrigo. En vano mi perro se pasea

olfateando los avenales, los corrales por donde lo encontraba vigilando mis quehaceres, mis polleras levantadas al recoger las bostas y mis interiores cuando me mudaba las ropas. ¡A levantarse pues! Que Dios guarde a Rodrigo y yo me ocupo de sus hijos. Me daré una vuelta por las tapias y me adentraré a dormir, antes que esta llovizna empeore o moje mis enaguas y despierte a los chicos con la humedad. Es hora de ver la vida de otro modo, hora de pararse como una mujer y conseguir ánimos para mañana que será otro día.

Bladimiro Centeno. Escritor y crítico, nacido en 1970, en Copani-Yunguyo. Estudió Literatura y Lingüística en la UNSA de Arequipa. Ha publicado *Imaginario de la palabra*, un libro de estudios literarios y culturales. Colabora en varias revistas nacionales con artículos de crítica literaria y cuentos de gran factura. Ejerce docencia en la UNA-Puno.

Fidel Nina Mendoza

Velada

Tras la oscura noche
dialogan vetustos pájaros
brujos capuchinos
 bárbaros del viernesanto
 impío

echan el idioma
a pequeños charcos
 de vinagre

amasan el organismo
 de la palabra

rasuran la noche
 cantan
 chicha

 danzan
 rosario
 beben
 mirra
persiguen días profanados
 por la inaudita mente
acuden a las heridas
 luciérnagas
 sobrevivientes
 de la cruzada
 nocturna

esculpen la sombra
 de los espectros
 hambrientos seres
alimentan flamas
detrás de las manzanas
 amputadas

pobres pájaros
lloran el entierro
de la luna
y la aproximación
de la alborada.

Fidel Nina Mendoza. (Huancané-Puno, 1972). “Es otro de los poetas representativos de esta última generación de fin de siglo, con quienes se tiene asegurada la continuidad de la buena poesía puneña, de esa poesía mercedamente reconocida por tirios y troyanos” (Padilla, Feliciano; 2005: 194).

Obras:

– Herejías (1996)

Eddy Sayritúpac

VI

Puedo encontrar tus besos en las tardes crecidas de los ríos
Puedo oír tu voz en el viento que toca con sus ramas el cielo
En el manantial que humedece los arroyos.
Puedo abrazar la libertad de tus brazos
Seguir tus pasos fríos tras la lluvia aspergida
Derramada en el horizonte púrpura
Tomarte de la mano y viajar
Como las nubes de tus cabellos
Observar la luz que nace de tus labios.
El sol que emerge de tus ojos
La fragancia de tu piel
Mirar el cielo que se llevó nuestra inocencia
Y decirte que nunca será tarde
Para viajar por las mañanas que cosechamos
Que empozan veranos y océanos pacíficos
Que esperan nuestros pasos.
Y la arena caliente de sus orillas, será nuestra
Aparará el frío que llevamos
Volarán soles como aves desde nuestros jardines
Tocaremos la cima del cielo
Y la tibieza de la tarde
Cruzaremos el mar
Que creció de tanto mirarlo
Las brisas que emanan desde la luna
En el pez que nació al caer la tarde
Cruzaremos pisando el fuego
Que se extendió en las crestas de los rayos.

Eddy Sayritúpac. (Puno, 1974). Es poeta y abogado. “Al igual que los anteriores poetas de su generación muestra una fibra especial y una vocación para la literatura. Aún no tiene un libro orgánico, sin embargo se lo considera en este esbozo por ser joven vate talentoso...” (Padilla, Feliciano; 2005: 198).

Filonilo Catalina

Malú

Decir Malú es la forma correcta de cazar el primer
pájaro que anida la primavera

Y las mañanas

Son un pretexto que ha inventado el Sol para asomarse
a los ojos de Malú

Sólo para que se den una idea les diré:

Que Malú es la imagen de una flor empuñando otra flor
(o sea una flor al cuadrado)

Que Malú es una selva endulzando esta amarga
ciudad con sus repentinas aves

Que Malú tiene la distancia de todas las aves y que
todas las aves se apellidan Malú

Malú

Que Malú es el final de los ríos

Que Malú es la consecuencia de las lluvias

Que si Malú cierra los ojos / a mí / se me apaga el mundo

Malú:

Para explicar la estación que provocas en mi cuerpo

Diría que tienes la belleza de una escalera en un planeta lejano

O simplemente desataría mi corazón en plena calle

Malú:

Para invitarte a salir

Tendría que romper mi alcancía de flores

Malú, malú

Malú malú

Malú:

Si estuvieras esta tarde conmigo te diría

“flaca, este mundo que no alcanza lo podemos estirar en una cama”

Y tú

Me mirarías plantada en este mundo como un árbol extraño pero cálido

Malú

Si estuvieses esta tarde conmigo No tendrías

más remedio que abrazarme

Abrazarme hasta encontrarte

Filonilo Catalina. (Puno, 1974). Su nombre verdadero es Luis Rodríguez Castillo. Estudió en la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional San Agustín de Arequipa. Fue finalista del certamen Dedo Crítico (2001) y de la XI Bienal de Poesía “Premio Copé 2003”. En el 2005 ganó el Premio Bronce de Copé de poesía.

Obras:

- Memorias de un degollador (2000)
- La canción de la cucaracha (2003)
- Janá o para cantar bajo la lluvia (2005)
- Poesía (2006)

El beso de la muerte

Mientras el sol caminaba a media marcha devorando al cielo con su andar cadencioso, se detuvo frente a un quiosco de periódicos. Nunca leía cuando viajaba y hoy debía llegar a la capital de la provincia para entrevistarse con el dueño de una empresa que contrataría sus servicios. Llegó al paradero con paso tranquilo, cuasi lento, observando desordenadamente el diario que había adquirido. Un carro inició en ese instante su marcha, pensó: "Si me daba prisa y no compraba este diario ya estaría viajando". Ascendió en el vehículo que estaba próximo a salir y sentándose al lado del chofer se dijo a sí mismo: "Si ocurre un accidente sentado aquí, nunca quedaría paralítico. Me moriría instantáneamente sin sufrir". No tenía miedo a la muerte, pensaba que era el complemento de la vida, pero le perturbaba el pensamiento de verse sufriendo antes de morir, por eso, prefería una muerte rápida que suprima cualquier forma de agonía.

Mauricio calculó en su reloj la hora que llegaría a su destino. "Sólo unos minutos más", pensó aliviado. Cansado por el incómodo asiento y el tedioso viaje cerró los ojos unos momentos. Al abrirlos nuevamente, sus serenas pupilas se tornaron trágicas, el sol que le daba en la frente quemando su rostro desapareció ante la presencia de un camión que venía en dirección contraria. "Nos fuimos a la mierda", pensó en el último instante, antes que los vehículos chocaran brutalmente en un contacto seco y mortal.

Luego del accidente el mutismo de la tarde adormeció el lugar. La brisa emanaba cierto olorcito a gasolina y sangre. Sangre que manaba de los heridos. De los cuerpos sin vida de los pasajeros. Y que hacían brillar a las lunas de vidrio despedazadas y esparcidas en la tierra, como diamantes por el contacto con el sol enfermo, que miraba apenado la trágica escena.

Entre los restos de esos animales de fierro y hojalata Mauricio quiso pedir auxilio, pero no pudo. Ningún músculo de su cuerpo le obedecía. No podía mover los párpados que le pesaban como bloques de cemento. Se sentía extenuado, el pecho le dolía extremadamente y al parecer quería estallarle. Su cerebro fue invadido por una intranquilidad animal tanto que le costaba respirar el aire frígido del ambiente.

Se dio lástima de sí mismo. Estaba solo y esa soledad tan grave, tan penosa, le hablaba de su familia con el dolor que sentía su alma al pensar que nunca más vería a su grácil esposa, la que le apoyaba en todos los actos de la vida y su único hijo, niño alegre y vivaz a toda hora. Ambos se habían convertido en la alegría de su vida y por el amor que les tenía negó su situación pensando que en cualquier momento despertaría empapado en

sudor, asustado por esa pesadilla. Suplicó al cielo, al infierno, pero nada cambió.

Su cuerpo permanecía recostado sobre el duro suelo, medio vivo, medio muerto. "No he debido comprar el diario, no debí demorarme antes de llegar al paradero. Todo ha sido por mi culpa". Se martirizaba hasta el delirio, pero con el transcurso del tiempo se dio cuenta que nada podía hacer. Era realidad lo que vivía, una realidad dolorosa y cruel, y aceptó que llenarse de remordimientos no cambiaría su situación, por lo que trató de serenarse.

Resignado a su nuevo estado pudo escuchar los latidos de su corazón que desaceleraba, movió alegre los párpados que ya no estaban pesados, y al abrir los ojos solamente observó las tinieblas de la ceguera. Esos instantes desconsoladores le sirvieron para agudizar su sensibilidad auditiva. Unos ruidos afuera de su cuerpo le llamaron la atención. "La policía, estoy salvado", pensó apresuradamente. No se equivocó, dos oficiales de la policía buscaban el dinero de los pasajeros, quedándose con todo lo que tenían mientras los documentos personales eran depositados en una bolsa negra para ubicar a los familiares con los datos que contenía. Inundado de ira maldijo a los miserables que aprovechaban del sufrimiento de sus semejantes para beneficiarse con el dolor ajeno. Hasta esa iracunda protesta mental no había sentido dolores físicos extremos, solamente las heridas de su cuerpo.

A pesar del martillo que golpeaba sus huesos tratando de abrir un agujero en su cavidad craneal y esclavo de esa terrible dolencia quiso escapar de la realidad para localizar y eliminar el dolor con su mente. No pudo, sólo vio una luz albina dentro de su cabeza que le habló telepáticamente con voz de trueno diciéndole que se levantara, que debía seguirlo. Mauricio, al escuchar esa orden le respondió que no iría con él. La voz atronadora le indicó que volvería, que él comprendería lo que ha ocurrido. La luz desapareció y nuevamente la magra obscuridad selló su visión y también su conciencia.

Las lágrimas de una mujer lo regresaron a la realidad alejándolo de la inconciencia. Era su esposa quien lloraba desconsolada sobre su pecho mientras lo animaba para que se aferre a la vida. Apenas recibió la llamada de la policía había ido al encuentro de su esposo.

Ya había transcurrido un día desde el accidente, cuando su querida Margot se dio cuenta que estaba en el hospital sin poder hablar, sin poder moverse, soportando la incertidumbre del momento, escuchando todo lo que a su alrededor sucedía como un helado soporta el sol del medio día. Minutos más tarde, el médico que lo atendió de emergencia le decía a su mujer: "Señora, debe prepararse para lo peor, ya no podemos hacer nada más por él". Tras escuchar las palabras del médico que lo desahuciaba, lloró amargamente como nunca lo había hecho en su vida, sin lágrimas.

"No puede ser, auscúlteme de nuevo doctor, no quiero morir". Gritó con todas sus fuerzas pero nadie lo escuchó. Solamente respondió a sus desgarradoras frases la luz albina que se presentó de nuevo y lo indujo a que

lo siguiera. Mauricio volvió a negarse. Su negativa se inspiraba en la idea de que los ángeles del infierno se valían de esa luz para conducir a los espíritus sin cuerpo ante la presencia de su amo y señor, el ángel caído. Él tenía cuerpo, además tenía una familia a quien cuidar y no los abandonaría. La luz albina volvió a desaparecer, comprensible a ese pensamiento, llevándose consigo la conciencia de Mauricio nuevamente.

Despertó extrañado por la nueva condición de su cuerpo. La flaccidez que ostentaban sus músculos había mutado hasta cambiar a una rigidez extrema y duradera. Los dedos de sus pies y las palmas de sus manos se entumecieron tanto que se convirtieron en una masa muscular de hielo. Sentía el olor nauseabundo que salían de sus poros y los latidos de su corazón que sólo él percibía se fueron extinguiendo lentamente. "Estoy muerto creo, pero si he muerto, ¿por qué sigo pensando?". Cavilaba desconcertado, añorando los juegos con su hijo sobre el blando colchón de su cama matrimonial, donde soñaba plácidamente con la felicidad.

Ahora también su cuerpo reposaba sobre un colchoncito, el suave colchoncito del ataúd. Se veía hermoso en su mortaja, más que nunca, con los algodones asomando por su boca, sus fosas nasales y oídos. Acompañado por una capilla ardiente que lo protegía de los malos espíritus y a la vez le producía calor, tanto que empapó su camisa blanca de sudor. Se veía elegante con su traje negro y la corbata guinda de siempre, prendas que se habían convertido con el tiempo, en sus cómplices cada vez que participaba en un acto importante de su vida.

Sus familiares y amigos velaban su cuerpo observando por el vidrio del ataúd su rostro sereno; calmo mientras suplicaban a Dios por su alma. Al mismo tiempo a Mauricio que no los olvide intercediendo por ellos ante el Supremo. "Si supieran que sigo aquí, ¿se sentirían defraudados?". Pensaba irónicamente, aun en su triste condición se complació observando a sus conocidos, quienes creían que había muerto.

Cuando la noche se iba y era casi de día, un calor tropical invadió el ambiente donde reposaba, movió mentalmente la cabeza y el dolor lo volvió a perturbar. Pero más le inquietaba la presencia de innumerables mosquitos que volaban a su alrededor construyendo en su cuerpo una nueva morada donde vivir. Se reproducían rápidamente como los pequeños arácnidos que recorrían su piel, buscando nuevos caminos y albergue para sus huevos. La idea de ver a más de esos animalitos pasear por su cuerpo lo atormentaba sin medida. "Prefiero la muerte a esto", pensó inquieto. Pero la luz no apareció.

El medio día tranquilizó sus gastados nervios. Acompañado de su cadáver permaneció en vigilia absorbiendo la podredumbre de olores que manaban de sus vísceras huecas. La comitiva de entierro, conformaba por parientes y amigos, lo trasladaban con parsimonia y elegancia, iban en silencio orando por su alma, mientras él a cada paso que daban sus conductores se estremecía pensando. "¿Por qué recobro mis sentidos? ¿Será que estoy

volviendo a la vida y nadie se da cuenta?". Trató de patear, rasgar la madera. Gritar para que alguien lo escuche, pero solamente provocó que se desacomodaran sus dolientes músculos de la posición que le dieron sus familiares antes de cerrar su vestido de madera.

Cuando la comitiva llegó hasta el nicho donde reposaría el féretro, distintos personajes ofrecieron discursos en su memoria. Ensalzaron cualidades que no había tenido y otros negaron sus defectos. Una vez que el silencio se apoderó del campo santo, las muestras de dolor de sus padres, de su esposa, quien miraba con ojos desorbitados, se hicieron sentir. Sólo su hijo se mantenía sereno, el pequeñito no entendía por qué su madrecita lloraba desesperada cuando introdujeron el cajón de madera a la losa de cemento, produciendo un sonido vulgar que estremeció el ánimo de todos los presentes. Sellado el nicho, todos fueron a brindar su muerte deseándole lo mejor en su nueva vida.

Acongojado y solo quedó Mauricio, con ese olor nauseabundo del féretro, con los mosquitos que volaban a su alrededor, con los arácnidos que martirizaban sus carnes. "Ya no tiene sentido que permanezca aquí", se dijo sufriente y rogó a la muerte para que le dé alcance. Esta vez, la luz albina fue rápidamente a su encuentro y la misma voz habló, diciéndole que se iban a ir, ya que nada había conseguido permaneciendo junto a su cuerpo. Solamente había prolongado la agonía de su ser.

Mauricio le indicó que podía llevarlo donde ella deseara, que estaba preparado y se levantó, dejando a su cuerpo inerte sin vida en esa oscura morada, donde descansaría para siempre su figura humana. Se acercó a sus seres queridos y con el beso de la muerte se despidió de ellos. Humildemente se internó en la luz y ascendió con ella por los aires, ignorando dónde sería conducido por el resplandor que encerraba en cristales de alabastro todas las imágenes de su existencia.

Edward Huamán. (Puno, 1975 – Puno, 2000) Estudió Derecho en la Universidad Nacional del Altiplano. En el 2002, el Consejero del Lobo Editores publicó póstumamente *El beso de la muerte*, que contiene 16 cuentos y un artículo sobre Puno.

Obras:

–El beso de la muerte (2002)

Las manos

A las siete de la mañana del 23 de setiembre Charlie Fletcher, el más famoso armador de rompecabezas de Lago Grande, fue encontrado sobre una mesa del tercer piso de la Biblioteca Central. ¿Inconsciente? ¿Dormido? ¿Muerto? Nadie lo sabía.

El conserje, quien lo encontró, dijo haberlo visto por última vez, la noche anterior, una hora antes de cerrar las puertas de la biblioteca.

—Cuando lo vi —dijo—, Charlie Fletcher terminaba de armar un rompecabezas con figuras de caballos.

En efecto, a esa hora, Fletcher concluía el rompecabezas Número 125 (Siete caballos pura sangre en frenético galope. 200 piezas. 90x60 cm. Serie Animales) Admitió que la parte inferior había sido la más difícil: diferentes tonalidades cafés que configuraban el brumoso polvo que los caballos levantaban en su marcha.

Los minutos pasaron y luego de algunas llamadas, el detective Granados se hizo presente en el lugar de los hechos para las investigaciones respectivas.

—No toquen nada —ordenó. Y en seguida aplicó la estrategia número uno de toda investigación: observar, observar, observar.

La mesa en la que yacía Charlie Fletcher estaba colmada de piezas desordenadas y superpuestas del rompecabezas Número 17 que horas antes estuvo armando. (Tres manos de dedos deformes cruzadas entre sí, 500 piezas. 120x90 cm. Serie Cuerpo Humano). Muchas otras, tiradas en el piso, se perdían en un gran charco de sangre, de modo tal, que sólo la esquina superior derecha del rompecabezas estaba armada.

Su largo cuerpo descansaba en una silla. Sus hombros y cabeza, como si de pronto hubiese quedado dormido, se apoyaban en la mesa. Sus manos, metidas en los bolsillos del pantalón, no hacían nada por protegerlo. Y desde allí, con disimulo, chorreaba un hilillo de sangre. Por último, a un costado de la mesa, sobre una silla, tres juegos de rompecabezas esperaban su turno para ser armados.

—Yo conversé con él —dijo el bibliotecario—. Anoche, cuando llegó y empezó con el primer rompecabezas. Dijo que era atravesado por el vuelo de unos pájaros, de 300 piezas y 60x60 centímetros. Contó que a los seis años había armado su primer rompecabezas: un mediocre árbol de 10 piezas; que luego, su interés fue creciendo hasta perderse en rompecabezas de 5000 piezas que por poco lo dejan loco. Y que últimamente se había interesado en armar rompecabezas con figuras de manos, tratando de encontrar en ellos las piezas exactas de sus propias manos.

–¡Claro! –interrumpió Granados–. ¡Eso es!

Los presentes voltearon a mirarlo.

–Señores –continuó–: Tengo la respuesta. Charlie Fletcher no está muerto, está inconsciente; hace un par de horas que viene desangrándose. Pero eso no es lo peor, lo peor es que nunca más volverá a armar rompecabezas.

–¿Cómo? ¿Qué? ¿Por qué? –murmuraron–. No puede ser.

–Simple señores –sentenció Granados–. Charlie Fletcher se ha cortado las manos. Si no lo creen, vean si aún las tiene en sus bolsillos.

Nadie se atrevió. Granados sí, porque sabía que tenía la razón. Sólo él se había dado cuenta que, de los rompecabezas que estaban al costado de la mesa uno tenía la inscripción: Número 1.30 piezas. 90x15 cm. Serie Armas Blancas. Era pues, la figura de una afilada hacha.

Christian Reynoso. (Puno, 1978). Estudió Ciencias de la Comunicación Social en la Universidad Nacional del Altiplano. Ha sido columnista de los diarios Los Andes y Correo de Puno. Actualmente es periodista de la Asociación SER. Según versiones suyas, en el 2007 publicará su primera novela, *Febrero lujuria*.

Obras: *Los testimonios del manto sagrado* (2001), *Látigo del Altiplano, biografía de Samuel Frisancho* (2002).

El Caballero de la Blanca Luna

Bienvenido, Caballero de la Blanca Luna. No pensé que me visitaras a estas horas de la noche. Adelante, estás en tu casa. Acomódate en esa silla... Estaba leyendo este libro cuando tocaste la puerta y me asustaste, naturalmente, porque nadie me visita aparte de Sancho. Permítame tu lanza y tu yelmo; los colocaré en ese estante. ¿Qué deseas beber, caballero? ¿Vino? ¡Ah!... Está bien. Espérame un momento...

Sírvete, caballero... Salud por tus hazañas. Todavía no entiendo cómo me has encontrado. Sólo Sancho conoce este condado. No importa; lo bueno es que estamos bebiendo los dos. Antaño fuimos rivales y ahora somos amigos. Parece curioso ¿no? Jamás pensé beber contigo de la misma botella, pero ahora lo estamos haciendo. ¿Sabes?, te considero uno de mis mejores amigos...

¿Sancho? Ha viajado. Dice que comprará un regalo para su esposa que cumple años la próxima semana...

¿Tu escudero? Lo siento; la verdad, no quería que cayera en esa desgracia. Entiendo tu preocupación por los hechos acaecidos en la ínsula donde gobernaba tu escudero. Yo también estoy mortificado... Pero tu escudero hizo malas jugadas; no actuó como un verdadero gobernador. Aceptemos el estallido de esa revolución, porque es una ley natural... No te molestes, caballero, no insinúo nada malo; sólo digo lo que mis ojos vieron.

A tu salud, caballero. El vino está rico esta noche. Nunca he saboreado así.

¿Recuerdas el día que nos conocimos? Yo lo recuerdo como si fuera ayer: Aquel día iba sobre mi Rocinante, acompañado de Sancho. En el camino divisamos una ínsula y Sancho se alegró: «¿Es la ínsula que me prometiste?» Miré a Sancho y le dije: «Sí; es la ínsula que te prometí. Supongo que estás preparado para gobernar». Sancho se rió y volvió a mirar la ínsula. «Tú me enseñarás a gobernar, maestro», dijo, risueño y contento. «Ahora, vamos –le dije–; tenemos que llegar antes de la puesta del sol.» Sancho miró el cielo y dijo: «Tenemos tiempo suficiente». En eso apareciste tú. ¡Maldita la hora!; malograste mis planes. «Antes de llegar a la ínsula tienes que pelear conmigo», me gritaste. «¡Carajo! –vociferé– ¿Quién diablos eres?» Sancho me miró asustado, montado sobre su jumento. «Soy el Caballero de la Blanca Luna», me contestaste. Nunca había escuchado ese nombre extraño; no te conocía, caballero...

Sírvete... Casi nada has tomado. ¿No te gusta el vino? Si quieres voy a traer pisco... Entiendo por qué estás así; es por esa maldita revolución que estalló en la ínsula.

Como te iba diciendo, me desafiaste aquella vez y yo acepté el reto, como buen caballero que fui. Sancho me dijo: «No lo hagas, maestro, estás débil.» «Tranquilo, amigo Sancho; confía en mí», le dije, y corrí hacia ti con la lanza en ristre diciendo: «Prepárate, Caballero de la Blanca Luna». Sancho se apeó de su jumento y subió al árbol; no entendí si fue por miedo o para ver mejor el torneo que nos esperaba. En el primer asalto tu lanza pasó rozando mi armadura. Miré a Sancho: Estaba rezando sobre las ramas. En el segundo asalto mi lanza colisionó en tu pecho y se quebró por la dureza de tu armadura, y caí de Rocinante como un pajarito herido.

«¡Carajo! —me dijo Sancho sacudiéndome—, la ínsula está perdida.» Advertí que mi yelmo estaba roto y Sancho tenía los pedazos. «Discúlpame, amigo Sancho, encontraremos otras ínsulas en el camino», le dije. Fue así como me ganaste la ínsula y se la diste a tu escudero, quien con el correr de los días se olvidó quién era y de dónde procedía.

No apeles a la espada, caballero. No puedo pelear; estoy viejo... Olvidemos el pasado. De nada sirve la venganza... Déjame brindar por tus hazañas. Salud, caballero.

Tu escudero se convirtió en el gobernante más tirano de la historia, y la ínsula entró en crisis por culpa suya. No supo gobernar, es que no había nacido para eso. Al inicio tuvo buenas intenciones, pero las olvidó rápido cuando llegó al poder, y se convirtió en un tipo codicioso. Caballero, cometiste el error de nombrar a tu escudero como gobernador de la ínsula. Todas las riquezas las despachó a su casa. Quiso comprar la ínsula vecina para enriquecerse más, pero no pudo porque el gobernador de dicha ínsula estaba más preparado, quien le declaró la guerra en el acto. Tu escudero empezó a trepidar de miedo, porque sólo era bueno para robar las riquezas del pueblo y no para llevar adelante una guerra. El día en que se presentó el gobernador de la otra ínsula con su ejército, tu escudero se humilló vergonzosamente y aceptó ser su colonia. Desde esa vez tu escudero actuaba como títere del gobernador de la otra ínsula. La población protestó en vano, porque fue callada por los soldados del gobernador dominante. Llegaron tiempos de hambre y miseria, porque los recursos de la ínsula eran saqueados por los extranjeros. Los niños lloraban y los ancianos se morían de hambre. Entonces Sancho y yo tuvimos la loca idea de armar una revolución. Todos pensaron que éramos un par de locos; nadie creyó en nosotros.

Cuando hablo mucho se me seca la garganta... Beberé esta copa más. Con tu permiso, caballero...

Una tarde me presenté en el palacio de tu escudero. Había una gran fiesta; todos los soldados estaban bebiendo acompañados de mujeres. Me encontré con tu escudero cuando se dirigía a su habitación acompañado de una muchacha. «¿Qué rayos haces aquí?», me dijo en cuanto me vio. «Estás detenido por incapaz y traidor», le grité. «Eres un pobre loco —me dijo—. Sal de mi camino.» Me golpeó y caí en el acto, y comprobé que estaba débil. En eso entró apresurado un soldado y le dijo a tu escudero: «Jefe, viene un centenar

de hombres.» «Es el comandante Sancho con la tropa del pueblo –dije–; no tienes escapatoria.» «Vaya a delirar a tu casa –me dijo, y añadió mirando a la muchacha–: vamos, querida.» Los miré de soslayo: Entraron en la habitación. Me levanté a tientas, me acerqué a la puerta y miré por el cerrojo: Tu escudero estaba besando los pechos erguidos de la muchacha, y ella cerraba los ojos y gemía... Afuera se escuchó alborotos incontrolables. Salí a ver qué pasaba. Vi llegar a Sancho montado sobre su jumento y dirigiendo la tropa formada por los hijos del pueblo.

Comprendo tu ira, caballero, pero tienes que reconocer las faltas de tu escudero... Discúlpame, sé que no es momento de recordar aquellos hechos trágicos... Déjame brindar por tu escudero... Sé que murió en su ley... Salud...

Como te iba contando, los soldados fueron sorprendidos en plena embriaguez. No pudieron hacer nada porque estaban desarmados. Los rebeldes los mataron sin compasión. Luego llegaron a la habitación donde tu escudero consumaba el acto amoroso. Yo quería salvarlo, pero me tildaron de cómplice y me pegaron con crueldad. No pude controlar a la masa enfurecida... Como comprenderás, caballero, yo no quería que crucificaran a tu escudero... Entiendo tu dolor y tus ansias de venganza. Pero recuérdalo, yo soy inocente... ¿Qué vas a hacer, caballero?, ¿por qué te levantas? Recuerda que yo quería arreglar por las buenas; fueron ellos quienes me pegaron y crucificaron a tu escudero. Sancho tampoco tiene la culpa; en vano quiso calmar a los rebeldes. Caballero de la Blanca Luna, ¿qué pretendes?, ¿por qué levantas tu lanza? No puedo pelear; estoy viejo... Cuidado, caballero, me vas a herir; estoy desarmado, sin la armadura puesta. Así de nada sirve pelear... Cálmate, caballero, yo no fui; fueron ellos... No me amenaces con tu lanza que tiene sed de mi sangre, porque si yo muero, tú también morirás.

Está bien. Dame un minuto más para beber esta última copa... A tu salud, Caballero de la Blanca Luna... Ahora estoy a tu disposición, pero no podrás hacer nada, porque acabo de cerrar el libro.

Javier Núñez. (Melgar-Puno, 1980). Estudió Lengua y Literatura en la Universidad Nacional del Altiplano. Cursa estudios de maestría y prepara su segundo libro.

Obras: *Espejos de bronce* (2005); publicado al alimón con Franklin Ramos.

José Luis Velásquez

I

La tristeza envía sus saludos

dos niñas sacan el agua de sus ojos

y

dicen...

que las sonrisas aplauden cuando llora

la vida ha quedado ciega
mírame

el
cielo
cae

desde un mirador

la luna
se echa
a rodar

mírame,
hoy no puedo ver tu rostro

He decidido inventar tu rostro, dibujar tu sonrisa y darte un nombre que suene a canto, he decidido besar la mejilla de tu sombra, por no saber tu nombre, he preguntado por ti a los pétalos de una rosa.

José Luis Velásquez. (Puno, 1980). “Es un joven escritor que ha ingresado a los diferentes géneros con gran capacidad de creación e investigación” (Flórez-Áybar, Jorge; en prólogo a *Ojos de cisne / voz de caracol*). Tiene estudios de maestría y doctorado.

Obras: *El hombre y el cosmos en la concepción filosófica andina* (2005); *Ojos de cisne / voz de caracol* (2007).

A manera de epílogo

La literatura puneña cuenta con muchos poetas y escritores que no aparecen en el presente documento. Desde ya, asumimos esa responsabilidad teniendo en cuenta que el presente libro digital es un breve esbozo.

Con los nuevos escritores y poetas que surgen se asegura la continuación exitosa de la literatura puneña.

Bibliografía

- APUMARKA. Revista de arte y literatura. Año VIII, N° 6, noviembre de 2004.
- ARAMAYO, Omar. *Antología de la poesía puneña*. Arequipa, 1999.
- CÁCERES MONROY, Juan Luis. *La poesía indigenista de Puno*. Puno, 1972.
- FLÓREZ-ÁYBAR, Jorge. *Literatura y violencia en los Andes*. Editorial Arteidea. Lima, 2004.
- _____. *Novela puneña en el siglo XXI*. Editorial Sagitario, La Paz-Bolivia, 1998.
- _____. *10 años de literatura puneña*. Arteidea Editores. Lima, 2006.
- FRISANCHO, Samuel. *Antología del cuento puneño*. Editorial Los Andes. Puno, 1983.
- LITERATURA PUNEÑA. Artículo de Wikipedia, sustraído de:
http://es.wikipedia.org/wiki/Literatura_pune%C3%B1a
- PADILLA, Feliciano. *Antología comentada de la literatura puneña*. Fondo Editorial Cultura Peruana. Lima, 2003.
- PEZ DE ORO. Revista de literatura, AÑO 4, N° 11 y 12, noviembre y diciembre de 2005
- TITO, Edwin P. *Relatos de la literatura oral y escrita del Altiplano*. Impresiones gráficas REPSA. Puno, 1997.
- TORO MONTALVO, César. *Manual de literatura peruana*. A.F.A. Editores Importadores. Cuarta edición. Lima, 2000
- _____. *Grandes obras maestras. Literatura peruana*. Tomo IV. Editorial San Marcos. Lima 1998.
- VELÁSQUEZ, José Luis. *Ojos de cisne / Voz de caracol*. Editorial Universitaria-UNA-Puno. Puno, 2007.

